

LOS MUERTOS NO PUEDEN AMAR

JUDSON PHILIPS

EDICIONES FORUM

150 Ptas.

Nº51

Judson Philips

LOS MUERTOS NO PUEDEN AMAR

Círculo del Crimen Nº 51

ePub r1.0

Rutherford/Rbear 23.03.16

Título original: *The Dead Can't Love*
Judson Philips (Hugh Pentecost), 1963
Traducción: Teresa Recio
Forum: 1983
ePub base r1.2

PRIMERA PARTE

1

Acababa de llegar a mi apartamento de la calle Treinta y Ocho, en el distrito de Murray Hill de Nueva York, después de haber pasado un día de prueba en el despacho, cuando Jake me llamó.

—¿Tienes ahí, en el departamento, una grabadora? —preguntó.

El sabe que suelo tener una. Acostumbro a dictar muchos informes y alegatos especiales en casa y luego se los llevo al día siguiente para que los pase a máquina. En cierto modo pienso mejor por la noche.

—Hay un hotel que es un nido de pulgas a unas cuatro manzanas de donde vives, el Thomaston —dijo Jake, cuando le dije «sí» al preguntarme por la grabadora—. Sam Kenyon está allí.

—¿Y quién diablos es Sam Kenyon? —le pregunté.

La voz de Jake sonó impaciente.

—¿No has oído las últimas noticias de la tarde, ni has leído el periódico?

—¿Quién quiere oír las noticias en estos tiempos? Me detuve en el camino para tomarme un Martini seco y estuve charlando con el barman de baloncesto. Los gigantes ganarán la copa de la Liga por diez juegos, si te interesa saberlo.

—Te has ganado una apuesta de cinco dólares —dijo Jake—. Escucha atentamente, Corny, porque no tengo tiempo.

Jacob Kramer es tal vez el mejor abogado criminalista de nuestros días. Yo me siento orgulloso de tener mi nombre grabado en la puerta de su despacho como socio suyo. Jake nunca tiene tiempo. Sabía que ahora estaba metido hasta el cuello en el caso

Warfield. La joven señora Warfield disparó sobre su marido hasta matarle en el patio de su mansión de Westchester. Creyó, dijo, que era un ladrón. Jake está tratando de que el tribunal se crea su historia.

—La noticia que no has oído —dijo Jake— es que esta tarde Molly Malone fue golpeada hasta morir en su suite del hotel Worth, en la Calle Sesenta y Uno Este.

—¿La ex estrella de cine?

—Y tan ex —dijo Jake—; le han destrozado el cráneo. Un botones encontró a su marido, a su segundo marido, inclinado sobre ella con un Oscar ensangrentado en la mano.

—¿Un Oscar?

—Una estatuilla que concede la Academia de Artes y que ella ganó hace unos años. No me molestes preguntándome los detalles, Corny. Sácaselos a Sam Kenyon. Salió corriendo cuando el botones le descubrió y se escondió en el Thomaston.

—¿Kenyon es el marido?

—Sí. Al parecer la asesinó.

—No emplees palabras profesionales, como «al parecer», conmigo.

—La he usado porque es así… al parecer. Kenyon no sabe si lo hizo o no.

—¿No sabe si la golpeó hasta matarla con una estatua?

—Así es. Es otro caso raro.

—¿Qué quieres decir con eso de otro caso?

—¿No lees nunca las revistas, Corny? —dijo Jake—. Hace cinco años, Cal Gardner, el primer marido de Molly Malone, fue encontrado muerto en la piscina de su casa de Hollywood. Le habían aplastado la cabeza con un atizador de hierro. Ella fue arrestada. Kenyon te lo dirá. Aunque es una coincidencia, Molly no sabía si había matado a Gardner o no. Estaba completamente borracha.

—Al parecer salió libre de cargos.

—Pregúntaselo a Kenyon —dijo Jake—. Déjale hablar libremente, Corny. Escucharé la cinta mañana… o cuando pueda. Se ha registrado en el Thomaston con el nombre de John Brown.

—¿Quieres que se entregue después de que obtengamos su relato o que siga escondido?

—Tú eres su abogado —dijo Jake, y colgó.

No era nada anormal para mí empezar a hacer un trabajo para Jake Kramer sin saber de qué se trataba. Si quería podía dar unas instrucciones muy precisas. Pero prefería que yo sacara mis propias conclusiones.

Puse una cinta nueva en la grabadora, metí otra media docena más en la cartera y salí para dirigirme al Thomaston. Sam Kenyon no significaba nada para mí en aquel momento. Nunca había oído hablar de él antes. No solía leer con regularidad los cotilleos de las revistas. No sabía que Molly Malone se había casado de nuevo después del asesinato de su primer marido. Pero a Molly la conocía todo el que tuviera más de quince años. Durante un período de unos cinco años fue la estrella más famosa de Hollywood. Primero se había hecho famosa como cantante folk, era una muchacha rubia y frágil, tenía una voz fina y auténtica. Al principio había empleado su propio nombre —Margaret Johnson— y actuaba en un local nocturno de Greenwich. El nombre de su canción era «Molly Malone». Cuando llegó a Hollywood cambiaron su nombre por el de Molly Malone. Todo el mundo la conocía por ese nombre. Yo había visto un par de películas suyas. Era una hábil actriz que curiosamente conmovía al público, al tiempo que era también una cantante encantadora. Millones de personas estaban enamoradas de ella.

Luego, después de llevar cinco años en la cumbre, empezó a deslizarse por la pendiente. Se convirtió en una alcohólica y la historia continuó. La despidieron del estudio. Se había casado con Cari Gardner, su primer galán, y al principio de su declive hacia el olvido, Gardner fue asesinado. Ahora recuerdo que ella fue el IX sospechoso número uno, hasta que una 188 muchacha, que era su secretaria y compañera le proporcionó una sólida coartada. No recuerdo los detalles. Molly fue absuelta, pero nunca volvió al mundo del cine. La Policía nunca pudo acusar a nadie del asesinato de Gardner, y supongo que fueron muchos los que pensaron que Molly había comprado de algún modo su libertad. Era una figura que valía millones. Podían volver a ofrecérsela al público, pero no lo hicieron.

Ahora ya nunca lo harían.

La telefonista del Thomaston me puso al habla con «el señor John Brown», ¡qué nombre más original! La voz que contestó al otro lado del cable era severa pero no desagradable.

—Soy Cornelius Ryan, el socio de Jake Kramer —dije.

—Suba, por favor, señor Ryan. Estoy en la habitación mil doscientos cinco.

Sam Kenyon no resultó para mí ninguna sorpresa porque no me había preparado para nada en especial. Medía, aproximadamente uno ochenta; tenía el pelo gris acerado y lo llevaba cortado a cepillo. Parecía estar en una forma física excelente. Tenía la mandíbula cuadrada y una boca amplia y generosa. Sus ojos grises, hundidos en unas cavidades tiznadas de oscuro en aquel momento, debían tener un brillo de animación en circunstancias normales. Las patas de gallo que lucía junto a los ojos indicaban que era una persona que estaba acostumbrada a sonreír.

Pero Sam Kenyon no sonreía ahora. En su sien derecha tenía dos tiritas cruzadas y una pequeña mancha seca de sangre fresca bajo el adhesivo que forma una X. La chaqueta gris que llevaba denotaba que había sido cortada por un sastre que conocía su oficio. Supuse que probablemente Sam Kenyon debía de ser actor.

—Pase, señor Ryan —aquella voz seca estaba controlada—. Les estoy muy agradecido por venir tan rápidamente, y a Jake por haberle enviado.

La 1.205 era la habitación de un mugriento hotel, que tenía una Biblia sobre la mesilla y una reproducción de la «Feria de los caballos», de Rosa Bonheur, colgando torcida sobre la cama. Sobre ésta había una media docena de periódicos vespertinos. Molly Malone ocupaba un espacio importante en casi todas las primeras páginas de los diarios.

Puse la grabadora sobre la cama y busqué instintivamente un enchufe en la pared.

—Las cosas están bastante mal —dijo Kenyon. Sacó un cigarrillo del bolsillo, y sus bien cuidadas manos temblaron al manejar el mechero.

Se había referido a Kramer como «Jake».

—¿Jacke es amigo suyo? —pregunté.

—¿No se lo ha dicho?

—Le gusta que descubra las cosas por mí mismo.

—Trabajamos juntos en el despacho del Advócate General en la segunda guerra mundial —dijo Kenyon—. Yo trabajaba como relaciones públicas. Acostumbrábamos a beber juntos en nuestro tiempo libre. Era lógico que él fuera la persona a la que acudir esta tarde.

—¿Ha matado usted a su mujer, señor Kenyon? —pregunté francamente.

En una de sus sienes tembló un músculo.

—No lo sé —dijo, casi en un susurro.

Había descubierto un enchufe en el suelo, y saqué el cable de la grabadora y lo enchufé.

—No sé lo que ha pasado esta tarde —dije—. No he leído los periódicos ni he oído las noticias. No sé nada sobre usted. No sé casi nada de la señorita Malone. Voy a pedirle que me lo cuente todo. Piense que soy un marciano y que nunca he oído hablar de ninguno de ustedes. Vamos a grabarlo para Jake. Pero quiero que me lo cuente sin tener en cuenta que sé cosas que Jake sabe. No empiece por esta tarde. Empiece por el principio. ¿De acuerdo?

—Es una larga historia —dijo vacilante.

—Tenemos toda la noche y muchas cintas…

2

Aquella tarde en el Thomaston, Sam Kenyon tenía cuarenta y ocho años. Su vida había experimentado todos los sueños, desilusiones, alegrías y quebraderos de cabeza del hombre que obtiene un éxito moderado. No había llegado a conseguir plenamente las metas que se había propuesto, pero por otra parte distaba mucho de haber sido un fracasado. Era actor, y según pude deducir lo había sido desde que tenía veinte años. Había hecho muchas películas y en los últimos años actuaba en gran cantidad de espectáculos en la televisión. Yo no tengo receptor de televisión y raras veces voy al cine, de lo contrario su rostro me hubiera resultado familiar cuando abrió la puerta de la habitación 1.205.

Me dijo claramente una cosa, aunque sin querer alardear de ello. Había llevado una vida sexual intensa desde que tenía dieciocho años. No recordaba haber sido rechazado por ninguna mujer a la que le hubiera apetecido hacerle el amor.

—No creo que eso sea extraño —me dijo—. No creo que ningún tipo que sea razonablemente atractivo y que no sea un acróbata sexual obtenga muchas negativas. Tal vez yo haya tenido la suerte de atraer al tipo de mujeres que disfrutan del sexo tanto como yo —su rostro se ensombreció—. Pero sólo me he enamorado una vez, y fue una frustración total, un desastre y ahora se ha convertido en una tragedia.

—¿Molly? —le pregunté.

Al ir a coger otro cigarrillo le temblaron las manos. No le hizo falta contestar.

Le observé tranquilamente. Supongo que todos los abogados criminalistas tienen una experiencia en común. Entramos en la vida de un desconocido en un peligroso momento de crisis. Nuestro

primer contacto tiene lugar en un momento de tensión insoportable. Al principio es una especie de máscara de horror unidimensional. Hay que aprender a escuchar tranquilamente durante largo tiempo hasta que el ser humano empieza a surgir frente a ti. No es fácil comprender a un hombre que te dice que no sabe si ha golpeado a su mujer con una estatua de bronce hasta matarla. ¿Acaso está buscando un veredicto de locura temporal? Sé lo suficiente como para esperar y escuchar.

El período de la vida de Sam Kenyon que me interesaba realmente había comenzado hacía quince años. En aquella época estaba actuando en un espectáculo fuera de Broadway, en el distrito de Sheridan Square de la localidad.

Alguien de la compañía le contó que había una muchacha que cantaba en un club nocturno de la ciudad y que merecía la pena oírla. Para él resultó ser una noche fatídica, pues fue entonces cuando Molly Malone se convirtió en una pesadilla para él.

—Entonces usaba su propio nombré —me dijo—, Margaret Johnson. Fui a aquel lugar con un amigo mío, una cueva llena de humo, llamada Gino. Estaba terminando su show de media noche cuando nos apretujamos entre una multitud que esperaba detrás de un cordón de terciopelo a que hubiera una mesa libre. Sentada en el borde del piano había una muchacha con el pelo dorado, a lo Helen Morgen, terminando precisamente uno de los famosos números de Morgan llamado ”Simplemente Bill”. Cantaba sin micrófono, aunque su voz no era fuerte, pero sí clara y auténtica.

Le amo porque es maravilloso
porque es sólo eso, mi Bill.

»Cuando hubo terminado, el público pareció volverse loco, y ella se bajó del piano. Entonces empezaron a gritar: ”¡Molly Malone! ¡Molly Malone!"

»Ella accedió, con un gracioso gesto. El acompañante atacó un acorde y de repente toda la sala se quedó tan callada, que mi propia respiración me parecía ruidosa. Entonces ella empezó a cantar:

En la luminosa ciudad de Dublin
las muchachas son tan bellas.

Y allí fue donde por primera vez
a Molly Malone vi.»

Kenyon se había echado sobre la cama; el micrófono de la grabadora estaba en la mesilla junto a él. Al tiempo que iba diciendo suavemente las palabras de la vieja canción, su delgado cuerpo pareció estremecerse por el dolor.

—Era clara como la campana más suave —dijo—. Como las notas de una flauta mágica. Sentía que mi corazón se encogía con la hermosa amargura de cada nota. Cuando llegó a la última estrofa me sentí como un loco, las lágrimas se me saltaban y caían por mis mejillas. Miré a mi alrededor, con timidez, y me di cuenta que todo el mundo en la sala estaba preso en la misma experiencia emocional.

Ahora su fantasma lleva un cesto
por las calles anchas y estrechas
ofreciendo almejas y mejillones
vivos —¡oh!—, vivos.

»Yo había oído que los fans se desataban en los viejos tiempos cuando Frank Sinatra empezaba a cantar en el show de Lucky Strike. Pensaba cínicamente que era una farsa, un truco publicitario para promocionarle. Entonces, cuando cantó la última y clara nota, me escuché a mí mismo gritando a pleno pulmón con otros cientos de personas. Tenía que dar rienda suelta de algún modo a la presión que sentía en el corazón o moriría. Quería acercarme a ella, tocarla, decirle "gracias por este tipo de magia a la que nunca había estado expuesto anteriormente”. No pude llegar hasta ella porque todos los demás tuvieron la misma idea.

»Mi amigo y yo nos quedamos para ver el show de las dos. Ella era el delirio. La emoción que producía era mayor la segunda vez que la primera. Había en ella algo triste y anhelante a la vez, que hacía que se la quisiera, que uno deseara protegerla, ofrecerle todo lo que quisiera en el mundo y obtenerlo para ella a cualquier precio. Creo que Helen Morgan tuvo en su tiempo esa misma cualidad y bien sabe Dios que Judy Garland la tiene hoy en día. Pero Margaret Johnson tenía su propio atractivo individual, su

propia magia especial. Al final de la segunda parte la gente empezó a gritar "¡Molly Malone!” otra vez. Esa canción es una castaña, pero cuando ella la cantaba te partía el corazón. Ella no pertenecía a aquella cueva de pueblo. El mundo entero necesitaba tener la suerte de oírla.»

Sam se detuvo para encender un cigarrillo. Tenía el ceño fruncido pensativamente. Creí notar que este retorno al pasado le servía para descargar alguna de sus tensiones.

—Casi no sé lo que me pasó —dijo—. Iba a escucharla noche tras noche. Me había enamorado de ella, pero era como estar enamorado de una princesa de cuento de hadas. En cierto modo, temía que si llegaba a conocerla personalmente, si hablaba con ella o si la tocaba, todo se desvanecería en el aire. Tenía mucho tiempo para cavar el hoyo que sabía que haría algún día. Aproximadamente, la décima noche que fui a verla, hizo una declaración:

»—Esta es la última noche que canto aquí para vosotros —dijo. Una especie de clamor se alzó entre el público. Su voz era inestable cuando continuó hablando—. Gracias por haberme aceptado tan maravillosamente. Me han brindado la oportunidad de ir a Hollywood para rodar una película. Todo se lo debo a ustedes. Les quiero a todos.

»Todos la animaron y empezaron a gritarle “¡Molly Malone! ¡Molly Malone!”.

»Recuerdo que me aferré al borde de la mesa como si intentara salvarme de perecer ahogado. Nunca volvería a oír aquello. No podía soportar que se fuera, pero estaba enormemente contento por ella, por su triunfo.

Ahora su fantasma lleva un cesto
por las calles anchas y estrechas...»

—El resto de la historia de aquellos días —continuó Kenyon, después de un momento es del dominio público. Margaret Johnson fue a

Hollywood bajo el amparo de Maclyn Archer, el joven productor más importante de la época. Hoy es el más grande, el hombre sobresaliente del cine, de la televisión, es un hombre que tiene el

monopolio del talento. Se hablaba de Molly en los periódicos. No había día que no saliera alguna noticia sobre ella en algún sitio. Archer la estaba lanzando por todo lo alto y lo primero que hizo fue cambiarle el nombre. Nadie podía pensar en Margaret Johnson sin acordarse de «Molly Malone» y fue así, como Molly Malone, como llegó rápidamente hasta la misma cumbre. Las tres primeras películas que interpretó batieron todos los récords de taquilla aquí y en el extranjero. Estaba en órbita.

Sam Kenyon me miró, con el dolor reflejado en aquellos ojos grises hundidos.

—Estaba atrapado por una mujer con la que no había hablado nunca. Yo no había querido ir a Hollywood todavía. No quería ir hasta que no hubiera triunfado en Nueva York. Si vas allí con un pequeño triunfo, lo más seguro es que sigas teniendo siempre éxitos pequeños. Era una locura, pero no podía soportar que hubiera cuatro mil quinientos kilómetros entre Molly y yo. Podía estar en peligro y podía necesitarme. Era el mismo tipo de sueños de adolescente que siente un niño. Yo tenía treinta y tres años, pero, como un chaval romántico, tenía que estar cerca de aquella mujer desconocida por si acaso pedía ayuda. Lo verdaderamente increíble es que un día lo hizo, y yo estaba allí —se sacudió como un perro cuando sale del agua—. Pero me estoy adelantando.

Kenyon me contó que convenció a su agente para que le buscara un pequeño papel en una película. Fue a Hollywood.

No había forma alguna de acercarse a Molly Malone. Estaba rodeada de todo lo que supone el complicado mecanismo de la fascinación y el estrellato.

—Realmente no importaba —dijo Kenyon, con una risita ahogada—. Estaba cerca de ella, por si acaso. Soy un actor razonablemente competente, Ryan. Tenía un trabajo fijo, pequeño, pero fijo. Seguí así durante meses y luego durante años. Llevaba una vida perfectamente normal, excepto por una cosa. No quería tener una relación permanente con ninguna mujer, por si acaso. Por si acaso se producía un milagro y Molly de repente se volvía hacia mí. ¡Qué loco se puede uno volver! ¡Ella ni siquiera sabía que yo existía!

»Pero llegó mi gran momento. Llevaba allí cinco años y había desempeñado pequeños papeles en unas quince películas.

Me llamaron para hacer una prueba de escena para una película que se iba a rodar en el estudio de Archer. Hizo muchas películas además de las de Molly, pero aquello fue un pequeño milagro. Fue para una de las de Molly para la que me habían llamado. Y obtuve el papel. No compartía ninguna escena con ella en la película, pero ya era bastante estar trabajando en el mismo film y en los mismos decorados. Entonces la conocí. Y fue cosa de ella. Me había estado observando en una de mis actuaciones y me dijo que le parecía que lo hacía muy bien. Me ofrecí a invitarla a tomar un café y aceptó. Y aquella fue la primera vez que estuve con la dulce Molly Malone —Kenyon respiró profunda y temblorosamente—. Todo resultó muy casual. Le dije que acostumbraba a ir a oírla cantar en Gino's en el Village.

»Aquello le agradó. Ella me había visto en dos o tres películas. De hecho, había sido ella quien había sugerido mi nombre para representar el papel que yo estaba haciendo. Aquello me agradó. El éxito no había hecho mella en ella como cabía haber esperado. Parecía seguir intacta, sencilla, como una muñeca, lodos los temores que yo tenía acerca de que al conocerla mis ilusiones se desvanecerían, desaparecieron. Era una persona auténtica, delicada y muy real.

»Pero eso fue todo. Nunca volví a hablar con ella, hasta que me pareció escuchar un grito en demanda de ayuda. El día que se acabó el rodaje de la película le envié unas flores. Todos los del equipo técnico y los compañeros de rodaje le hicieron algún regalo para hacerle saber lo mucho que apreciaban trabajar con una actriz que no fuera temperamental. Yo le envié flores porque estaba enamorado de ella.»

Kenyon encendió otro cigarrillo.

—Creo que fue en ese momento cuando Christine Lewis aparece en la historia —dijo—. Christine había ganado un concurso de belleza en alguna ciudad pequeña del medio-oeste, y el premio consistía en un viaje a Hollywood y actuar en un pequeño papel en una comedia musical. Según había oído, Christine no era capaz de representar un papel, ni de bailar ni de cantar. Pero aunque tuviera verdadero talento su carrera se habría malogrado igualmente. Se parecía a Molly como si fuera su doble. Maclyn Archer, el productor, no tenía la menor intención de permitir que Christine

apareciera en la pantalla. Pero le dio un empleo… como doble de Molly. Las dos muchachas, que se parecían como dos gotas de agua, se hicieron muy buenas amigas, y de hecho Molly tomó a Christine como secretaria y 192 compañera. Christine se trasladó a vivir a casa de Molly… y sigue allí desde entonces. Donde quiera que esté Molly, allí está Christine.

»Fue Christine quien vino a darme las gracias por las flores que le había mandado a Molly. Era horrible. Había aprendido a copiar a Molly de tantas maneras en sus pequeños gestos, sus pequeños hábitos personales, su forma de vestir. La imitaba en todo menos en aquella voz clara y melodiosa. Y le faltaba también su magnetismo personal particular. Aparte de reconocer lo mucho que se parecían no presté mayor atención a Christine. Así son las cosas. Si le hubiera conocido ayer, Ryan, nunca se me hubiera pasado por la cabeza que mi vida estaría hoy en sus manos. Cuando conocí a Christine no tenía la menor idea de que se convertiría en un enemigo mortal.»

Por primera vez, una especie de triste amargura se reflejó en la voz de Sam Kenyon. Le interrumpí:

—¿Quiere que mande a por unos emparedados y un poco de café? —le pregunté.

—No me atrevo a dejar que me vean —dijo. Hizo un gesto señalando los periódicos que había sobre la cama—. Tienen fotografías mías. Hay una orden de búsqueda y captura. Puede verme algún camarero…

—Yo lo pediré. Puede meterse en el baño cuando lo traigan.

Sam tenía hambre, me dijo que no había comido nada desde el desayuno. Llamé por teléfono pidiendo dos sandwiches de jamón, queso y pan de centeno para él, y de bacón, lechuga y tomate con mahonesa para mí, con dos tazones de café y dos copas dobles de whisky. Sam, ya le llamaba así antes de finalizar la tarde, y él me llamaba a mi Corny, estaba bastante bebido. Le sugerí que tomara una ducha mientras nos traían la comida. Pareció agradecer el descanso.

Mientras esperaba, eché un vistazo a los periódicos. Las cosas no parecían muy favorables para nuestro caso. Molly había estado

viviendo con Christine Lewis en el Worth. Aparentemente llevaban allí unos cuatro años. Un ascensorista había visto a Sam Kenyon subir a la suite de Molly poco después de las doce de aquel mismo día. Luego le vio salir unos quince minutos más tarde. Una hora después, Sam volvió. «Parecía un salvaje», dijo el ascensorista. «Le dejé en el sexto y empezó a golpear la puerta, como si quisiera derribarla. La señorita Malone abrió la puerta y él entró sin pedir permiso. Pude oír cómo se gritaban mutuamente.»

Aproximadamente, una hora después, otro botones fue a la habitación 6A, que era la suite de Molly, con un paquete. El paquete contenía dos botellas de whisky. «Se las subía a la señorita Malone todos los días sobre las dos y media», dijo el botones. «Llamé a la puerta pero no obtuve respuesta. Entonces me di cuenta de que la puerta estaba abierta un centímetro o dos, así que entré. A veces la señorita Malone se encontraba en un estado lamentable, quiero decir que bebía mucho. Así que pensé en dejar las botellas simplemente. Pero cuando entré me di el susto de mi vida. La señorita Malone yacía en el suelo, con la cabeza aplastada y todo el cuerpo lleno de sangre. Ese tipo, Kenyon, estaba arrodillado a su lado, y tenía una estatua de metal en la mano… el Oscar del que ella estaba tan orgullosa. Me miró con una mirada salvaje. Tenía un corte en la frente y le salía sangre de la herida. Antes de que yo pudiera hacer o decir algo, se levantó de un salto y salió corriendo de allí. Creo que debía de haberle seguido, o llamar a recepción, pero pensé que podría ayudar a la señorita Malone. Pero no pude. Estaba muerta. Cuando llamé a recepción, Kenyon había desaparecido.»

Había dos fotografías de Molly Malone en primera página. Una de ellas era una instantánea de una película antigua, que representaba a una muchacha delgada, etérea y delicada. La otra era su antítesis, el pie de la foto indicaba que era una foto sorpresa de Molly tomada en la calle unas semanas antes. En ella aparecía una muchacha gruesa con aspecto abotargado que llevaba una trinchera, un sombrero de fieltro inclinado sobre el rostro y unas gafas negras de montura gruesa. Era una caricatura grosera de la otra fotografía. Casi hacía pensar que era una equivocación.

Llamaron a la puerta, cogí la comida y las bebidas y pagué la nota. El camarero que prestaba servicio a las habitaciones no

parecía sentir curiosidad por nada. Cuando se fue llamé a la puerta del baño y Sam salió. Parecía refrescado y estaba mejor. Yo aún sostenía el periódico en la mano.

—No es agradable, ¿verdad? —dijo Sam.

—¿Cómo pudo ponerse así? —le pregunté señalando a la gruesa muchacha.

—Comiendo y bebiendo hasta reventar durante los últimos años —dijo. Me lanzó una mirada velada y extraña—. Es difícil de creer, ¿verdad?

—La cámara no miente.

—No —vino hacia mí y cogió uno de los vasos de whisky y se lo bebió—. Es complicado, Corny. Le dije que no sé si maté a Molly o no, ni siquiera sé si maté a alguien. Pero si lo hice, no sé si era Molly —señaló el periódico que yo tenía en la mano—. Esa piltrafa gorda y borracha podría ser Christine.

3

Me quedé mirando a Sam y creo que estuve un rato con la boca abierta.

—¿Quiere decir que no puede reconocer a su propia mujer?

—Probablemente, no —dijo tranquilamente—. No la había visto, excepto de lejos, desde hacía cuatro años hasta hoy.

—¿Y no está seguro de que esa muchacha a la que puede que haya o no matado sea su esposa?

—No estoy seguro.

Golpeé el periódico impacientemente.

—Pero si la ha identificado el director del hotel, la Policía y, mire el periódico, Christine Lewis, su compañera. ¡Despierte Sam! Tal vez está buscando un veredicto de enajenación mental, podemos conseguirlo igual, pero no juegue conmigo.

—No estoy jugando. Se lo estoy contando.

—Está bien —dije, después de contemplarle durante un momento—. Si esa es la postura que piensa adoptar, allá usted.

—Sólo tuve un momento de cierta intimidad con Molly hace cuatro años. Eso fue mi matrimonio. ¡Un día!

Me apropié uno de los vasos de whisky para mí solo. Lo necesitaba.

—Creo que será mejor que me lo cuente —dije.

Inmediatamente después de terminar la película que hizo con Molly, ella se casó con Cal Gardner. Era el primer actor de la película. El estudio aireó la boda como si fuera un romance de cuento de hadas.

—Cal era un buen actor —dijo Sam—, y un tipo muy decente por lo que pude saber de él. En cuanto a mí, me sentía como si se hubiera abierto la puerta de una trampilla y yo hubiera caído

dentro. Aquello fue el final de mis mágicos sueños. Creo que al cabo de unos días me sentí mejor. Había vuelto a la realidad. La princesa de cuento de hadas se había casado con el príncipe encantado y yo era Sam Kenyon, un actor con trabajo que había sido desposeído de un sueño.

»La cosas me fueron bien porque yo no estaba encadenado. Conseguí un buen papel en una película que se estaba rodando en Grecia. No hubiera aceptado antes ese trabajo, créalo o no. No me hubiera alejado de donde ella estaba. Ahora era libre.

»Estuve en Grecia casi un año. Allí, naturalmente, recibíamos periódicos americanos. A veces veía algo sobre Cal y Molly. Estaban haciendo una nueva película juntos. Entonces, como dice el refrán, «apareció en el horizonte una nube no más grande que la mano de un hombre". ¿Sabe quiénes son los grandes motores de Hollywood, Cony? Las mujeres que escriben las columnas de cotilleos: Hedda Hopper, Louella Parsons, Betty Blanding, Sheila Graham; Betty Blanding era la más amiga de Molly durante su ascensión a la cumbre del estrellato. No era sorprendente que los rumores fueran ciertos. Se dice que la Blanding era la amiga de Archer. Así que cuando la Blanding insinuó algo desagradable acerca de Molly, presté atención. Publicó una nota que insinuaba que Molly estaba en dificultades con su estudio, esto es, con Archer, respecto al próximo guion. Entonces la Blanding de golpe y porrazo arremetió contra Molly por haber sacado de repente su temperamento. Aproximadamente una semana más tarde, una noticia informaba que Cal Gardner había sido visto comiendo en Romanoff con una nueva muchacha. No mucho tiempo después, esa Blanding dio la noticia de que Molly había protagonizado una escena en una fiesta por causa de la misma muchacha. Había una nota al final que decía que el camino del olvido estaba pavimentado con botellas de licor vacías. Aquello no tenía mucho sentido para mí, estando allí en Grecia. Pero las tácticas de guerra del estudio eran fantásticas y maravillosas. Si Archer estaba tratando de obligar a Molly a que hiciera una película que ella no quería hacer, tal vez, a través de su amiguita Blanding, le estaba demostrando que podía destruirla tan fácilmente como la había llevado al éxito. La semana siguiente aparecía seguramente como un encanto en la columna de la Blanding, lo cual querría decir que se había rendido y aceptaba

hacer la película a la que había puesto objeciones. Pero no fue un encanto a la semana siguiente.

»Justamente por entonces nos fuimos a rodar en una pequeña isla del Mediterráneo y no leí ningún periódico durante unas seis semanas. No volvimos a tierra firme hasta que acabamos la película. La mayoría de nosotros volvimos en avión a Hollywood al día siguiente. Dos días después me sorprendió ver unos titulares como esos —Sam señaló los periódicos que había sobre la cama—. "Cal Gardner ha sido asesinado y Molly ha sido arrestada como sospechosa por las autoridades locales."

»Desde luego, en Hollywood había montones de casos como éste. Al parecer los rumores sobre la afición a la bebida de Molly eran auténticos. ¡Ay, esas princesas de cuentos de hadas con pies de barro! Archer la había dejado colgada hacía un mes. Los vecinos decían que Cal y ella estaban constantemente alborotando. La noche del crimen habían tenido una tremenda discusión acompañada de un buen destrozo de vajilla. A la mañana siguiente, Cal fue encontrado en bañador en el fondo de la piscina por su "hombre para todo”. Le habían aplastado la nuca con un atizador de hierro que se empleaba en la barbacoa situada junto a la piscina. Se dio parte a la Policía. Cuando fueron a ver a Molly, estaba echada sobre la cama, inconsciente, fría, completamente borracha. Cuando consiguieron que estuviera sobria la llevaron a la oficina del fiscal del distrito para interrogarla. Los periódicos publicaron una foto suya cuando estaba siendo introducida en un coche de Policía. Llevaba una trinchera, un sombrero de ala estrecha y gafas negras. He de añadir que aquella vestimenta llegaría a ser el uniforme de ambas, de Molly y Christine.»

Sam se detuvo para servirme una taza de café. Su rostro tenía un color grisáceo.

—Aquello me afectó mucho, Corny. Creí que había conseguido durante el año anterior, desplazar a Molly de mi vida para siempre. Pero aquello formaba parte de un sueño; ella estaba en peligro. Necesitaba ayuda.

»Bueno, la consiguió, y con creces, de Christine. Christine admitió lo de la bebida, las peleas. Afirmó que hubo una especialmente violenta la noche del asesinato. Pero en medio de ella, le dijo a la Policía, Molly se desmayó. Christine y Cal la

llevaron a su habitación y la acostaron. Cal dijo que iba a nadar un poco a ver si se calmaba. Fue la última vez que Christine le vio. Durante un rato le oyó por la piscina. Ella no le vio porque durante toda la noche no se movió del lado de Molly. Desde que el hábito de beber se había hecho tan fuerte, Christine se había instalado una cama en la habitación de Molly y cuando ésta perdía el conocimiento, o caía en el sopor de la borrachera, Christine se quedaba con ella. Tenía miedo, le dijo al fiscal del distrito, de que se suicidara.»

Sam volvió la cabeza amargamente hacia mí.

—Feo, era un asunto muy feo, pero probablemente salvó a Molly de la cámara de gas. No pudieron sonsacar a Christine y no consiguieron evidencia directa, ni testigos para poder llevar el caso adelante.

»Lógicamente, los periódicos del corazón tuvieron gran día. Si el licor no había acabado con Molly, ellos la remataron.

La pusieron en un ataúd y atornillaron la caja fuertemente. Hopper o alguno de los demás tipos hicieron correr un cuento un par de meses después. Archer tenía un contrato pendiente con Molly que aún duraría cuatro años. En éste no había ninguna cláusula liberatoria. El agente de Molly, Johnny Seuss, que era uno de los mejores de Hollywood, lo había redactado estupendamente bien a favor de su cliente. Se decía que Archer estaba atrapado aproximadamente por un millón de dólares, a menos que Molly volviera de nuevo al cine y rodara películas para él otra vez. El tipo que escribió el artículo, no era la Blanding, naturalmente, se estaba vengando de Archer por haber dado a la Blanding la exclusiva de Molly durante años.»

Sam me dirigió una mirada extraña.

—Por cierto —dijo—, debes saber que ese Johnny Seuss, el agente que sacó a relucir lo del contrato de Archer, está dirigiendo un puesto de hamburguesas en un auto-cine de un cruce de carreteras de Santa Bárbara. En el mundo de los negocios llaman a Maelyn Archer «El Cuchillo». Seuss lo recibió justo en mitad de la espalda —la boca de Sam se endureció—. A mí también me han arañado un poco.

No le pregunté cómo ocurrió. Quería que su historia fluyera libremente. Estábamos llegando a la parte que debía tener cierta influencia en la tragedia actual. Sam levantó la mano y oprimió ligeramente las tiritas que tenía en la frente. Hizo un guiño con los ojos.

—Molly me ha proporcionado muchos sufrimientos de diferentes maneras —dijo secamente.

—¿Ella le hizo eso? —le pregunté señalando las tiritas.

—Si es que era Molly, me golpeó con ese Oscar. ¿Quiere que se lo cuente ahora?

—Es mejor que sigamos el orden de los acontecimientos —dije —. Creo que íbamos por cuando consigue conocer a Molly después del desastre de Hollywood.

Asintió lentamente.

—Si usted utiliza el «conocido a Molly» como una frase hecha, la Molly que yo conocí era un deshecho de la vieja Molly, de la auténtica Molly. Cualquiera en su caso se habría ido de Hollywood por algún tiempo, ¿verdad? No tenía ninguna razón para quedarse. Su carrera había terminado, al menos por algún tiempo. Autobuses llenos de turistas se detenían ante su casa a diario. Los viajeros no buscaban a Molly Malone, la querida estrella de cine. Querían ver a la mujer que probablemente había asesinado a su marido y había quedado libre. Los reporteros gráficos de las revistas hacían guardia constantemente para poder capturarla con sus objetivos. Lo único que tenía que hacer era irse de allí, pero no lo hizo. Christine y ella se quedaron. Salían ocasionalmente, vestidas de la misma forma, siempre con el uniforme: la trinchera, el sombrero de fieltro y las gafas negras. Yo las vi una docena de veces, y ello me hacía sufrir por Molly.

»Fui a ver a Johnny Seuss, su agente; Archer aún no había acabado con él. Le pregunté si todavía se podía hacer algo por ella. Le dije muy claramente en qué consistía mi interés. Seuss tenía unos cuarenta y tantos años, era un tipo sonriente, enérgico e inteligente. Era muy apreciado en sus negocios. Una vez Fred Alien hizo un comentario, en el que decía que se podía coger toda la integridad existente en el mundo del espectáculo y meterla en el estómago de un mosquito y aún quedaría sitio para seis granos de alcaravea y el corazón de un agente. Johnny Seuss no era de esa clase. Apreciaba

realmente a Molly, pero aquel día yo no estaba seguro de esto.

»—No tiene ninguna obligación real respecto a Molly —me dijo —. Usted no es como yo. Es realmente sólo un admirador, Kenyon. Así que siga mi consejo y salga de su vida.

»—Todo el mundo la ha abandonado —dije.

»—¿Cómo la ayudaría? —preguntó.

»—No lo sé, pero voy a hacerlo, si puedo.»

»Aquella mañana parecía estar exhausto como si hubiera estado corriendo.

»—No voy a discutir contra un deseo noble —dijo—. Pero no lo olvide, se lo advierto, Molly ya no es la Molly que todos conocíamos y queríamos.

»—La historia del alcohol, ¿es cierto?

»—Auténtica —me dijo—. Es una verdadera alcohólica, Kenyon. Ella no lo sabía cuando vino aquí. No había bebido nunca. Pero el nerviosismo de rodar una película tras otra, las tensiones, las fiestas, de algún modo se inició en la bebida. Entonces se dio cuenta que estaba atrapada, y luchó contra ello. Hizo un tratamiento antialcohólico completo. No adelantó mucho, únicamente evitaba la bebida mientras estaba trabajando. Ahora que no trabaja, no tiene ninguna razón para evitarlo.

»—Necesita que la ayuden —dije.

»Me miró de una manera amarga:

»—¿Cree que puede proporcionarle esa ayuda?

»—Podría intentarlo.

»—Se empeña en meter la cabeza en una estufa de gas, adelante, Kenyon. Le diré una cosa. Para llegar a ella tendrá que hacerlo a través de Christine Lewis, que la protege como una tigresa.

»—Christine es su amiga —dije—. Tal vez acoja favorablemente esa ayuda.

»Me dirigió una complicada sonrisa.

»—Tal vez —dijo—. Creo que va a tener que aprender por la tremenda, Kenyon. Bien sabe Dios que le deseo suerte.»

Sam se retorció incómodo en la cama. Se llevó la mano a la herida de la frente.

—Debía haber hecho caso a Johnny Seuss, él ya se había tragado el veneno. Pero yo era como el Quijote montado en un caballo blanco. El momento que había estado soñando durante casi diez

años, como un adolescente, el momento en que iba a ser necesitado, había llegado.

»Nadie contestó al teléfono en casa de Molly; así que estuve vagando por allí durante casi tres días, hasta que Christine salió por propia iniciativa. Me recordaba por la película que había hecho con Molly y de cuando había venido a agradecerme las flores que le había enviado. Permitió que le invitara a tomar un café en una cafetería del barrio. Le puse las cartas sobre la mesa. Llevaba diez años enamorado de Molly. Ahora quería ayudarla.

»Es una muchacha fría y antipática. Tuve la inmediata sensación de que realmente Molly no le interesaba en absoluto. Pero Molly seguía cobrando del estudio doscientos de los grandes al año. A Christine también debía irle bastante bien.

»—Si hubiera alguna forma en que usted pudiera ayudarle, le diría que de acuerdo —dijo—. Pero Molly ya está al fondo de la pendiente, Kenyon. La única ayuda que puede serle útil la obtiene de mí. Ya no le queda orgullo. Ha perdido su dignidad. Ya no le queda nada.

»—Tal vez esconda algo ante usted —dije—, por eso no intenta nada, tal vez.

»—No hay ninguna posibilidad —dijo Christine—. En primer lugar, no querrá verle. En segundo lugar, no le hará ningún bien.

»”No hay nada que hacer”, pensé. Pero dos días después recibí una llamada de Christine. Le había contado a Molly nuestro encuentro en la calle, y Molly expresó el deseo de verme. Si pudiera pasarme por allí, sobre las cinco, para tomar una copa...»

Sam suspiró profundamente con una especie de estremecimiento.

—A la hora exacta estaba yo allí —continuó—. Aquello fue el principio de mi propio y particular infierno, Corny. Molly me estaba esperando. Se había preparado para mi llegada y estaba borracha como una cuba. Era..., bueno, no era nadie a quien hubiera visto antes. Todavía no había empezado a engordar, pero toda su delicada gentileza, todo su ingenuo encanto directo e íntegro había desaparecido. Mostraba una especie de coqueteo de tipo lascivo.

»—Has sido el único hombre que ha tenido el valor de venir a verme después de la muerte de Cal —dijo—. ¿No tienes miedo de que intente hacerte algún daño, Sam?

»Le dije que no tenía miedo. Intenté iniciar algún tipo de conversación trivial. No dio resultado. Continuó asaeteándome con chistes vulgares. Yo la escuchaba horrorizado. No había visto nunca una destrucción total semejante de la personalidad humana. Fui incapaz de decir nada de lo que pretendía. No pude expresarle lo que mi corazón había sentido. No podía ofrecerle mi ayuda. Se hubiera reído de mí en el estado en que estaba. Después de tomarme un trago fuerte, me disculpé y me fui. Ella no quería que me fuera. Se colgó de mí con sus manos pegajosas. Me insinuó que si volvía otra vez podríamos pasarlo "muy bien”.

»Finalmente conseguí librarme de ella. Christine me acompañó hasta la puerta, con una sonrisa fría y amarga en los labios.

»—Ya ve que no hay muchas esperanzas —dijo.

»—¡Se está matando a sí misma! —exclamé, y en mi voz se reflejó cómo me sentía de afectado—. Debería estar en algún hospital, necesita un tratamiento y que la cuiden.

»—No quiere ir y nadie puede obligarla —contestó Christine.»

Sam se tomó el segundo vaso de whisky.

—Si alguien me hubiera dicho con antelación que las cosas iban a ir tan mal no hubiera intentado volver. Me hubiera reído. Pero no lo intenté. La única forma de ayudarla era que alguien con autoridad la obligara a ir a alguna institución para alcohólicos. Con el dinero que tenía podía luchar largo tiempo si quería resistirse a ello. Así que me rendí, en parte porque no sabía qué podía hacer y en parte porque esa tontería romántica que me había movido durante tanto tiempo se había enfriado casi totalmente después de aquella grotesca visita. Entonces, un día, dos semanas después, me llamo por teléfono.

—¿Molly le llamó? —pregunté.

Sam asintió. Sus ojos grises reflejaban un sufrimiento que era tan agudo como el mismo día en que se lo habían infligido.

—Era extraño, Corny. Parecía una persona diferente. Parecía asustada y en su voz se apreciaba una especie de urgencia. Era la misma voz que yo recordaba de los viejos tiempos, indecisa, fuerte e intensa.

»—¿Sería posible que viniera a verme?

—preguntó.

»Yo dudé un poco. Francamente no quería volver a pasar otra

vez por la misma experiencia.

»—Estoy sola, Sam, ¿comprendes? Sola —dijo esto como si tuviera un significado especial para mí. No era una trampa como la otra vez—. El padre de Christine murió anoche, y se ha ido a su casa a pasar un par de días. Va a venir alguien a pasar la noche conmigo, pero durante las próximas horas voy a estar sola. Si realmente sentías algo de lo que le dijiste a Christine, ven, por favor, te lo ruego.»

»Así que fui, fui volando, Corney. No sabía lo que había pasado, pero sabía en ese preciso momento que Molly volvía a ser ella misma. Quería llegar a ella antes de que algo pudiera cambiar aquella situación.

»Salió a la puerta a recibirme ella misma, llevaba un vestido de verano azul claro, que sentaba muy bien a aquella figura que aún era hermosa. Su hermoso pelo dorado le caía suelto sobre los hombros, enmarcando un rostro que reflejaba tanto sufrimiento que noté que el corazón me dolía al verla.

»—Gracias a Dios que ha venido —dijo. Y sin decir una palabra más me condujo hasta el salón. Se sentó en un sofá supermullido. Tenía las manos dobladas sobre el regazo y se las apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. No dijo nada, ni me sugirió dónde quería que me sentara. Acerqué un sillón Windsor y me senté frente a ella, muy cerca.

»—No he bebido nada —dijo de repente—. No he tomado ni una sola copa en todo el día.

»Eran entonces aproximadamente las cuatro de la tarde.

»—Si puedes dejar un día de beber, puedes dejar dos días o tres y siempre —dije. Con toda seguridad no me había hecho ir para contarme eso.

»—Usted le dijo a Christine que quería ayudarme —nuestras miradas se cruzaron y la suya estaba aterrorizada—. Ayúdeme, Sam. ¡Ayúdeme por Dios?

»—¿Cómo? ¿Qué es lo que quiere que haga, Molly? Sólo tiene que pedírmelo.

»—¡Sáqueme de esto como sea!

»—¿Sacarte de qué, Molly? ¿De la bebida? ¿De qué —me levanté y me senté junto a ella en el sofá. Le tomé las manos y las tenía heladas como el hielo. No hizo ningún ademán de retirarlas.

»—Llévame lejos de aquí, a donde sea. A algún sitio donde no puedan encontrarme. ¡Oh, Sam, ayúdame!

»—¿Pero quién no quieres que te encuentre? —le dije.

»—¡Todos ellos, cualquiera!

»Yo sé reconocer la histeria cuando me encuentro ante ella —continuó Sam—. Estaba completamente sobria, pero a punto de derrumbarse moralmente. Pensé que tal vez podría hacerla reír.

»—¿Sabes que he tenido un sueño que me ha durado diez años? —dije, sondándole—. Soñaba que algún día tú necesitarías ayuda y yo acudiría corriendo, y nos casaríamos y yo te protegería el resto de tu vida.

»Se me quedó mirando. No se reía en absoluto.

»—Casados —dijo en un susurro.

»—Hasta el día que te casaste con Cal —dije y debía haberme mordido la lengua, por recordarle aquella tragedia—. Llegué a creer que no podría ser de otra manera.

_JX »—No me conoces —dijo ella—. No me 198 conoces en absoluto.

»—Conozco el fuego que ardía en tu interior. Y sé que puede volver a arder de nuevo vivamente, si tú lo deseas. Sé que amarte es la única cosa que me ha importado durante mucho tiempo.

»—No sabes la terrible verdad sobre mí, Sam, en absoluto.

»—No creo que haya ninguna terrible verdad —le dije—. Lo has pasado mal, has estado rodeada de tragedias. Puedes recuperarte y llevar la clase de vida que desees.

»Me estaba mirando directamente, pero sus ojos estaban vacíos.

»—No sé si maté a Cal o no —dijo.

»Fue una afirmación un tanto extraña, Corny —Sam me dirigió una sonrisa seca y breve—. Debí reaccionar como tú lo hiciste cuando yo dije lo mismo hace un rato.»

—Ella estaba borracha —dije—. Tendría un vacío mental. No sabía lo que había pasado, ¿no te parece? Pero tú no estabas borracho esta tarde, ¿verdad, Sam?

—Yo no estaba borracho —dijo—. Ella me golpeó la cabeza con aquella estatuilla. ¿Sabes por qué? No fue porque fuera el marido que había perdido hacía tiempo, sino porque no era el botones que tenía que traerle el suministro de alcohol. Me quedé sin sentido. Cuando me recuperé, ella yacía junto a mí en la alfombra con la

cabeza destrozada como un tomate triturado.

—Dices que ella yacía a tu lado, ¿te refieres a Molly?

Me lanzó una mirada ausente.

—La que fuera, Molly o Christine.

—Ya está bien —le dije agriamente—. Fue identificada como Molly.

—No voy a dejarme engañar por eso. No me mires de esa manera, Corny. No estoy loco. Hay razones auténticas para dudar de ello. Ya lo verás.

4

El relato de Sam Kenyon de cómo llegó a ser el marido de Molly, casi sin darle tiempo a comprender lo que había pasado, era digno de una novela. Porque sucedió el mismo día que tuvieron aquel primer encuentro solos.

—Ella estaba histérica —dijo Sam—, y detrás de aquella histeria yo podía percibir una especie de terror horripilante. Me dije a mí mismo que las personas que no son alcohólicas no pueden entender el miedo y el pánico que obsesionan a los alcohólicos. Pero no era eso. Estaba obsesionada por algo mucho más tangible que un hábito del que no se podía desprender. Tenía miedo de Christine y de Maclyn Archer, y tenía razón para tenerlo.

La historia que me contó Sam aquella tarde era un laberinto. Christine sabía lo que había pasado la noche de la muerte de Cal. Sabía si Molly era culpable o no. Había declarado a favor de Molly pero, en privado, había dejado muy claro que había cometido perjurio. En resumidas cuentas, la vida de Molly estaba en sus manos. Podía confesar que había cometido perjurio, y algún fiscal de distrito ambicioso haría un trato con ella para que saliera libre de cargo, enviando a Molly a la cámara de gas.

«—¡Y yo soy una cobarde! —me dijo Molly—. Por encima de todo siento miedo a morir. Envidio a las personas que tienen el valor de tomarse una sobredosis de somníferos, yo no tengo esa clase de valor.

»Así que ella era prisionera de su propio miedo a morir. Christine la tendría para siempre en sus manos, controlaría su vida, controlaría su dinero, incluso su carrera si quedaran algunas esperanzas de reanudarla. Y Maclyn Archer, ”E1 Cuchillo”, aparentemente estaba de acuerdo con Christine. Molly se las había

arreglado para llegar hasta él y pedirle ayuda, y él se había reído de ella. Iba a tener que pagar mil veces por haber destruido lo que para él constituía una propiedad muy valiosa. La abandonaron y estaban maltratándola terriblemente. Estaba claro que Christine no era ni había sido nunca su amiga. Christine la odiaba por lo que había hecho con sus sueños, simplemente por ser lo que era y cómo era. Sentía un placer morboso torturando a Molly y conduciéndola a un punto insoportable y lo conseguía torturándola constantemente con pequeñas cosas, como no permitirle que tomara lo que había pedido pada desayunar. Lo único que no le negaba era la bebida. Había sido Christine quien la había iniciado en la bebida cuando el agotamiento y los nervios destrozados habían empezado a pasar su factura en el tema cinematográfico. Cuando se hizo evidente que Molly era una alcohólica, fue Christine quien le impidió dejar el alcohol procurando que lo tuviera siempre a mano. Ahora, atormentada como estaba por el miedo, Molly sólo tenía una escapatoria: el whisky. Christine se encargó de que la destrucción física viniera con todo lo demás.

»De la forma en que me lo contó —dijo Sam con voz ronca— era como una historia de terror que las superaba a todas. Christine y Archer, viciosos y vengativos, estaban destruyéndola deliberadamente paso a paso. La única salida que Molly podía ver para escapar era esconderse en un agujero en algún sitio, en lo más profundo de la tierra, donde no pudieran encontrarla. Lo que ocurría es que no había ningún agujero y ninguna forma de esconderse. En el momento en el que se les escapara, Christine sin duda se iría directamente al fiscal del distrito. A medida que iba contándome aquella desgraciada historia yo sentía cómo una ardiente angustia me abrasaba por completo

Sam aspiró profundamente el humo del cigarrillo y luego lo lanzó con un profundo suspiro—. Tienes que comprender la disparatada relación romántica que yo había sentido por aquella muchacha durante diez años. Tienes que comprender que yo sentía íntimamente que estaba llamado a desempeñar el papel de San Jorge y el Dragón. Era una locura, pero imagina que pudiéramos coger el coche en aquel momento, llegar hasta la frontera, a Tijuana y casarnos. Entonces volveríamos y nos enfrentaríamos a ellos. Según la ley californiana yo controlaría la mitad de los bienes de

Molly. Como su marido, estando en su casa, podía echar a Christine de una patada y decirle a Archer que dejara de aprovecharse de ella junto con Christine y que se fuera. Bueno, sabía que podía destruirme profesionalmente. Controlaba la mayoría de la industria cinematográfica y televisiva. Pero Molly y yo podríamos vivir de lo que Molly recibía de él, le gustara o no. Cuando Molly se encontrara nuevamente bien nos reiríamos de ellos en sus narices. Podríamos trabajar en el teatro donde Archer tenía menos influencia, haríamos películas en el extranjero, y si aquello fallara, podíamos simplemente tumbarnos en cualquier sitio a tomar el sol.»

—¿No le asustaba lo que pasaría si Christine iba al fiscal del distrito? —le pregunté.

Sam se echó a reír.

—Estaba enamorado, Corny. No se me hubiera ocurrido en ningún momento que ella hubiera matado a Cal Gardner. Yo me decía a mí mismo que a ella no podía pasarle nada porque no era culpable. Una vez que yo controlara la situación, pensaba, descubriría la auténtica verdad y dejaría al descubierto todo aquel chantaje que tenían organizado. No tenía la más mínima duda.

Sacudió la cabeza, como si ya no pudiera seguir creyendo en su propia y romántica inocencia.

Así, de esa forma, consiguió que aquella muchacha aterrorizada recobrara la esperanza. La convenció de que sería para ella su escudo y su espada. Así que hicieron exactamente lo que él había sugerido, fueron en el coche hasta Tijuana y se casaron. Fueron las primeras horas en algo más de un año en que Molly no se halló bajo el control directo y la presencia física de Christine.

—Durante algunas horas, aquella locura romántica pareció real —dijo Sam—. Ella estaba feliz como una chiquilla en las fiestas de carnaval. La besé por primera vez después de la ceremonia. Su respuesta fue tímida pero cálida y agradecida. Visitamos la ciudad durante un rato. Sobre las nueve entramos en un bar que había por allí para comer. Recuerdo que tuve cuidado al encargar el menú, evitando pedir alguna bebida. Pero de alguna manera dejé ver evidentemente que éramos recién casados. El dueño se acercó a nuestra mesa con una botella de champán. Molly al principio dijo que no, pero me di cuenta de lo que aquello le costaba. De repente vi que lo necesitaba urgentemente y que el dueño obviamente se

sentía ofendido. Ella me dijo tímidamente que una copa no le haría daño.

»—Déjame tomarla, no beberé más, Sam.

»"Cielos —pensé—, una copa no iba a estropearnos aquel momento." Así que bebimos y brindamos juntos, y antes de que pudiera darme cuenta, el dueño había vuelto a llenarnos las copas y nos proponía otro brindis, entonces me opuse, pero me di cuenta de que ya era demasiado tarde. Sólo dos copas de champán bastaron para alterarla. De repente, se había vuelto esquiva, coqueteaba como si yo fuera un extraño. Yo quería salir de allí y volver al hotel que habíamos cogido para pasar la noche. Quería hacerle el amor, Corny. ¡Lo llevaba deseando durante diez años! Y ahora era su marido.

»Se excusó y salió al tocador. Mientras se ausentó pedí la cuenta. Tardaron algún tiempo en traérmela, y Molly siguió en el tocador durante un período de tiempo fuera de lo normal. La cuenta y ella llegaron al mismo tiempo. Parecía imposible que tan sólo dos copas la hubieran dejado tan borracha. Se balanceaba como un barco sin timón. Sólo de mirarla me daban náuseas. Entonces vi que me habían puesto en la cuenta una botella de champán. Llamé al dueño y le dije algo enfadado, que había supuesto que el champán era a cuenta de la casa.

»—Lo era, señor, lo era —me dijo—. Esta es la botella que ha pedido la señora en el tocador.»

Sam continuó con voz monótona:

—Se había metido una botella entera de champán mientras estuvo allí. Cuando volvimos al hotel yo tenía prácticamente que ir sujetándola. Se desnudó y se metió en la cama, como una novia bellamente desnuda. Y cuando me reuní con ella estaba apagada como una luz. Ni siquiera la toqué, hubiera sido como hacer el amor con un cadáver. Nunca, nunca tuve otra oportunidad.

Me contó Sam que volvieron a Hollywood a la mañana siguiente. Molly estaba mala de vergüenza y también asustada, pues Christine estaría allí. Sam no podía darle confianza. El también había perdido aquel ímpetu que le había impulsado. El problema de la bebida era mucho más serio de lo que él había querido creer.

Bien, Christine estaba en casa de Molly cuando volvieron, Christine que estaba blanca de ira y de angustia, o de ambas. Se quedó pasmada cuando se enteró de la noticia.

Molly había huido precipitadamente a su habitación, obviamente asustada al encontrarse con Christine, y dejando que su nuevo marido se enfrentara con el enemigo.

—Le dije que el juego había terminado —dijo Sam—. Le ordené que recogiera sus cosas y se largara al infierno, fuera de allí. Le dije que no me había creído ni por un momento que hubiera nada de lo que pudiera echarle a Molly la culpa y que si le amenazaba una sola vez más yo la acusaría de chantaje, extorsión y de cualquier cosa que se me ocurriera en contra suya. Como yo esperaba, no me replicó. Tampoco protestó, pero su actitud tomó un giro que yo no esperaba.

»—Mi pobre Sam —dijo—. ¿Te ha contado realmente todas esas tonterías y te las has creído? ¿Sabías que ayer fue el único día en que la dejé sola desde su fracaso? ¿Sabes por qué? Porque está completamente trastornada mentalmente, Sam. No sólo por la bebida. Es una esquizofrénica violenta. Si no hubiera habido nadie con dinero que cuidara de ella, la habrían internado hace tiempo. Durante los últimos dos años no la he dejado ni un solo minuto, porque esa era la única forma de que pudiera vivir segura de este lado de las rejas. Es absolutamente irresponsable, Sam, y peligrosa.»

Sam continuó su relato:

—Ella me asustó. No sé si estaría diciéndome la verdad o si es que es una artista excelente. Parecía que hablaba completamente en serio, que era absolutamente sincera. Por primera vez sentí una terrible duda, a pesar de todo; Molly podía ser culpable del asesinato de Cal Gardner, si lo que decía Christine era cierto.

»—Seguramente no creerías que si hubiera estado en sus cabales —me dijo Christine— habría huido para casarse con un perfecto extraño con el que sólo había hablado anteriormente una vez en su vida.

»—Pues yo lo creí —dije horrorizado.

»—Eso es diferente, Sam. Tu has tenido una relación de tipo sentimental con ella durante diez años. Ella casi no sabía ni que existías, sólo habías tenido un encuentro con ella en el estudio, y luego aquel encuentro con una borracha que tuvo lugar aquí

mismo, hace unas semanas. No es lo mismo, Sam, yo creo que no lo juzgaste adecuadamente, pero hay que tener en cuenta los antecedentes que dieron lugar a esto y que podrían servir de justificación a tus actos. Pero ella no tiene ninguno.»

Sam prosiguió con voz monótona:

—Aquella tarde tuve un problema además de aquel asunto. Tenía que presentarme en uno de los estudios para volver a hacer unas filmaciones. Tenía que estar allí o acabaría en la lista negra de un empresario importante y necesitaba algún tiempo para pensar en mis próximos movimientos. Podía comprobar lo que Christine me había dicho, contando con la ayuda de un médico. En aquel preciso momento no podía decir si Christine era amiga o enemigo. Molly me había vendido. Ahora me sentía algo dudoso. Así que me fui al estudio, corroído por la duda.

»Eran casi las diez de la noche cuando volví a casa —se notaba por su voz que Sam estaba exhausto—. Molly se había ido, Christine también. El ama de llaves me entregó una nota de Molly. Supongo que era de ella. Nunca había visto su letra, ¿sabes? En ella me decía que había cometido una terrible equivocación, que no cabía ninguna esperanza de que el matrimonio resultara bien, que sin duda estaba en un estado de histeria e incapacidad mental cuando se puso de acuerdo conmigo para llevar a cabo semejante huida. Me dijo que había dado instrucciones a su abogado para que pusiera en marcha los trámites de la anulación. Yo tendría que hablar con él respecto al aspecto financiero. ¡Como si yo quisiera su dinero! Por cierto que su abogado era Sid Tannenbaum, el abogado de Maclyn Archer —Sam se levantó de la cama y fue hacia la ventana. Se quedó allí de pie contemplando las luces de la ciudad—. Así que esa es la historia de mi casamiento con Molly Malone, Corny. Eso fue todo lo que pasó. Yací junto a un cuerpo borracho durante una noche, sin tocarlo. No había vuelto a verla, excepto de lejos, hasta esta tarde.»

—Así que era Molly —dije—. ¿Fue Molly a quien viste esta tarde?

—Vi a las dos —replicó sin volverse a mirarme.

—¿Y no supiste distinguirlas?

—Con seguridad, no, Corny.

Aquel extraño matrimonio y su brusco fin, había tenido lugar hacía cuatro años. Sam Kenyon era un tipo honrado, y de una forma un tanto extraña había estado y estaba enamorado de Molly. Y no la había olvidado cuando ella desapareció. Fue a ver a Sid Tannenbaum, el abogado de Molly. Tannenbaum es un individuo muy astuto. Se había especializado en la industria cinematográfica, trabajando principalmente como abogado empresarial, pero también se especializaba en resolver problemas. Tenía docenas de grandes estrellas a las que había sacado de situaciones que podían haber dado al traste con sus carreras. Había comparecido como defensor de gran número de casos criminales en los que estaban involucrados importantes personajes del mundo del espectáculo. Era cierto que Maclyn Archer era tal vez su cliente más importante, pero Archer no le poseía. Era dueño de sí mismo.

—Tannenbaum lo tenía todo listo —dijo Sam—. Al principio se mostró hostil. Me tomó por un explotador que había engañado a una mujer enferma e indefensa para llevarla a contraer un matrimonio mediante el cual me apropiaría de la mitad de sus propiedades. Podría tratarse de una cantidad considerable, tal vez tres cuartos de millón de pavos. Cuando le dije que estaba dispuesto a renunciar a cualquier derecho que tuviera sobre las propiedades de Molly, si me convencía de que no era cierta la historia que ella me había contado, cambió su actitud hacia mí. Escuchó mi historia, como tú lo has hecho. Me acogió y me compadeció como una vieja gallina. Después me lo contó todo, me dijo que Molly había empezado a derrumbarse un par de años antes. Padecía agotamiento debido a la fatiga y al exceso de trabajo. Archer la había tenido esclavizada haciendo una película tras otra para sacar provecho a una mina de oro descubierta repentinamente. Ya había
202 empezado a beber. Al principio pareció luchar, pero de repente pareció que ya no le importaba. Su marido, Cal Gardner, la llevó a varios médicos, psiquiatras, e incluso a algún tipo de líder religioso, que estaba de moda en la Costa por aquel tiempo. Lo hicieron todo por ella. Archer hizo venir a un especialista desde Viena. La sometieron a un tratamiento de shock y a todo tipo de procedimientos médicos conocidos. Christine había actuado como un Peñón de Gibraltar, pero era imposible detener su carrera hacia el desastre, hacia la destrucción completa de su carácter. El punto

culminante de este proceso fue la muerte de Cal Gardner.

»—¿Qué si es culpable? —Tannenbaum se encogió de hombros —. En el aspecto legal, desde luego que no. Podía haber conseguido que absolvieran con un veredicto de enajenación mental. Por tanto, todo lo que le habló sobre la cámara de gas era una absoluta tontería. Pero aparte de esto, no fui capaz de desentrañar la historia de Christine con más éxito que el fiscal del distrito. Personalmente quedé convencido al final de que me había dicho la verdad.

»—Si está tan enferma como dice, ¿por qué no está en el hospital o en un manicomio?

»—Eso se debe a un acuerdo de los médicos —me dijo Tannenbaum—. No se puede hacer nada por ella. Mientras Christine esté dispuesta a permanecer con ella noche y día, al menos puede disfrutar algo de sus raros momentos de lucidez.»

Sam había vuelto de la ventana y estaba hablando directamente al micrófono. Me miró, sus párpados estaban hinchados por el agotamiento.

—Así que me lo creí, Corny. La extraña historia de su confinamiento y del chantaje a cargo de Christine era simplemente la invención de una mente enferma. No quedaba nada que yo pudiera hacer por Molly. Y de hecho no hice nada durante cuatro años, hasta hace aproximadamente un mes.

Sam había continuado con su carrera de actor después de aquel día aciago. No se esforzó por encontrar a Molly ni por hacer nada por ella. La anulación le fue concedida al cabo del período de tiempo legal. Molly desapareció de la vista del público. No volvió nunca a su casa de Hollywood. Tannenbaum hizo todos los trámites para venderla en su nombre. Los periodistas la habían olvidado.

Un día Sam vio una foto de ella en un periódico. Al parecer estaba en Nueva York. En la foto aparecían Christine y ella, con sus abrigos, sus sombreros de fieltro y las gafas negras, caminando por la Quinta Avenida. El pie de la foto produjo un shock en Sam, decía que la figura de la izquierda era Christina y la de la derecha Molly. Molly había engordado unos diez kilos. Estaba gorda, hinchada, rolliza. Había perdido la razón y ahora también la figura, pensó Sam. Qué final tan trágico para quien fuera en su momento un gran talento y también un ser humano encantador. Aquello provocó una tristeza especial en Sam. Lo que antaño había sentido por ella

seguía rondando en su interior.

Hace aproximadamente unos seis meses, casi cuatro años después del fallido matrimonio, Sam fue contratado para representar una obra en Broadway. Fue al East para ensayar. La auténtica Molly se había convertido ya en un recuerdo olvidado. A veces la recordaba cómo era entonces. Una vez vio una película suya en la televisión.

—Fue como si alguien me clavara un hacha en el estómago —me dijo—. Tuve que decirme a mí mismo que Molly ya no existía.

Un día la vio a ella y a Christine mirando escaparates en la Avenida Madison, cerca del hotel Worth en el que estaban viviendo. Molly era una tosca caricatura de sí misma. Christine no había cambiado. No hizo ningún esfuerzo para hablar con ellas. Formaban parte de otro tiempo y de otro mundo.

La obra de Sam fue un éxito y se estableció allí por un largo período. Hace aproximadamente un mes cogió una fuerte laringitis y fue a ver a un médico que le recomendó un actor de su compañía. Con objeto de conservar la voz estuvo yendo al médico dos veces diarias durante unos diez días para seguir un tratamiento. Llegaron a hacerse amigos. El doctor se llamaba Curtis, Julián Curtís.

Un día le dijo casualmente a Sam:

—Tengo un paciente que puede interesarte, Sam.

—¿Sí?

—Tu ex esposa, Molly Malone —dijo Curtis.

—Dios la ayude.

—No necesita la ayuda de Dios, solamente la suya propia —dijo Curtis—. Si deja el alcohol y para de comer hasta hartarse, podrá volver a ser ella misma en unos seis meses.

—Y mentalmente, ¿cómo está? —preguntó Sam.

Curtis le dirigió una mirada extraña.

—¿Mentalmente? ¿Qué quieres decir?

—En la Costa le diagnosticaron una esquizofrenia incurable —dijo Sam.

—Tonterías —replicó Curtis—. Está tan cuerda como tú y como yo. Yo había oído algo sobre esto hace unos años y me imaginé que lo había inventado alguien que no la quería. Ahora lo sé con seguridad. No tiene ningún problema mental, excepto que se permite beber en abundancia, y apostaría mi reputación para

probar que nunca ha tenido problema mental alguno.

—¿De qué la estás tratando? —preguntó Sam.

—De problemas de hígado y digestivos que son también típicos en las personas alcohólicas. De no ser porque come abundantemente ya estaría muerta.

—¿Crees que se la puede ayudar? Quiero decir a ponerla de nuevo en condiciones.

El antiguo problema romántico de Sam parecía estar despertando de nuevo.

Curtis pensaba que se la podía ayudar.

Lo que más le convenía sería hacerle recuperar la figura para que pudiera volver a mostrarse en público.

—Nunca superan el hambre por el aplauso del público —dijo Curtis—. Si pudiera volver a oírlo, volvería a ser un ser humano.

Así que otra vez se repetía la situación. Había ciertos detalles de tipo profesional que le eran familiares a Sam. El contrato que Molly tenía con Maclyn Archer había caducado hacía unos meses. Ella estuvo cobrando durante cuatro años sin hacer nada, pero ahora eso había terminado. Archer ya no podía controlar su vida profesional.

El agente de Sam era un joven brillante llamado Pat Keefe. Estuvieron comiendo juntos al día siguiente de la conversación que Sam mantuvo con el doctor Curtis. Sam le explicó el caso a Keefe. ¿Podría él hacer algo por Molly si volvía a recuperar su forma para actuar de nuevo?

—Es tu ex mujer, ¿verdad? —dijo Keefe.

—Legalmente sí, sólo pasamos una noche juntos. El matrimonio fue anulado. Como dicen en los tribunales nunca fue consumado.

—¿Qué te hace creer que podría recuperar su forma física? Yo la he visto por la ciudad, Sam. Parece que está acabada.

—He dicho «si» —dijo Sam.

Keefe se encogió de hombros.

—Claro. Podría conseguirle algunos contratos en algún club para empezar, en Las Vegas, Miami, Chicago, aquí en Nueva York. Pero necesitaría un relaciones públicas de primera calidad, trabajando para ella. Al público aún le queda un mal sabor en la boca, Sam. Un marido asesinado, borracheras, fotografías en las que aparece como un dirigible inflado. Un tipo que se dedique a las relaciones públicas, un fuera de serie, como Bobo Cass, por ejemplo, podría

organizar su reaparición haciendo un acto de valor. Podría conseguir que el público la apoyara.

—Si puede recuperar su figura y su forma física, y está dispuesta para actuar, y si puedo conseguir que Cass, o alguien tan bueno como él lleve su publicidad, ¿te harías cargo de ella? ¿Le conseguirías algún contrato? —preguntó Sam.

—Seguro —dijo Keefe—. Lo único que me puede pasar es que gane dinero, ¿verdad?

5

Hay algunos tipos que no reconocen cuándo han sufrido ya demasiado. Sam Kenyon era uno de ellos. Se había consumido por completo en el fuego de Molly Malone, pero no había aprendido nada con ello. Creyó que tenía todos los elementos para poder hacer finalmente algo por Molly. Disponía de un médico para ayudarla con sus problemas físicos, y un agente para buscarle trabajo. Si conseguía que Cass lanzara una campaña para su reaparición, ya estaría todo en marcha.

Boland Cass, conocido por todos como Bobo, era el mejor relaciones públicas para la gente del espectáculo y para el negocio en sí. Tenía su oficina principal en Nueva York, y delegaciones en Hollywood, Londres, París y Roma. Representaba a un centenar o más de las figuras más importantes del cine y del espectáculo, cantantes, escritores, directores y productores. Cada uno de ellos le pagaba una comisión mensual de doscientos cincuenta a mil dólares. Debía merecérselos, porque había cien actores más que reclamaban sus servicios. Hubiera sido difícil para un extraño como Sam llegar hasta él, pero Pat Keefe el agente podía arreglarlo todo. Bobo Cass sugirió que Sam desayunase con él en el Plaza el día siguiente, a las ocho de la mañana.

Sam esperaba algo extraordinario de Bobo y no se vio decepcionado. Su desayuno fue algo parecido a whisky sólo con hielo y anchoas en finas lonchas de pan tostado cortado en tiras finitas. Al parecer era su menú normal, ya que el camarero se lo trajo sin esperar a que lo pidiera. Sam no se hubiera mostrado extrañado si hubiera aparecido vestido con un shari de piel de leopardo. Tenía el rostro huesudo, llevaba unas gafas de gruesa montura, y un conservador traje oscuro y corbata. Sam se

estremeció un poco al verle tomar de un sorbo la mitad de la bebida frente a él. El whisky a las ocho de la mañana era demasiado para el estómago de Sam.

Bobo le sonrió.

—Leo en usted —dijo—. No es whisky. Es caldo de carne. Puede parecerle extraño, pero me gusta. Hay gente en Nueva Inglaterra que toma tarta de manzana para desayunar, Dios nos guarde. Son gustos personales. Esto me pone en órbita por las mañanas y me hace sentirme fuerte —mordisqueó una de las anchoas sobre la tostada—. He sugerido un desayuno, Sam, porque esto me permite disponer de hora y media para decirle que no. No hay que estar muerto para estar muerto, ya sabes. Tu chica puede estar dando vueltas por ahí, pero está muerta.

—¿Por qué ha tardado tanto en decir que no? —dijo Sam, con el gusto amargo del desaliento en la boca.

—Porque soy un sentimental —dijo Bobo, mientras que sus ojos azules bailaban detrás de sus gafas—. Si se nombra a Molly Malone en mi presencia me atraganto. Se tarda más en decir que «no» entre lágrimas.

—Mire, señor Cass...

—Puede llamarme Bobo —dijo Cass—. Lo hará cuando nos separemos y en todo caso es más una marca comercial que una muestra de intimidad. Después de hablar con Pat Keefe decidí decirle que no tranquila y educadamente. Y he de advertirle que debería ir a un psiquiatra —su rostro se endureció, y fue pronunciando las palabras lenta y espaciadamente para darles más énfasis—. Molly Malone está muerta.

—Yo creo que no —dijo Sam.

Bobo llamó al camarero, que le trajo otra copa de caldo con hielo. Se quedó mirando a través de las ventanas. Ei parque que se veía al otro lado estaba verde y exhuberante de flores primaverales. Debería ir a que le vea un psiquiatra porque solamente una persona que esté rebosante de fe por el género humano tendría éxito en encontrar quien se comprometiera a hacer volver a Molly a la escena en este momento. Ya le he dicho que está muerta como actriz.

—Entonces llamémosle «Plan de Resurrección» —dijo Sam—. Creo que se la puede presentar junto con un buen agente, que tenga

fe en ella y media docena de fechas para su vuelta a la escena, como presentación, con un programa elaborado por el mejor agente de relaciones públicas del medio. Es decir, usted. Esta es la fe de un ex marido.

—¿Lo que usted ofrece podría quitarle veinte kilos de encima? —preguntó Bobo.

—Podría ser. Su médico dice que físicamente se puede conseguir.

—¿Sabe que es una alcohólica incurable» sin esperanza? —dijo Bobo impacientemente.

—No sé lo que quiere decir sin esperanza —dijo Sam—. Y no sé lo que significa incurable en términos de alcoholismo. Sé que es uno de los más grandes talentos de la escena de todos los tiempos. Si le ofrecemos algo a lo que se pueda agarrar como usted, Keefe y yo, creo que ella podría conseguirlo.

—¿Seguro?

—No lo sé —dijo Sam—. No la he visto, ni he hablado con ella desde hace cuatro años.

—¿Qué? —Bobo se quedó mirando a Sam durante un rato—. Tengo que decirle que salga de aquí inmediatamente, pero tendrá que pagar el desayuno. Todo esto es un sueño, ¿verdad? ¿Ni siquiera le ha preguntado a ella si quiere ayuda?

—Todo el mundo quiere ayuda.

—¡Oh! ¡Dios nos asista! —dijo Bobo—. ¿Qué hay de los rumores que corren de que padece una psicosis peligrosa?

—Son infundios —dijo Sam—. Su médico dice que está tan cuerda como usted y como yo, puede que tuviera una depresión nerviosa hace cinco años, pero no fue determinante.

—¿Quién es su médico?

—Julián Curtís.

Bobo asintió.

—Le conozco, es un buen hombre. Si él dice eso… —se recostó en el asiento y encendió un cigarrillo—. Solía escucharla cantar en el Village, en el local de Gino. Lloraba como un chiquillo yo también, somos miembros del mismo club —le dirigió a Sam una extraña sonrisa—. Me gustan las personas sentimentales hasta que se quieren meter en el área de las cosas prácticas. Usted no posee las respuestas a un montón de preguntas. Sam.

—¿Tales como cuáles?

—Evidentemente una principal —dijo Bobo—. No sabe si quiere intentar volver a los escenarios. No sabe si aún puede cantar. Ha estado destruyéndose silenciosamente durante cinco años. No sabe si podrá o si querrá dejar el alcohol —se sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió—. Todo esto son preguntas que podría contestar rápidamente si consiguiera acercarse a ella.

—Puedo llegar hasta ella —dijo Sam—. Seguramente le interesaría escuchar lo que le diga. Si le diera vergüenza verme, Pat Keefe podría hablar con ella como agente.

—Eso no lo sabe con seguridad —dijo Bobo—. Está completamente alejada del público como la Garbo. Creo que está tan neurótica que ni siquiera sube en el ascensor del hotel. Sube y baja los seis pisos cada vez que sale, lo cual no sucede muy a menudo.

—La perspectiva de un futuro de algún tipo podría hacerle cambiar —dijo Sam.

—No quiera jugar al psiquiatra conmigo, Sam —dijo Bobo con impaciencia—. Hasta que no sepa las respuestas a estas preguntas tan simples está actuando basándose en un cuento de hadas. Y no hemos hablado aún de las preguntas más complejas.

—Hágamelas —dijo Sam, terriblemente confiado.

—¿Ha tenido tratos alguna vez con Maclyn Archer?

—Con su oficina.

—Dicen que Archer en persona sólo habla con Dios. ¿Sabe cómo le llaman los pocos amigos íntimos que tiene? «El Cuchillo». ¿Le ha visto alguna vez?

—De lejos.

—Mide metro y medio de vitriolo concentrado —dijo Bobo—. Es una institución en el cine, una institución de la televisión, hace estallar su látigo sobre los empresarios teatrales y los propietarios de clubs nocturnos, un enano que se convirtió a sí mismo en gigante. Nunca olvida, ni perdona. Molly le falló y él tuvo que estar pagándole durante cuatro años. Johnny Seuss, que fue quien se la presentó y le hizo firmar con ella el contrato, está vendiendo hamburguesas. Y era uno de los agentes artísticos más importantes. Archer tiene a Molly atrapada de mil maneras. Agarrará el primer billete que ella gane. Intentará con todas sus fuerzas, y tiene

muchos medios, mantener a Molly enterrada. ¿Puede contrarrestar esa poderosa fuerza vengativa?

—Puedo intentarlo —dijo Sam.

—¿Puede arriesgarse a que Archer vuelva sus armas en contra suya?

—¿Y usted, puede?

Bobo se echó a reír.

—Quizá yo sea una de las tres o cuatro personas contra las que no se atrevería a dirigir sus cuernos —dijo—. Estoy metido con mucha fuerza en el mundo de los medios de comunicación. Una de las cosas que puede temer es la mala publicidad, y yo se la puedo proporcionar a pesar de todo su poder.

—Entonces si usted está de nuestra parte ya estamos metidos.

—Pero no me ha convencido, Sam. Ya le dije que había venido a decir que no.

—Entonces, ¿es capaz de quedarse senado y dejar a Archer que destruya a Molly en razón a una venganza personal?

—Ella se ha destruido a sí misma —dijo Bobo.

—Imagínese que vuelvo y le digo que no lo ha hecho. Imagínese que vuelvo y le digo que todavía puede cantar. Suponga que le digo que tiene el valor necesario para dejar la bebida, para adelgazar, y para ponerse a trabajar.

—Si pudiera hacer eso —dijo Bobo después de un momento de duda—, aún me quedaría una pregunta que hacerle y otras preguntas derivadas de esa misma.

—¿Esa pregunta es un secreto?

—Mi querido sentimental y ciego amigo —dijo Bobo, dirigiendo una mirada fría y dura a Sam detrás de sus gafas de concha—. ¿Mató ella a su primer marido?

—El caso está cerrado, ¿verdad?

Sam no mencionó sus propias dudas sobre la cuestión, que le asaltaban continuamente.

—No se ha olvidado, aún está en los libros —dijo Bobo—. Yo le pregunto, Sam, si abre de nuevo esta caja de sorpresa y Molly reaparece, y eso es mucho suponer, ¿cuánto tiempo se mantendría Christine Lewis en la nómina de Maclyn Archer? Es el testigo de Molly. ¿Acaso tiene un precio? Porque si lo tiene, Archer puede pagarlo.

Sam tenía húmedas las palmas de las manos. Este era otro de los viejos temas. Christine, ¿era amiga o enemiga? ¿Había algo de verdad en la extraña historia que le contó Molly el día de su boda, de que le estaban haciendo chantaje amenazándola con descubrirla? O, como insistió Christine, ¿formaba aquello parte de su depresión?

—Supongo que Christine se mantiene firme de parte de Molly —dijo—. Hay algunas personas que no se dejan comprar, ¿sabe?

—Voy a darle mi última contestación, Sam —dijo Bobo—. Archer posee a un montón de personas. Por ejemplo, a Betty Blanding, la comentarista de Hollywood. También, por ejemplo, las revistas de espectáculos más procaces. Puede lanzar una campaña de publicidad bien orquestada en contra de Molly. Yo no podría ofrecerla al público de una forma normal. Tendría que luchar contra la campaña de Archer. Tendría que estar continuamente negando cosas en vez de afirmar hechos. Eso no ayudaría a Molly, Sam. Todo lo que acabó con ella hace cinco años podría volver a salir a la luz.

—¿Por qué iba a llegar Archer a tales extremos para impedir la vuelta de Molly? —preguntó Sam—. ¿No significaría para él poder recobrar algo de su dinero?

—Lo impediría porque es un bastardo tacaño y vengativo —dijo Bobo—. Vaya a preguntárselo a Johnny Seuss a su puesto de hamburguesas, allá en Santa Bárbara. No subestime los extremos a los que puede llegar, Sam.

Sam suspiró. No podía creer realmente que un hombre tuviera tanto poder en sus manos.

—Si vuelvo con algunas respuestas afirmativas a esas preguntas simples, ¿querrá volver a hablar conmigo? —le preguntó.

—Mi querido amigo, en cualquier momento hablaré con usted —dijo Bobo—. Le dije que ambos somos miembros del mismo club de sentimentales. Pero no le prometo hacer otra cosa, nada más que escuchar.

—Es un trato —dijo Sam.

Bobo retiró la silla de la mesa y se levantó.

—Si consigue ver a Molly y hablar con ella dígale que era la mejor.

—¿Y que puede volver a serlo?

Bobo sacudió la cabeza como un padre derrotado en una discusión con un niño pequeño.

—Sí, cabeza dura, también puede decirle eso. Sí, sí, sí...

Era pues un maravilloso día de primavera. Sam había obtenido una media promesa de ayuda de Bobo Cass. Así que en lugar de prestar atención a las advertencias de Bobo, se sentía contento y se embarcó en una campaña de ayuda hacia una persona que merecía y necesitaba ayuda y que aún producía un nudo de emociones en su interior. Aquella mañana esperó hasta aproximadamente las diez y entonces llamó al Hotel Worth y preguntó por Molly. El corazón le daba saltos en su interior.

—La señorita Malone no recibe ninguna llamada del exterior —le dijeron.

—Es un asunto de negocios.

—Si quiere puede dejarle un mensaje —le dijo la telefonista.

Sam pensó rápidamente. Si daba su propio nombre Molly le ignoraría, o si tomaba Christine el recado tal vez no se lo diría a Molly.

—Soy Patrick Keefe —le dijo a la telefonista—. La señorita Molly no me conoce, soy un agente artístico y mi llamada está relacionada con un posible trabajo.

—¿Quiere dejar su número de teléfono, por favor, señor Keefe?

—Hoy no voy a estar en mi despacho —dijo Sam—. Voy a quedarme en casa trabajando —y entonces dio su propio número de teléfono.

Después llamó al despacho de Keefe y acordó que cualquier llamada que se recibiera procedente de Molly o de Christine se la pasaran a él. Probablemente Christine trataría de comprobar la llamada, telefoneando al despacho de Keefe. Volvió a su apartamento y esperó ansiosamente que el teléfono sonara. Esto no se produjo hasta primera hora de la tarde. La voz que sonó al otro lado del hilo telefónico era la de Christine, nerviosa, cortante y suspicaz.

—¿Ha llamado usted a la señorita Malone esta mañana?

Instintivamente, Sam se dio cuenta de que si revelaba su propia identidad podía dar al traste con toda su jugada.

—Quisiera verla y hablar con ella. Tengo algo en perspectiva que creo que tal vez podría interesarle.

—La señorita Malone no le recibirá, señor Keefe —dijo Christine —, y en cuanto a lo referente al trabajo, ya sabe que lleva cinco años retirada. No le interesaría.

—¿Toma usted las decisiones por ella, señorita Lewis?

—Así es.

—Entonces para tomar una decisión justa debería usted escuchar la propuesta completa, ¿no cree?

Christine dudó, y Sam no le dio ocasión para pronunciar el «no» que se adivinaba.

—¿Por qué no me permite invitarla a un trago, señorita Lewis? No voy por ahí cazando estrellas. Tengo varios clubs nocturnos que le darían una oportunidad. Boland Cass está interesado en dirigir una campaña para su reaparición. Es el mejor, ya lo sabe. No me he dirigido antes a la señorita Malone porque quería tener algo concreto que ofrecerle.

—Es imposible —dijo Christine, pero su voz era insegura.

—Merece la pena que me escuche —dijo Sam.

—Está bien, señor Keefe. Pero es imposible. Si viene al Worth sobre las cinco y media, me encontraré con usted en el bar… si puedo.

—¿Si puede?

—Nunca sé hasta que llega el momento, si voy a poder salir o no —dijo y colgó.

Aproximadamente a las cinco y cuarto Sam entró en el bar del Worth. El local estaba tan débilmente iluminado que era difícil incluso distinguir un rostro en la mesa de al lado. El encargado le condujo a una mesa que se hallaba situada en un rincón. Después de haberse tomado un Martini vio a Christine de pie en la entrada, escudriñando el local con incertidumbre. Llevaba puesto el abrigo habitual con su cinturón, el sombrero de ala estrecha y las gafas de sol oscuras. Había algo en la forma de erguir la cabeza, en la forma de mantener los hombros rectos, que le recordó bruscamente a Molly. Se levantó de la mesa y se dirigió hacia ella. Estaba lo suficientemente cerca de ella como para poder tocarla, cuando ella le descubrió.

—¡Sam!

—Hola, Christine.

Ella miró rápidamente el local por encima del hombro de él, y entonces apretó los labios.

—El haberme hecho venir aquí es, sin duda, uno de tus trucos, ¿verdad?— preguntó.

—Es un truco sólo en parte —dijo Sam—. Pat Keefe quiere dirigirla. Tiene algunas fechas concertadas para ella para cuando llegue el momento. Bobo Cass llevará su publicidad si ella quiere intentarlo. He tenido que hacerlo de esta forma porque no confiaba en que quisiera hablar conmigo.

—Tiene mucha razón.

—Pero puesto que ya está aquí...

Ella se encogió de hombros y le pidió que la llevara hasta la mesa.

—¿Qué quiere que pida para usted? —le preguntó.

—No bebo —dijo ella.

—¿Quiere café o alguna otra bebida suave?

—No.

Sus manos temblaron casi histéricamente en los bolsillos de su abrigo. Sam le ofreció un cigarrillo. Cuando fue a cogerlo le temblaron las manos. Le sujetó el mechero para que lo encendiera. Se tragó el humo que debió ir inmediatamente a sus pulmones con una avidez como si, de no hacerlo, hubiera muerto sin poder esperar ni un minuto más.

—Sólo puedo disponer de diez minutos —dijo.

—¿Cómo está, Molly —preguntó él.

—¿La has visto últimamente?

—De lejos.

—Entonces ya sabes cómo está —dijo Christine—. ¿A qué estás jugando, Sam?

—No estoy jugando. Sabes mejor que nadie lo que siento por ella. Su contrato con Archer ha terminado. Ahora puede volver a trabajar y quiero ayudarla.

—No le interesará —dijo Christine, aspirando con fruición el humo del cigarrillo.

—No tiene derecho a no estar interesada —dijo Sam—. El público quiere que vuelva, y puesto que fueron ellos quienes la hicieron lo que es, tienen derecho a pedirle más.

—Ellos no la hicieron lo que es.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que es una completa ruina, Sam. El público no es responsable de eso.

—Ya sé que está muy gruesa, Dios me ayude, que bebe demasiado. Pero puede hacerse algo.

—¿Eso crees? —su voz ronca sonaba con amargura. Sam se dio cuenta de que la estaba observando con atención, intentando atravesar la penumbra de la habitación y aquellos gruesos lentes. No consiguió nada excepto una especie de amargo nerviosismo.

—Eso creo —dijo Sam—. Cualquiera puede ponerse a dieta. Si es una verdadera alcohólica hay métodos y organizaciones que pueden ayudarla. Alcohólicos Anónimos, por ejemplo. Y en cuanto a la depresión nerviosa de hace unos años, Julián Curtís me ha dicho que está tan sana como un dólar.

—¿El doctor Curtís ha dicho eso?

—Da la casualidad de que es mi propio médico —dijo Sam—. Sabe que estuve casado con Molly. Me dijo eso y también que ella podía conseguir todo eso si se lo proponía.

Ella aplastó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa.

—¿Qué crees que he estado haciendo durante estos cinco años? —le preguntó con un ronco murmullo.

—Tal vez nosotros podamos ayudarla: Keefe, Cass y yo.

Ella avanzó un poco para apoyarse en el borde de la mesa.

—Si coges a un consumado atleta y le haces estrellarse en un accidente automovilístico, no importa lo que hubiera sido, no podrá volver a utilizar ni los brazos ni las piernas. Nada puede ayudarle.

—¿Quieres decir que ya no puede cantar?

—¡Oh!, sí puede cantar.

—Eso es lo único que importa —dijo Sam—. Los demás problemas se pueden vencer.

—¿Por qué os preocupáis tú y esas otras personas?

—He estado engañado durante mucho tiempo —dijo Sam secamente—. Puede que Sam y Bobo sientan cierto afecto por ella. Pero aparte de eso, ocurre que todos nosotros nos sentimos responsables en el sentido profesional por mantener en acción un gran talento, y darle al público lo que merecen tener.

—¡Pero, Sam, es demasiado tarde!

—Si aún puede cantar, no lo es.

—Si estuviera en una agonía a causa del dolor que produce un cáncer, ¿le negarías la morfina?

—Si eso la convertía en drogadicta, sí. Si está bebiendo para mitigar el sufrimiento que le produce algún tipo de problema emocional, eso puede solucionarse, detenerlo. El hecho de volver a trabajar podría acabar con ese sufrimiento.

—Tienes razón —dijo ella, golpeando la mesa con su pequeño puño—. El trabajo acabaría con todo.

—Entonces llévame hasta ella y deja que hablemos —dije.

Suspiró profundamente, y se sentó muy rígida...

—No lo entiendes, Sam. No puede trabajar. No le permitirán trabajar.

—¿Permitir? ¿Tiene algún problema con algún sindicato de actores?

—No.

—¿Entonces?...

—Hay personas que no quieren que trabaje nunca más. No la dejarían y ella lo sabe. Así que se está matando poco a poco, Sam, y no hay nada que puedas hacer en ese sentido o que pueda hacer yo.

—Mira —dijo Sam—, Keefe tiene contratos para ella para cuando esté en condiciones de actuar. He conseguido al mejor agente de relaciones públicas del país, que está dispuesto a trabajar para ella cuando esté de nuevo en activo. Nadie puede detenerla.

Ella se echó a reír débilmente.

—Pueden detenerla, y lo harán.

—¿Maclyn Archer? —preguntó Sam—. El no es Dios, Christine.

Las gafas oscuras se volvieron bruscamente hacia Sam. Luego volvió a hundirse en la silla.

—Eres un tipo agradable, Sam. Es una pena que tú y Molly no tuvierais una oportunidad. Pero ahora estás jugando con una sierra mecánica y no te das cuenta.

Si Bobo no le hubiera dicho exactamente lo mismo, Sam se hubiera echado reír. La mayoría de nosotros no creemos en la corrupción del poder hasta que no lo tenemos delante. No puede ser así, a mí no me puede ocurrir. Son otros los que se matan en los accidentes, yo no.

—¿Cómo podría Archer detenerla? —preguntó Sam.

Nunca obtuvo respuesta para esa pregunta. Una especie de murmullo colectivo brotó en el salón. Sam miró por encima de Christine hacia la puerta. Su gruesa doble estaba allí: con el abrigo, el sombrero de ala estrecha, las gafas negras. El murmullo se originó cuando ella tropezó con un camarero y mandó una bandeja llena de bebidas a estrellarse contra el suelo. Se acercó dando tumbos a través del local hacia Sam y Christine, como un barco sin timón en alta mar irrumpiendo entre las mesas y los clientes. El encargado fue corriendo hacia ella.

—Déjeme que la ayude, señorita Malone.

Ella se desembarazó de la mano que trataba de ayudarla, y todo el mundo pudo oír su voz, alta y clara.

—¡Quítame las manos de encima, hijo de perra!

Y entonces llegó a la mesa donde estaba Sam, tambaleándose ligeramente. Aquellas gafas oscuras le dirigieron una mirada vacía y rápida, como si no le hubieran visto nunca antes en su vida.

—¿Así que te has escapado para encontrarte con un tipo asqueroso? —le dijo a Christine—. Precisamente cuando te necesitaba.

—Lo siento, Molly —dijo Christine—. Cuando bajé estabas dormida.

—He dormido muy poco y tú no hacía ni cinco minutos que te habías ido cuando te necesité.

—Lo siento, Molly.

—¡Lo sientes! —se volvió y gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Camarero!, quiero un whisky doble.

—Por favor, Molly.

—De por favor, nada. ¡Camarero!

Sam, con voz incierta, dijo:

—¿Es que no vas a saludarme, Molly? —se le había caído el alma a los pies, con una especie de sobresalto. Molly estaba mucho peor de lo que había imaginado. Tenía la cara hinchada, con manchas roja en las mejillas. Aquella voz pura y clara que él recordaba, era ahora una voz ronca, con un sonido áspero. Sintió vergüenza por ella.

Ella volvió sus gafas negras hacia él.

—No me había imaginado que un tío como tú pudiera ser el tipo de Christine, amigo. ¿Ya te ha contado que soy como un ogro? ¿Y

que probablemente nunca tendrás ocasión de poner ni un pie en la cocina?

—¡Molly! —dijo Christine—. Es Sam, Sam Kenyon.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Molly—. El novio que perdí hace mucho tiempo. Bueno, no tomarme en cuenta, chavales. Id a algún sitio a revolcar un poco vuestros cuerpos vulgares. Sam siempre podrá imaginar que está conmigo, Christine. Sé mi doble, querida.

Se volvió y fue tambaleándose hacia la salida, dando tumbos una vez más entre las mesas y los camareros.

—Tengo que ir con ella —dijo Christine, apresuradamente—. Cuando se pone así es una suicida.

Sam observó cómo salían, sintiéndose débil y enfermo en su interior. Bobo Cass tenía razón. Estaba viviendo un sueño. No es necesario morir para estar muerto.

6

Sam, terriblemente deprimido tras las experiencias del día, se fue al teatro aquella noche a desempeñar su papel como actor. Cuando salió del escenario, después de terminada la función, encontró a su agente Pat Keefe, esperándole en su camerino. Pat era diez años más joven que Sam, y para el gusto de éste tenía demasiado acentuado el estilo formalista de los Brooks Brothers de la Avenida Madison, pero era un tipo agradable cuando se avenía a tratar temas de verdadera importancia. Como agente de Sam siempre había actuado bien y Sam tenía en él una fe absoluta.

—Te invito a un trago —le sugirió Pat—. Ha ocurrido algo.

—Está bien —dijo Sam.

Aquel día necesitaba que le mimaran un poco y tratándose de Pat lo único que podía «ocurrir» era algo bueno. Tal vez alguna oferta para hacer una película.

Salieron del teatro y caminaron hacia el este y se sentaron en un rincón del salón Algonquin, donde pidieron unos tragos. Sam, que no había cenado, le pidió al camarero que le trajera un sandwich de carne del buffet.

Sam y Pat no habían hablado nada durante el trayecto por la ciudad, excepto la charla habitual sobre el tiempo y algún cotilleo de poca importancia sobre alguno de los muchachos que trabajaban en la obra y que Pat había sacado de algún sitio. Pat parecía estar algo distraído pensando, pero después de que el camarero trajera las bebidas y el sandwich de Sam, respiró profundamente y entró de lleno en materia.

—Acabas de hacer tu última representación en el espectáculo —dijo.

Sam que tenía un contrato irrescindible para todo el tiempo que

durara la obra, no se dio por aludido. Supuso que Pat había encontrado algo mejor y había llegado a un acuerdo con el productor para que le dejara en libertad.

—Debe tratarse de algo bueno —dijo.

—No es nada bueno, es todo malo —replicó Pat—. Te han dejado una nota en el tablón de anuncios. La tengo aquí en mi bolsillo. Tu sustituto empezará a actuar mañana. Tienen que seguir pagándote, pero tu no volverás a aparecer en el espectáculo. Ya sabes que pueden hacerlo.

—Pero, ¿qué pasa? —dijo Sam, mientras la angustia se iba apoderando de él lentamente.

—Se trata de la promesa que te hice —dijo Pat mirando fijamente al otro lado de local—. Tengo que romperla.

—¿Qué promesa?

—No puedo hacer nada por Molly Malone —dijo Pat—. No puedo conseguirle los locales que creía poder encontrar, y aunque pudiera hacerlo, tendría que dejarlo de todos modos —su voz había adquirido un tono seco y amargo—. En una palabra, Sam, creo que lo mejor que puedes hacer es buscarte otro agente.

Aquello era algo impresionante. Sam se quedó mirando a su amigo, enfadado y dolido.

—¿Te importaría dejar de jugar a las adivinanzas conmigo y decirme de una vez de qué se trata? —dijo.

—Soy un bueno para nada —dijo Pat casi con orgullo—. Eso es todo —tomó un largo trago de su botella y dejó enérgicamente el vaso sobre la mesita de café, que tenían frente a ellos—. No creí que llegaría nunca el día, Sam, en que alguien pudiera presionarme para que tuviera que dejar colgado a un amigo por salvar mi propio pellejo.

—¿Quién te está presionando para hacer eso? —preguntó Sam.

—¿Sabes quién puso tres cuartas partes del dinero para montar el espectáculo que estás representando? —le preguntó Pat.

—No.

—Maclyn Archer —dijo Pat.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Sam.

—¿El ha presionado para hacerme salir del espectáculo?

—Sí —la boca de Pat, se había convertido en una raya fina y amarga—. Tengo tal vez unos setenta y cinco clientes buenos, Sam,

y casi otros tantos a la vista. Ninguno de ellos se podría permitir seguir conmigo ni cinco minutos, si Archer me pusiera en la lista negra. Podría cerrarles las puertas del cine, la televisión y el teatro. Y me ha hecho saber, Sam, que eso es exactamente lo que hará, si no hago dos cosas por él. Le he dado mi palabra de no promocionar el futuro artístico de Molly Malone y de dejar de ser tu representante.

—¡No puede hacer eso! —dijo Sam chillando con amargura.

—Ya lo ha hecho. He estado toda la tarde torturándome con esto, Sam. Un tipo que tuviera agallas y un poco de vergüenza le hubiera mandado al infierno y hubiera dado la cara por ti. ¿Pero a dónde conduciría eso? Tu seguirías sin trabajar y a mí me echarían del negocio. Me he dicho a mí mismo que no conseguiríamos nada si hubiera luchado por ti. Tal vez si sigo repitiéndomelo a mí mismo el tiempo suficiente llegaré a creérmelo y podré dormir por la noche. Pero eso es un problema particular mío. El hecho concreto es, Sam, que no tengo poder, ni valor ni la influencia para luchar contra Archer. Estaríamos los dos acabados, no sólo tú. O sea, que soy un cerdo. Cada uno tiene que luchar por sí mismo. Lo siento, Sam. Lo siento infinito. Me gustaría ser un amigo mejor.

—¿Crees que todo esto ha sido solamente por mi interés en la reaparición de Molly? —preguntó Sam con voz apagada.

—¿Por qué si no?

—Es una ironía —dijo Sam—. Porque esta tarde he llegado a la conclusión de que no se puede hacer nada por ella.

—Tal vez si le dices eso a Archer se dé por vencido —dijo Pat.

—¡No! —gritó Sam, de forma que la gente que había en el local se volvió para mirarle—. Ese hijo de perra no puede permitirse hacerle eso a la gente. No sólo a mí. Debe estar haciéndoselo a otras personas todo el tiempo. Tengo que encontrar la forma de cortarle el cuello si sigue así.

—¡Buena suerte! —dijo Pat, sin convicción.

Sam no pudo dormir. Estuvo dando vueltas por su apartamento casi hasta el amanecer, bebiendo demasiado y fumando en cadena. A medida que avanzaba la noche, su terrible rabia, su decisión de devolverle el golpe a Archer se fue convirtiendo lentamente en una

espesa cortina de miedo. Años atrás había conocido gente en la Costa, que estaba en la lista negra de un productor, pues se sospechaba que tuvieran relación con organizaciones del frente comunista. En la época de Mac Carthy se acusaba libremente y sin tener una evidencia real. Un montón de gente inocente resultó perjudicada. Y no había ninguna forma de rebelarse y luchar en contra. Archer era una especie de pulpo en el negocio del espectáculo. Pat le había dicho la verdad, pero nadie más lo haría. Simplemente él no podría conseguir ningún trabajo. Nadie le iba a contratar. Incluso era probable que Pat negara públicamente lo que aquella noche le había dicho en privado.

Había una cuestión que le daba vueltas y más vueltas en la cabeza. ¿Cómo se había enterado Archer de los planes que él tenía para Molly? ¿Se le habría escapado a Pat? ¿Y qué pasaba con Bobo Cass, el relaciones públicas? Bobo, no, pensó. Bobo le había advertido. Bobo no había demostrado que Archer le preocupara demasiado. Finalmente llegó a una conclusión, a una persona. ¡Christine Lewis! Le había disuadido para que no creyera la loca historia que Molly le contó el día de la boda. Entonces le había hecho una descripción de la conspiración de Christine y Archer contra Molly. Christine debía haber echado a rodar la bola. Era el conducto que Archer tenía para conocer todo lo referente a la vida de Molly. Esa era la única explicación, Christine fingiendo que se preocupaba de Molly, era su enemiga. Era Christine, aliada con Archer, quien había destruido a Molly y pensaba mantener aquella destrucción.

Finalmente, Sam se tumbó en la cama y cayó en un sueño inquieto.

A una hora apropiada de la mañana llamó a Bobo Cass por teléfono.

—¡No me lo digas! Déjame que piense —dijo Bobo—. Archer te ha quitado el suelo de debajo de tus pies.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sam.

—Porque vino a mí.

—Entonces a ti también te ha hundido —dijo Sam amargamente.

Bobo se echó a reír.

—En seguida sacas conclusiones, Sam. Tu explicación sentimental me conmovió, pero no me convenció. Eso le dije a

Archer. También le dije que, al haberse metido en el asunto, ha conseguido lo que tú no pudiste. Le dije que tomaría a Molly como cliente si ella quería, y que si buscaba pelea estaba dispuesto a dársela. Creo que aceptó el reto.

Sam le contó a Bobo lo que le había pasado a él.

Bobo lanzó un juramento.

—Debí haberme dado cuenta de que su ataque sería siniestro. ¿Qué tal si nos encontramos en Sardi's?

Sam le contó a Bobo toda la historia, incluyendo el encuentro con Molly y Christine.

—No pareces estar tan esperanzado como ayer —dijo Bobo, jugando con su Bloody Mary.

—La breve visión que tuve de ella fue bastante impresionante —dijo Sam—. ¿Crees que él puede hacerme esto? ¿Puede seguir adelante?

Bobo se pasó el dorso de la mano por su huesuda mejilla.

—A menos que le hagamos salir a la luz, siento decirte que puede hacerlo, Sam —le dirigió una mirada para infundirle confianza—. Hoy por hoy eres el único cliente de mi lista que no paga. Podemos establecer un precedente contigo, Sam, pero sólo un pequeño precedente. Mi consejero de relaciones públicas es como un abogado, pero que practica en el tribunal de la oponión pública en lugar del tribunal de justicia. Puedo hacer que mucha gente se compadezca de ti. Algunos tipos de mente independiente incluso pueden darte algún trabajo. Archer puede hacerlo callar sigilosamente y el número será cada vez menor. Pero el público en conjunto no hará nada por ti, Sam. No eres un héroe público, no eres un «personaje querido».

—¿A dónde quieres llegar?

—Molly Malone era querida por millones de personas —dijo Bobo—. Si está intentando reaparecer y Archer se cruza en su camino, creo que tal vez podamos hacerle salir con el rabo entre las piernas. Por eso se ha movido tan de prisa. ¿Puedes hacer que Molly vuelva a ser adorable, Sam? ¿Hay alguna posibilidad de que ella pueda volver a intentarlo?

—Una posibilidad desgraciadamente muy pequeña —dijo Sam —. ¿Cómo puedo llegar a ella si no es a través de Christine? Y si Christine es el conducto de Archer, él siempre estará un paso por

delante de mí.

Dudó un momento y entonces le contó a Bobo lo sucedido en el pasado, sobre la historia que Molly le había contado de que era objeto de chantaje con la amenaza de enviarle a la cámara de gas.

—¿Creíste eso cuando te lo dijo? —preguntó Bobo.

—Primero lo creí, luego no, ahora estoy de nuevo en la duda.

—Ella es nuestra mejor baza —dijo Bobo—, y tú eres el único medio que tenemos de llegar a ella. Tienes que hablar con ella y tratar de convencerla, con Christine o sin ella. Ese es el primer paso. Y necesitamos algún tipo de estrategia para emplearla con Christine. Esa mujercita necesita que la presionen un poco para variar. Primero tenemos que encontrar la estrategia y después decidir cómo y cuándo vamos a emplearla. Tengo medios y formas para descubrir cosas sobre la gente, Sam. Déjame esa parte a mi. Tu probablemente tendrás que enfrentarte a Christine al tratar de ver a Molly. Hazlo inocentemente pero sin vacilar, hasta que encontremos algo que podamos usar en contra suya, pero ten siempre presente que cualquier cosa que le digas a ella, llegará a oídos de Archer. Dile que a pesar de lo que te ha pasado a ti, aún estás decidido a ayudar a Molly. Esto nos será útil cuando hayamos estudiado esto un poco. Podremos tenderle unas cuantas trampas a través de ella.

Bobo se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con un paño que llevaba en el estuche que tenía en el bolsillo. Su rostro angular mostraba una expresión dura mientras lo hacía.

—Mientras, sigue intentando encontrar un trabajo, Sam. Cada vez que te digan que no aprenderemos algo nuevo sobre la forma de actuar de Archer.

—Tal vez yo pueda ayudarles a resolver su problema —dijo una voz fría por detrás de Sam.

Bobo debió sobresaltarse tanto como Sam, pero se puso las gafas tranquilamente y miró al hombre que estaba de pie junto a la mesa. Era bajo, aseado, estaba perfectamente afeitado y vestía elegantemente. Su rostro era redondo y suave, y tenía los ojos azules más fríos que Sam había visto en su vida. Su boca de labios finos sonreía, no así sus ojos.

—Veo que entre sus muchos talentos incluye el espionaje —dijo

Bobo secamente—. ¿Conoce a Sam Kenyon?

—Claro que le conozco, naturalmente. —dijo el hombre bajito —. Me temo que no gozo de su favor por el momento —extendió su mano hacia Sam con frialdad—. Soy Maclyn Archer. Les he visto desde el otro lado del local y me he imaginado que debía ser yo el objeto de su conversación. ¿Por qué no dejamos de jugar y hablamos de las cosas francamente?

—Estoy dispuesto a probar su franqueza —dijo Bobo—. Siéntese si quiere.

A Sam le costaba trabajo analizar el efecto que Archer le había producido. Era tan duro como una piedra pulida. Físicamente para algunas personas podía ser atractivo; debía hacerse la manicura e ir a la peluquería una vez por semana, obviamente asistía a un gimnasio para hacer ejercicio y se sometía a la lámpara de infrarrojos, cuatro o cinco veces a la semana. No tenía una sola arruga y seguramente rondaba los cincuenta. Había una especie de brillo sádico en él, pensó Sam. Era un hombre que debía conseguir cualquier cosa que emprendiera, ya fuera ético o no. Nunca perdonaría a nadie que le venciera empleando una estratagema mejor que la suya. Molly y su ex agente Johnny Seuss eran testigos vivientes de ese hecho.

—¿Puedo invitarles a un trago? —preguntó Archer, mientras cogía la silla vacía que había junto a la mesa.

Tanto Sam como Bobo rehusaron. Sam miró a Bobo. El también era un tipo duro a su modo. Miró a Archer con una media sonrisa burlona en los labios, como si supiera exactamente lo que iba a pasar y supiera exactamente cómo tendría que manejarlo. Sam estaba contento de que estuviera allí, porque su propio impulso hubiera sido enfrentarse al acercamiento lisonjero de Archer con la cólera que hervía en su interior. Archer y Bobo, pensó, hubieran sido excelentes jugadores de póquer.

—La mayoría de los errores que cometemos en este mundo —dijo Archer lentamente— son el resultado de nuestros impulsos bondadosos y sentimentales. Usted, por ejemplo, Kenyon —sus fríos ojos giraron hacia Sam. Estaban llenos de desprecio. Querían decir que Sam no era un oponente que valiera la pena para tanto lío. El combate en las cuerdas sería contra Bobo—. Aplaudo su interés en Molly Malone, Kenyon. A pesar de cómo le trató en el pasado,

algunas personas incluso lo calificarían de «noble». Era una gran artista. Si pudiera volver a ponerse en forma, ayudarla en su camino sería un gesto bondadoso. Su interés demuestra que es usted un buen tipo.

—Pero, parafraseando al gran filósofo del baloncesto, Leo Durocher, los tipos buenos nunca ganan —dijo Bobo.

Archer le dirigió una mirada cortante.

—Raramente, raramente gana —dijo—. Molly tenía un contrato conmigo cuando dejó de ser una propiedad valiosa. Durante cuatro años después de que dejara de trabajar, ha estado cobrando de mi dinero. En números redondos la suma ha sido de un millón de dólares, aproximadamente. Todo el mundo del negocio del espectáculo sabe que en el contrato no había ninguna cláusula liberatoria. Ese contrato fue extendido sagazmente por Johnny Seuss. Fue una sangría pública para mí.

—Así que tuvo que sonreír y cumplirlo —dijo Bobo—. ¿Qué le pasó a Johnny Seuss?

Los ojos de Archer parecieron bajar uno o dos grados de temperatura.

—Se retiró hace un par de años —dijo—. He perdido el contacto con él. Creo que trabajaba como encargado en un puesto de hamburguesas de un cruce de carreteras por algún sitio de la Costa.

—La comisión que sacó del millón de dólares le habrán asegurado la elaboración de unas hamburguesas de primera calidad.

—Johnny Seuss ya no me interesa en absoluto —dijo Archer.

Quería decir que había acabado con Johnny Seuss. Este había pagado con su carrera profesional por haber vencido con su estrategia a Archer. Johnny Seuss, Sam lo sabía, había sido una rueda más importante en el mundo del espectáculo que Sam Kenyon. En la rápida mirada que Archer le lanzó se veía que dudaba si Sam se daba cuenta de ello. La mirada implicaba el hecho de que Sam sería un objetivo muy fácil en su galería de tiro. Ya lo había demostrado. Sam no tenía ni agente ni trabajo.

—Hablemos de problemas normales —continuó Archer impacientemente—. Por un lado estoy a cubierto, señores. Si Molly vuelve a trabajar, puedo sacarle el dinero legalmente: cada penique que obtenga hasta que me devuelva ese millón de dólares que me pertenece.

—Entonces debería estar deseando su reaparición —dijo Bobo.

Archer hizo un gesto irritado con sus manos sonrosadas y perfectas debido a la manicura.

—Controlaré cualquier reaparición que intente —dijo—. Seguramente ninguno de ustedes está tan rebosante de amor como para trabajar para Molly por nada. Las ganancias en potencia le habrán parecido buenas, Kenyon. Quiere un buen trozo del pastel, ¿verdad? Bueno, pues todo el pastel es mío. Creo que su reaparición es imposible, pero si por una casualidad me equivoco, entonces la reaparición tendrá que ser a través mío.

—Puede acaparar sus ganancias —dijo Bobo—, ¿qué más?

—Puedo tenerla sin trabajar a menos que trabaje a través mío —dijo Archer, dirigiéndole a Sam una sonrisa sombría—. Creo que Kenyon ya lo sabe. ¿Por qué no abandonan toda esta idea aquí y ahora, caballeros? No tengo nada en contra de ustedes dos, pero no pueden ganar.

—¿Tanto la odia? —preguntó Bobo tranquilamente—. ¿Qué pasó? ¿No quiso tumbarse sobre el heno con usted, Archer?

El rostro de Archer se convirtió repentinamente en una máscara de mármol blanco.

—Eso es un golpe muy bajo —dijo.

La sonrisa de Bobo se ensanchó levemente.

—No había pensado en usted como un ser tan vulnerable en la zona de los golpes bajos —dijo—. Pero puesto que estamos jugando con las cartas boca arriba, ¿me toca a mí ahora?

—No tiene cartas que jugar —dijo Archer—. De hecho, toda esta conversación es una hipótesis. Molly no está en forma para reaparecer y nunca lo estará.

—¿Entonces por qué se ha apresurado tanto en cerrarle las puertas? ¿Por qué le ha puesto el pie en la garganta a Sam? —preguntó Bobo, su voz se había vuelto repentinamente tan fría como la de Archer.

—Quería dejar bien claro ante Kenyon y usted que están perdiendo el tiempo —dijo Archer.

—No ha sido una jugada astuta —intervino Bobo—, porque hasta que usted ha aparecido aquí, Sam lo estaba haciendo todo por sí mismo. Ahora estoy decididamente de su lado. Creo que permitirá disculparse y volver a poner a Sam en su puesto —sacó un cigarrillo

de su bolsillo y lo encendió—. Entre las muchas cosas que hizo Abraham Lincoln por este país, Archer, una de ellas fue proporcionarnos una frase adecuada para cada situación. Repito una de ellas: «Lo que mata a un granuja es la publicidad que se da a sí mismo.» Todo este asunto huele demasiado mal, y si insiste en ello, conseguiré que toda la ciudad reciba una buena ráfaga del mismo. Esa es mi carta, Archer, y soy un experto jugándola.

Archer retiró su silla y se levantó. Sam vio cómo una vena le latía en la mejilla.

—Creo que no se da cuenta a lo que se enfrenta, Cass. Y debo recordarle, que hay leyes que se ocupan de la difamación y la calumnia.

—Puede proceder contra mí cuando yo tropiece —dijo Bobo amablemente.

Archer se dio media vuelta y se alejó a través de la mal iluminada estancia. Bobo buscó en su bolsillo un cigarro.

—Y esto no nos lleva exactamente a ningún sitio —dijo—, excepto al placer de verle rabiar un rato. La guerra ha empezado, Sam, y tú eres el primer objetivo. La forma más rápida de quitarle de encima es hacer que Molly empiece a moverse. Eso es lo único que verdaderamente le importa.

Un gesto de preocupación arrugó la frente de Bobo.

—Le preocupa, y por alguna razón tiene la posibilidad de que se produzca. ¿Por qué otra cosa si no actuaría tan rápidamente, cuando sabe que las posibilidades de su reaparición son aproximadamente de un uno por mil?

7

Sam se sentía torturado por una lucha interna entre el miedo y la cólera: miedo a que su carrera como actor hubiera tocado fondo, si se mantenía firme en su postura, y cólera al pensar que Archer podía utilizar su poder de aquella manera. De no haber sido por el apoyo de Bobo, probablemente se hubiera arrastrado delante de Archer y le habría prometido olvidarse de todo lo referente a Molly y a su reaparición. Pero teniendo a Bobo de su parte tenía una posibilidad, se dijo a sí mismo. Bobo se había puesto bajo el fuego de Archer, pero tenía sus propias armas para contraatacar.

Lo que Sam tenía que hacer era llegar hasta Molly e intentar conseguir un trato directo con ella. Le parecía que el mejor momento para sorprenderla sería a primera hora del día, antes de que llegara demasiado lejos con su primera botella de alcohol. Pero, ¿cómo podría llegar hasta ella sin encontrarse a Christine dispuesta a atrancar la puerta?

Durante el resto de la tarde y la noche estuvo luchando con aquel problema, y finalmente se decidió por lo que parecía una trampa sencilla. A la mañana siguiente, a primera hora, llamó al Worth y pidió que le pusieran con la suite de Molly. Obtuvo la misma respuesta evasiva de que no se recibían llamadas exteriores para la 6 A, pero que podía dejar un mensaje.

Dejó un mensaje para Christine, rogándole que le llamara.

Aproximadamente una hora después, ella respondió. Su voz sonaba lejana y vacía.

—No sé por qué te llamo, Sam —dijo—. Seguramente después de lo que ocurrió el otro día debe haberte quedado claro que tu proposición es inútil.

—Nada es inútil —dijo Sam.

—¿Qué hay que hacer para convencerte, Sam? Creo que Maclyn Archer te ha lanzado un tiro a bocajarro.

—¿Cómo lo sabes?

Su voz vaciló.

—Por un amigo de Molly que también es amigo de Archer.

A Sam le costaba trabajo contener su ira. ¡Un amigo de Archer! La misma Christine era ese amigo.

—Bueno, ¿y qué pasa con eso? —dijo.

—No puedes luchar contra Archer, Sam.

Sam se echó a reír e intentó que su voz adquiriera un tono lo más conspirador posible.

—Archer no tiene todas las cartas que cree tener —dijo. Si ella estaba en la nómina de Archer eso la impresionaría—. Tengo una o dos sorpresas para él. ¿Quieres saber cuáles son?

—Sí —dijo al cabo de un momento—.

Sí, me gustaría.

Maldición, claro que le gustaría, pensó Sam. Sólo que ojalá que aquellas sorpresas existieran.

—¿Puedes escaparte durante una hora o dos esta mañana?

—Yo... sí podría.

—Hace un día estupendo. Te esperaré en el parque, justo al lado de la entrada de la Quinta Avenida, en la calle Sesenta y Seis. Podemos dar de comer a las palomas y te contaré por qué Archer no puede hacerme desistir.

—Yo... Podría estar allí dentro de media hora —dijo.

—Está bien, allí te espero.

Zorra, pensó Sam, cuando colgó el teléfono. No podía esperar para enterarse de cuáles eran sus «sorpresas» y salir corriendo a contárselas a Archer. Bueno, por lo menos esperaba que así ella pudiera tomar el sol, porque no tenía ninguna intención de encontrarse con ella en el parque.

Su apartamento estaba a sólo seis manzanas del hotel Worth. Se encontraba a medio bloque del hotel cuando vio a Christine salir por la puerta principal y dirigirse, en dirección a la ciudad, hacia la calle Sesenta y Seis. Se metió en la entrada de una tienda y permaneció de espaldas a ella mientras pasaba. Cuando se perdió de vista, entró en el hotel.

Subió a la 6ª y llamó a la puerta. La puerta se abrió y allí estaba Molly de pie, frente a él con sus gafas negras ocultándole los ojos, un tipo que una vez había sido hermoso, sobresaliendo de un vestido de lana verde. Allí, en la entrada, había más luz que en el bar del hotel. La destrucción completa de lo que una vez fuera una mujer hermosa era aún más trágicamente aparente.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le preguntó ella—. Creía que eras el botones con la bebida.

—He visto a Christine salir, y he aprovechado la ocasión para hablar contigo a solas, Molly.

—No te das por vencido fácilmente, ¿verdad, Sam?

—Sólo quiero que me concedas media hora de tu tiempo. Deseo decirte que hay gente que te quiere y que haría lo que fuera para ayudarte.

La sombra de una sonrisa pasó por su boca fuertemente pintada.

—¿Eres tú una de esas personas que todavía me quieren, Sam?

—Quiero loˆque una vez fuiste y lo que puedes ser —dijo Sam. Era difícil seguir mirándola directamente sin mostrar compasión y una cierta repulsión.

—El pasado ha muerto, Sam, y no hay futuro. ¿Por qué no dejas las cosas tal como están?

—¿Por qué no me dejas hablar contigo?

—Está bien, está bien, pasa.

Mientras ella retrocedía tambaleándose en la suite, el último vestigio de esperanza se desvaneció en Sam. El encanto casi mágico de días pasados se había convertido en grosera tosquedad.

—¿Has estado acostándote con Christine para convencerla de que te dejara verme? —le preguntó mientras le acompañaba al salón.

—He hablado con ella sólo una vez, el otro día en el bar.

Ella se echó a reír cruelmente.

—Bueno, Sam, ¡ánimo! Seguramente en la cama debe ser asquerosa —señaló un sillón supermullido y ella se sentó en el brazo de un sofá. Gran parte de una pierna le quedaba al descubierto y ésta, al menos, aún tenía buena apariencia—. Lárgame tu discurso, Sam.

—¿Te ha contado Christine lo que he pensado?

—Sí, me lo ha dicho.

—El pasado no ha muerto, Molly. Está vivo en miles de corazones. Está vivo en los discos, que aún se siguen vendiendo. Está muy lejos de estar muerto. Por eso es por lo que aún puede haber un futuro.

—No —dijo ella secamente.

Sam se inclinó hacia adelante.

—Molly, cuando hablo de ello normalmente lo llamo «eZ día», nuestro día. Entonces me dijiste que estabas en peligro. Me contaste que Christine te tenía amenazada con descubrirte ante el fiscal del distrito. ¿Sigue siendo cierto? ¿Es por eso por lo que dices que no hay futuro?

Ella se echó a reír y aquello le atacó los nervios.

—Tuve que inventarme algo para conseguir que te acostaras conmigo, Sam. Tú y tu estúpido romance. La única forma que conseguí encontrar fue casándome contigo, así que me inventé un pequeño melodrama. Después tuve que irme y desaparecí.

Aquello era simplemente increíble. No podía haber estado fingiendo.

Su remordimiento del día siguiente no podía ser fingido. Suspiró hondamente. Verla y escucharla le hacía sentirse aturdido. Todos los demás tenían razón. Era inútil. Como él no tenía nada que perder actuó severamente.

—¿Qué piensas ahora cuando te miras al espejo? —le preguntó brutalmente.

Ella apretó la boca, pero las gafas negras le impidieron ver lo que sentía realmente.

—Si has venido a decirme que soy una gorda asquerosa, Sam...

—He venido a decirte que si tú quieres el mundo es tuyo. He venido aquí para decirte que, si tú aún lo deseas, millones de personas pueden volver a quererte. He venido a decirte que no tienes por qué ser una gorda asquerosa y una viciosa. He venido a decirte, Margaret Johnson, que puedes volver a ser Molly Malone. Y he venido aquí para decirte que si lo deseas hay gente dispuesta a ayudarte.

—Si sigues así, Sam, conseguirás un puesto en el Congreso. Cuando Archer acabe contigo, tal vez tendrás que hacerlo.

El hizo como si no hubiera oído lo que le había dicho.

—Mira, parece una tontería, pero una vez estuve enamorado de

ti, Molly. Me conmoviste de una forma como nunca me había ocurrido, y lo hiciste también con otras personas. Podrías volver a hacerlo otra vez. ¡Oh, claro!, pero hay que tener agallas. Hay que tener fuerza para dejar de comer y de beber hasta la muerte. Hay que tener agallas para trabajar y conseguir volver a tener la voz a punto para volver a trabajar. Tú tuviste una vez ese tipo de agallas; en otros tiempos, cuando cantabas en Gino's en el Village, cuando estabas luchando por llegar a la cumbre. Sé que has tenido problemas muy gordos. Cal y su muerte. Estaba yo: un don nadie. Sé que en Archer tienes un poderoso enemigo. Sé que Christine no es una verdadera amiga. Has tenido razones para abandonarte, pero puedes salir de esto si quieres. Te ofrezco ayuda y amigos. Tú pon agallas y nosotros haremos el resto.

Era como hablar en una habitación vacía, pensó Sam. Ella no le escuchaba. No estaba allí. Tal vez no pareciera muy convincente porque el mismo Sam ya tampoco se lo creía.

—Todo eso es una fantasía romántica —dijo ella de repente—. En el momento que viniste aquí sabías que no había ninguna posibilidad. Pude verlo en esa hermosa cara tuya. Entonces, ¿por qué no nos dejamos de bromas?

Cada palabra que decía tocaba un nervio sensible de Sam. Era algo completamente opuesto a todo lo que siempre había conocido o visto en ella. ¿Cómo podía una mujer así haber proyectado nunca una delicadeza tan angélica como para conquistar los escenarios y la pantalla? ¿Cómo podía haberle vendido al público la verdadera antítesis de sí misma? ¿Cómo un día podía haberle engañado de una forma tan completa? Había sido una especie de genio de la interpretación. Las dos caras de Molly Malone, pensó: la dulce cantante, la gentil, indefensa, sedienta de amor Molly Malone; y aquel desastre malvado, sibarita y empapado en licor Sonreía a Sam con una sonrisa lasciva.

—Estabas enamorado de mí, y te decepcioné, ¿verdad? Bueno, si quieres tener algo para escribir en tus memorias podemos pasar a la habitación de al lado y tendrás a Molly Malone. ¿Pagaría con eso todas tus molestias, Sam?

Sam se levantó y se marchó. Después ni se acordaba de cómo se había despedido. Lo único que podía recordar era el penetrante sonido de su risa cuando cerraba la puerta mientras salía hacia el

ascensor. Llevaba la camisa y la camiseta empapadas de sudor. Se encontró a sí mismo pensando por qué Archer y Christine se habían esforzado tanto para disuadirle. Todo lo que hacía falta era estar cinco minutos con Molly Malone para abandonar todos los planes antes de ponerlos en marcha. Hubiera bastado con sentarse y reírse de él, mientras descubría lo que había descubierto. En lugar de eso, Archer se había tomado la molestia de arruinarle tranquilamente.

Cuando llegó a la calle, Sam no podía recordar que hubiera estado nunca tan enfadado. Habían permitido que Molly se destruyera a sí misma y se habían dedicado a destruirle suavemente sin necesidad. Quería llegar hasta ellos dos. Quería herirlos. Quería aplastar de un puñetazo la preciosa y afeitada cara a Archer. Quería ver el modo de retorcerle el brazo a Christine hasta que gritara pidiéndole clemencia. Aquel deseo no era razonable pero era superpoderoso.

Se le ocurrió que Christine podía estar todavía en el parque, esperándole para enterarse de cuál era su arma secreta contra Archer. Sin darse cuenta realmente de lo que iba a hacer, se dirigió hacia el centro, hacia la calle Sesenta y Seis, casi corriendo.

Cuando llegó al parque no vio a Christine por ningún sitio. Probablemente había desistido de esperarle. Pero siguió caminando un corto trecho por el camino flanqueado de arbustos. No quería que le defraudaran en ese momento. Quería llegar a ella ahora, mientras aún estaba en tensión.

De repente se paró en seco. Justamente delante de él, en el camino, había un gran macizo de lilas. Desde el otro lado del mismo llegaba un sonido que hizo que se le helara la sangre en las venas.

Una mujer cantaba dulcemente, como para sí misma:

Ahora su fantasma lleva un cesto
por las calles anchas y estrechas
ofreciendo almejas y mejillones
vivos —¡oh!—, vivos.

¡Era un fantasma! Era el fantasma de aquella voz dulce y suave como una campana, que él había oído años atrás en Gino’s. Cada matiz, cada tono. Le desgarró el alma, como lo hizo antaño.

Se metió por el césped caminando en silencio, casi a hurtadillas,

rodeando el macizo de arbustos. Christine Lewis estaba allí sentada, en un banco del parque, con la cabeza echada hacia atrás, y con las gafas negras mirando hacia un cielo despejado, cantando suavemente.

—¡Molly! —dijo Sam, bruscamente.

Giró la cabeza y lanzó un grito de desesperación:

—¡Oh, no!

Estaba en el banco a su lado, cubriéndole las manos con las suyas. Estaban frígidas.

—¡En el nombre de Dios! —gritó Sam—. ¿Qué significa este juego, Molly? ¿Qué han hecho contigo?

Aquella era Molly Malone, sin ningún lugar a dudas.

Ella volvió la cara para mirar a otro lado, más allá de él, pero sus manos aún permanecían en las suyas. Empezó a llorar, con grandes sollozos que hacían estremecerse todo su cuerpo.

Sam permaneció allí sentado, sosteniendo sus manos, completamente incapaz de comprenderlo. Por alguna razón indecible, Molly Malone, la verdadera Molly Malone, había cambiado deliberadamente su identidad con aquella gruesa monstruosidad que acababa de dejar en el Worth. No era simplemente una cuestión, por su parte, de confusión de identidad. Esta muchacha que estaba en el banco del parque era la que se había presentado ante él dos días antes como Christine Lewis, no quince minutos antes; no hacía siquiera un cuarto de hora, la que estaba en el hotel había dejado bien claro que era Molly, la que se había casado con él. El lo había aceptado porque durante más de dos años el mundo del espectáculo había descrito a «Molly» como una alcohólica sin esperanza y obesa. Las fotografías de los periódicos habían identificado a la gorda como Molly. Aquella parodia increíble había durado mucho tiempo.

Sam respiraba profundamente ya que había estado corriendo.

—La que se ha quedado en el hotel, ¿es Christine? —preguntó.

Todos los músculos del cuerpo elástico y delgado de la muchacha estaban contraídos por los sollozos. Sacudió la cabeza, pero no estaba seguro si estaba negando su pregunta o simplemente quería indicar que todavía no podía hablar.

Sam esperaba anhelante sus palabras.

Todo el afecto y amor que había sentido por Molly durante años y que había muerto en su interior quince minutos antes en el Worth volvía a revivirle. El corazón saltaba en su interior. A aquella muchacha se le podía ayudar, aquella muchacha podía ser recuperada. Valía la pena luchar por ella.

—En nombre de Dios, ¿qué han hecho contigo, Molly? —le preguntó, casi implorando.

Ella respiró profundamente, estremeciéndose. Volvió lentamente la cabeza para mirar a Sam, sin dejar de apretar sus manos. Las lágrimas le corrían por debajo de la montura de las gafas. Sam se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió. Ensayó una sonrisa.

—Toma, límpiate la nariz.

Cogió el pañuelo y trató de reparar un poco el desperfecto de su rostro.

—Lo siento —dijo al devolverle el pañuelo.

—No hay nada que sentir —dijo Sam—, pero sí tienes que explicarme un montón de cosas.

Ella había recuperado la libertad de sus manos y las tenía entrelazadas en el regazo tan fuertemente que los nudillos estaban blancos como el mármol.

—¿No te ha hecho ya bastante daño Molly Malone, Sam? —le preguntó con voz entrecortada—. Si realmente te importa algo, vete, por Dios y olvida este momento.

Era un raro discurso. Hablaba como si Molly Malone fuera una tercera persona, no ella misma, ni la que había en el hotel.

—No hagas las cosas más confusas de lo que realmente son —dijo Sam—, tú eres Molly.

—Nada ha cambiado desde el día en que Molly intentó aprovecharse de ti para tener una escapatoria, Sam —dijo—. Tú estabas enamorado de ella y ella se aprovechó de ti.

—Sólo que no le sirvió de nada.

—¡Y nada ha cambiado! —dijo, bajando las manos hasta las rodillas—. Creo que quieres ayudar. Sé que quieres ayudar. Sólo hay una forma, Sam, vete y olvídate de que estuviste en el parque.

Fue a tomarle las manos, pero esta vez ella las retiró.

—Escúchame, Molly. Por alguna razón, Christine y tú habéis cambiado vuestras identidades durante estos últimos años. Todo el

que os ve juntas, cree que ella eres tú, y viceversa. Tienes que decirme la razón. No soy simplemente un cotilla. Te quería. Fui tu marido durante un día. Todavía te quiero. Tengo que saber lo que te está pasando.

—Tú querías a Molly Malone, Sam. Ya no existe Molly Malone. Existe Margaret Johnson y existe Christine Lewis. Molly Malone ha muerto.

—No está muerta —dijo Sam—. Existe. Está sentada en el banco aquí a mi lado. Todo lo que pensé que podía suceder es cierto. Y ninguno de los problemas que pensé que existían, existen. No estás demasiado gorda. No eres una borracha. Puedes cantar. Por eso tienes que aclararme por qué con todas estas cosas a tu favor, y teniendo amigos que te respaldan, por qué no podemos aplastarle la nariz a Maclyn Archer y a Christine Lewis, y arreglárnoslas por nosotros mismos.

—¡No! —había verdadero pánico en aquel grito.

El tomó bruscamente sus manos que se resistían entre las suyas.

—Molly, el día que nos casamos, me dijiste que te estaban amenazando de muerte. Me dijiste que Christine estaba dispuesta a cambiar su testimonio y enviarte a la cámara de gas, a menos que hicieras exactamente lo que ella te dijera. Yo me dejé convencer de que aquello era una manifestación histérica por tu parte. ¿Era eso cierto? ¿Es por eso por lo que han tomado posesión de tu identidad?

Las gafas negras se le quedaron mirando, con una expresión vacía de auténtico pavor.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Aquella debía ser la respuesta y él se había dejado disuadir de la idea de ayudarla cuatro años atrás.

—Se han estado aprovechando de ti —dijo—. Se han aprovechado de tu miedo. Esto explica por qué Archer me ha presionado. Le asustaba que yo siguiera adelante con el plan que tenía para ti. Había descubierto lo que yo sabía. Tú eres Molly, no esa sucia gorda. Le asustaba que desenterrara toda la verdad. Pues bien, querida, eso es exactamente lo que voy a hacer. Voy a liberarte de esas gentes.

—¿Cómo? —aquello era un susurro.

—Descubriendo la auténtica verdad sobre la muerte de Cal Gardner.

—¿Cómo?

—Donde existe una verdad puede ser descubierta —dijo Sam.

—Y mientras que tú intentas descubrirla, ellos me envían a la cámara de gas. Dios mío, Sam, ¡no me hagas esto!

Ella podía tener razón, pensó Sam. Archer y Christine podían estar preparados para todas las eventualidades. Habían intentado mantenerle al margen de aquello, pero si sabían que había descubierto la verdad podían hacer saltar una trampa debajo de Molly. Si Christine cambiaba su testimonio y admitía haber cometido perjurio, tal vez Archer presentaría otros testigos bien pagados. Un fiscal de distrito ambicioso llevaría el caso a juicio, completamente convencido y despacharían a Molly antes de que Sam pudiera tener la menor prueba de una verdad bien enterrada. Incluso aquel curioso cambio de identidades sería empleado en contra de Molly. Dirían que había sido idea suya para que Christine pudiera dar la cara por ella.

—No soy una heroína, Sam —oyó que decía Molly—. Simplemente soy incapaz de enfrentarme con la muerte. Y eso será lo que ocurra si insistes en intentar ayudarme. Te lo pido por favor, si te he importado algo alguna vez, vete y olvídate de que nos hemos encontrado hoy aquí y de que te has enterado de algo que no sabías antes. Te lo suplico, Sam, te lo suplico.

Se puso de pie de repente y echó a correr suavemente por el césped hacia la salida de la Quinta Avenida. Sam echó a correr detrás de ella y después volvió lentamente a sentarse en el banco. Tenía que poner en orden todo aquello. Tenía que pensar cuidadosamente en lo que iba a hacer.

Había tantos agujeros en aquella historia. Christine podía sentir un odio enfermizo por Molly debido al hecho accidental de su parecido de años atrás, parecido que había hecho desvanecerse las posibilidades de Christine, si es que alguna vez tuvo alguna. Pero lo de Archer debía ser otra cosa. Una venganza por haberse visto atrapado por un contrato carísimo no era suficiente explicación para un comportamiento semejante. Podía evitar que Molly volviera a trabajar. Pero otra cosa era amenazarla con una acusación de asesinato en primer grado y con la consiguiente ejecución. Era algo

de una magnitud desproporcionada para un hombre de su posición. A menos, y Sam sintió en su interior que el desasosiego se apoderaba de él, a menos que la verdad sobre el asesinato de Cal Gardner fuera una bomba que pudiera hacer volar a Archer y a su imperio en el mundo del espectáculo. Tenía que ser eso. Debía ser eso, pensó Sam.

Un hombre sin experiencia en el campo del crimen, como un abogado, un detective o un investigador privado especialmente entrenado, podía cometer serias equivocaciones, si intentaba moverse en un campo que no le era familiar. No se podía culpar a Sam por no buscar el consejo de alguien. Pensaba que se encontraba en posesión de un secreto explosivo. Si algo de lo que él sabía se escapaba antes de que estuviera preparado, Molly podía ser destruida. Se veía a sí mismo como un cazador de lobos solitario en busca de la verdad. Y mientras que él estaba cazando, Christine y Archer debían ser tranquilizados por un sentimiento de seguridad.

Se le ocurrió a Sam que Molly estaría siendo vigilada. Archer podía permitirse el lujo de mantener una vigilancia constante, si eso era importante para él. Alguien podía haber sido testigo de su encuentro con Molly en el parque.

A Sam le pareció importante que Christine y Archer creyeran que él no había vislumbrado la verdad. El plan que él había elaborado para procurar esa seguridad no carecía de lógica.

Decidió volver al Worth y enfrentarse una vez más con la falsa Molly. Podía decirle que se había encontrado «accidentalmente» con Christine en el parque. Le diría que «Christine» le había convencido de que su sueño de una reaparición simplemente no podría llevarse a cabo. Le diría a «Molly» que lo sentía, pero que se retiraba, de forma definitiva e irrevocable. La gorda se lo diría a Archer rápidamente. Entonces tendría tiempo para actuar.

Aquello pudo haber salido bien.

Volvió al Worth, cogió el ascensor hasta la 6A y llamó de nuevo a la puerta. Nuevamente volvió a abrir la falsa Molly. Cuando le vio pareció ponerse furiosa.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí otra vez? ¿Dónde está ese asqueroso botones que tenía que traerme las bebidas?

—Tengo que hablar contigo —dijo Sam. Se preguntaba en aquel momento cómo podía haberse dejado engañar por aquella mujer.

—¡Fuera! —le gritó ella.

Se volvió dando un empujón violento a la puerta, intentando darle con ella en las narices. El la sujetó con la palma de la mano, evitando así que la cerrara. Fue detrás de ella hasta el salón de la suite.

—No quiero hablar contigo, te digo que te vayas —gritó ella, girando bruscamente.

—Sólo quiero decirte… —empezó a decir Sam.

No acabó de hablar. Su brusco movimiento fue tan repentino, que ni siquiera pudo levantar el brazo para protegerse. Ella cogió la estatuilla del Oscar que Molly había ganado años atrás y le golpeó con ella. Le dio en la sien derecha. Vio estallar una bengala ante sus ojos y perdió el conocimiento.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado sin sentido. Cuando volvió en sí y abrió los ojos, la habitación estaba en calma. Se llevó la mano a la herida de la cabeza y vio que se le llenaba de sangre. Se incorporó y se sentó.

La gruesa muchacha estaba aproximadamente a un metro de él, también sobre la alfombra. Solamente necesitó echar una mirada. Su cabeza era todo un amasijo de sangre y carne. Sin pensarlo se arrastró hasta ella. El Oscar yacía en el suelo a su lado. Con el pelo aún revuelto, lo cogió y se quedó mirándolo estúpidamente.

Entonces oyó un grito ahogado en la puerta. Allí estaba el botones con las bebidas que había pedido la mujer gruesa.

El pánico se apoderó de Sam Kenyon y echó a correr.

SEGUNDA PARTE

1

La atmósfera de la oscura habitación del Hotel Thomaston estaba densa debido al humo viciado de los cigarrillos, cuando Sam Kenyon acabó de contar su historia. Yo mismo me había fumado un paquete, y medio y él había estado fumando en cadena durante todo el tiempo que había durado su extraño recital, cuya totalidad estaba a salvo, grabado en una cinta. Se echó sobre la cama, con los ojos cerrados, con un aspecto de agotamiento tanto físico, como emocional.

Corté la grabadora y me acerqué a la ventana para abrirla de par en par.

—Me has estado diciendo un montón de cosas de doble sentido durante todo el rato —le dije—. Me has estado tomando el pelo con la absurda idea de que no sabías cuál de las dos muchachas había sido asesinada. Cuando llegaste al final estaba bien claro de cuál se trataba.

—¿Seguro? —dijo, sin abrir los ojos.

—Vamos, Sam, ya está bien. Tenemos que enfrentarnos con los hechos. Tú estás seguro de que la del parque era Molly..., la delgada, la que aún resultaba atractiva.

—Estaba seguro —dijo. Abrió los ojos y señaló al montón de periódicos que había a los pies de la cama—. Examina detenidamente esos periódicos si quieres comprender mis dudas, Corny. La muerta fue identificada por el personal del hotel, por la otra chica, por Julián Curtis, su médico.

—Pero tú dijiste que este cambio de identidades había durado

mucho tiempo, por lo menos dos o tres años. Naturalmente, el personal del hotel la identificaría como la que ellos habían creído siempre que era Molly. El doctor Curtis la había tratado sólo recientemente, y no tenía ninguna razón para no pensar lo mismo. Si la muchacha del parque era realmente Molly, ella, prisionera de sus propios temores, haría exactamente lo que le ordenaran.

—Lee los periódicos —dijo Sam tristemente—. Tenía la cara completamente destrozada. La Policía es escrupulosa. Tomaron las huellas dactilares del cuerpo y éstas coinciden con las de los archivos que tienen en Los Angeles, las que le tomaron cuando fue arrestada como sospechosa por el asesinato de Cal Gardner. Esto hace que la gorda sea Molly, oficial y definitivamente.

—Así que estabas equivocado respecto a la del parque. Pero...

—No podía estar equivocado —dijo Sam—. Yo estaba enamorado de Molly. Todavía lo estoy. Dios mío, ayúdame. ¿Cómo pueden mis instintos haberme traicionado hasta ese punto?

—Te traicionaron en el Worth la primera vez que hablaste con ella. Aquel día la aceptaste como Christine. Ya sea esa vez o cuando la viste en el parque, tu instinto te jugó una mala pasada.

Sacudió la cabeza.

—La primera vez no tenía razón para sospechar nada —dijo—. Había visto retratos de la supuesta Molly, gruesa, estropeada. Pero en el parque la oí cantar: en el parque la toqué; en el parque lo supe.

—Pero la evidencia que proporcionan las huellas anula todo. Este sueño tuyo de amor ha estado acorralándote durante quince años y te ha dejado ahora fuera de combate. La muchacha muerta es Molly. En el parque, Christine seguía jugando contigo. Querían quitarte de en medio, y en el parque representó una comedia de primera calidad para convencerte de que te mantuvieras al margen.

—Tal vez. Ya te he dicho, Corny, que no estoy seguro, no lo estoy.

—Si eres capaz de explicarme lo de las huellas seguiré escuchándote —dije.

—Oh, claro que lo puedo explicar.

—¡Oh, Sam, por Dios! —exclamé impaciente.

—He estado toda la tarde tratando de explicármelo. Tenía que hacerlo, no lo ves, a menos que admita que estaba completamente

equivocado en el parque. Y maldita sea, Corny, entonces lo supe. Lo supe seguro.

—Entonces explícame lo de las huellas.

—¿No se te ha ocurrido, Corny, que esta sustitución, de Christine por Molly, pudo haber empezado el mismo día que la llevaron a la comisaría de Policía de Los Angeles bajo sospecha de asesinato? Aquel día Molly estaba aturdida y destrozada. ¿No pudo Christine entonces actuar por ella? ¿No pudo ser ella la que soportara el interrogatorio de la Policía en lugar de Molly? ¿Y pudo permitir que le tomaran sus huellas en lugar de las de Molly?

—Oh, Sam —dije exasperado y, sin embargo, dudando.

Se sentó en la cama y se inclinó hacia adelante, hablando animadamente.

—Todo este asunto está dándome vueltas en la cabeza como un tiovivo a una velocidad de vértigo —dijo—. Necesito tiempo para poner en orden mis ideas. Pero explícame el papel de Archer en todo esto, Corny. A menos que mi razonamiento fuera correcto, y la verdad sobre el asesinato de Cal sea algo que él no puede permitir que se descubra, ¿cómo puedes explicar todos sus complicados embustes? Es un malvado. Pero ¿cómo se puede comprender que haya llegado a tales extremos, solamente para mantener a Molly sin trabajar? Te digo que hay algo que tiene que ocultar para salvar su vida.

—Por eso Molly ha muerto.

—¿Tú crees? Te voy a hacer una apuesta, Corny. Si no hacemos nada para desbaratar su estrategia, saldrá pronto a la luz que Molly mató a Cal. El caso se cerrará. Y nadie volverá a investigar lo que Archer está tratando de ocultar.

—Por Dios, Sam, ¿cómo puedes ponerte tan melodramático? —dije, pero dentro de mí empezó a intrigarme—. ¿Y qué pasa con la otra muchacha, la que se hace pasar por Christine?

—La que es realmente Molly —dijo tristemente—, está cogida en la trampa. Si intentara escapar alguna vez, le cerrarían la salida. Tal vez también la cuelguen por este asesinato, además de por el de Cal.

—Y si es realmente Christine vivirá feliz por los siglos de los siglos, debido a la generosidad de Archer —dije.

—Corny, si no descubro la auténtica verdad voy a volverme loco.

—No vas a tener tiempo de volverte loco, a menos que se nos ocurran otras respuestas. Es a ti a quien buscan por asesinato, Sam. Volvamos a repasar esta parte.

Hizo un gesto de desamparo con sus expresivas manos de actor.

—No hay nada que repasar, Corny. La muchacha gruesa me golpeó con ese Oscar. Cuando recobré el conocimiento estaba muerta en el suelo, a mi lado.

—Pero al principio, cuando empezaste a hablar, dijiste que no sabías si la habías matado tú o no.

—¿Lo hice? —preguntó—. Mi mente se quedó en blanco después de que ella me golpeara. Pero tal vez le quité la estatuilla de la mano y la golpeé con ella, en una acción refleja, antes de perder completamente el conocimiento. Tal vez sufrí un oportuno desvanecimiento sicológico igual que físico. Tal vez mi mente no quiere recordar unos pocos segundos de tiempo que sí podría recordar. Vuelvo a decirte, Corny, que leas los periódicos. En aquella estatuilla había dos series de huellas. Las de la muchacha muerta y las mías.

—Pero tú cogiste la estatuilla cuando recobraste el conocimiento.

—Sí, pero pude haberla cogido también antes.

Volví a acercarme a la ventana y respiré profundamente el aire fresco. Los rompecabezas que tienen las piezas irregulares me aburren. Tienes que empezar por los bordes en lugar de empezar directamente por el centro. Debo decir aquí, para que no haya lugar a dudas, que creo que Sam Kenyon me estaba diciendo la verdad, según él la entendía. Hay algunas cuestiones interesantes, en este caso, desde el punto de vista legal. Nadie, a excepción de la muchacha viva, la que todo el mundo creía que era Christine, sabía que Sam había sospechado que la muchacha gruesa no era Molly. Si se atrevía a contar ‘a historia de su encuentro con Sam en el parque y de cómo él estaba seguro de que ella era realmente Molly, le proporcionarían un motivo a la Policía. Pero hasta ahora ella no había contado semejante historia. ¿Por qué no?, me pregunté. ¿Por consideración hacia Sam? No, si es Christine. Pero si fuera Molly —si hubiera cambiado de identidad, como sugirió Sam—, mantendría

en silencio su encuentro en el parque, porque eso provocaría dudas en la Policía. Si existiera una conspiración para mantener las identidades cambiadas, ella permanecerá en silencio… porque Archer, si se empeñaba, aún podía hacérselo pagar con la vida.

Así que si la muchacha muerta seguía siendo oficialmente Molly, la posición de Sam era considerablemente mejor. Podríamos probar fácilmente que había estado haciendo todo lo posible por ayudar a Molly; Bobo Cass, Pat Keefe y el doctor Curtís podían atestiguarlo. Esto destruiría con facilidad cualquier clase de motivo que justificara una acusación de asesinato en primer grado. En el peor de los casos, podrían decir que había habido una pelea cuando Molly le atacó con la estatuilla, y sugerirían que él se defendió, golpeándola a su vez. En el peor de los casos, le acusarían de homicidio en segundo grado, en defensa propia, y en el mejor de los casos sería absuelto.

Me parecía que sólo teníamos una línea de acción. Naturalmente, Sam debería presentarse a la Policía. Cuanto más tiempo permaneciera escondido, peor opinión tendrían de él. Pero las dudas sobre la identidad de la muchacha muerta debían mantenerse en el mayor de los secretos.

—Lo que tienes que hacer, Sam, es entregarte y contar toda la historia exactamente como pensabas contarla cuando volviste al Worth esta mañana. Te habían convencido de que era imposible la reaparición artística de Molly y volviste al hotel a decirle a Molly que te quitabas de en medio. Estaba borracha, te golpeó con el Oscar y perdiste el conocimiento. El resto tal como sucedió.

—Imagínate que Molly, o quien quiera que sea, cuenta lo que sucedió realmente en el parque.

—¿Por qué no lo ha hecho ya? Si es Molly, Sam, está en una trampa en este momento. Estará rezando para que no aparezcas con el cuento, porque si lo haces, entonces le tocará a Archer el turno de moverse y lo hará de prisa. Y ten bien presente, Sam, que no me parece fácil que se crean que tú le quitaste la estatuilla a la muchacha y la golpeaste hasta matarla debido a un reflejo inconsciente. Creo que te noquearon y que mientras estabas inconsciente entró alguien en la habitación y cometió un asesinato. Entonces él o ella salió sin hacer ruido, dejando que tú cargaras con el muerto. Vuelvo a repetirte que no puedo creerme lo del criminal

inconsciente. Entonces, ¿de qué forma pudo haber ocurrido?

—Pudo haber sido así.

—Es así. Ahora vamos a repasar cuidadosamente toda la historia que vas a contarle a la Policía. Le dirás simplemente eso y nada más. Mientras tanto, vamos a ponernos a trabajar a ver si descubrimos tres cosas: ¿La muchacha muerta es Molly o Christine? ¿Quién entró en la suite mientras tú estabas inconsciente? Y la más importante tal vez: ¿quién mató a Cal Gardner hace cinco años?

—¿Y qué hay de ella? —preguntó Sam.

—¿De la que está viva?

—¡Molly! —dijo tristemente.

—¿Entonces ahora estás convencido de que la muchacha viva es Molly?

—¡Dios me ayude! —gruñó—. No sé lo que creo.

—Bueno, empecemos por creer en tu completa inocencia. Nuestro primer trabajo es probarlo ante el fiscal del distrito o ante un jurado, si llega el caso. ¿Y el resto? —le sonreí con cansancio—. Bueno, necesito saber todas estas respuestas o me volveré loco yo también, Sam.

Eran casi las dos de la madrugada antes de que estuviera listo para llevar a Sam Kenyon ante el fiscal del distrito. Todo ese tiempo estuvimos atareados reconstruyendo y dándole una forma escueta y aceptable a la historia que Sam iba a contar, quitando de ella toda referencia a sus dudas sobre la identidad de la mujer asesinada.

Sobre las dos de la mañana, llamó a Alec Burton a su casa. Es ayudante del fiscal del distrito y un viejo amigo mío. Fuimos juntos a la Facultad de Derecho. A primera vista, Alec es perezoso, tranquilo, es un tipo bondadoso que puede proporcionarte un sentimiento de seguridad en un tribunal, y luego, de repente hacerte pedacitos. Es un tipo auténticamente duro, pero es un hombre honrado, y que está comprometido antes que nada con la justicia y no tiene simplemente una serie de convicciones para cubrir su expediente.

Le dije a Alec por teléfono que estaba dispuesto a entregarle a Sam Kenyon con la condición de que tuviera un médico a mano para examinarlo y que me concediera quince minutos de su tiempo

antes de empezar a poner la maquinaria en marcha. Asintió, murmurando que si había esperado tanto, igual podía haberle dejado dormir toda la noche.

—Queda mejor despertándote a media noche —le dije—. Es la primera oportunidad posible.

—¡Por favor! —dijo Alec—. Seguramente habrás estado preparando una historia durante las últimas diez horas.

—Creo que considerarás que es una buena historia —le dije.

—¿Qué es todo eso del médico?

—Kenyon asegura que fue golpeado por Molly y que perdió el conocimiento. Desde luego tiene una herida en la cabeza. Quiero que vuestro médico diga si el golpe fue lo suficientemente fuerte como para dejarle inconsciente como él dice. Confiaré en tu palabra de caballero.

—Muy amable por tu parte —dijo Alec—. Tráelo para acá, Corny.

El agente de homicidios encargado del caso era un tal Capitán Nichols. Aquello también me agradaba. Me había visto mezclado también en otro caso que llevaba Nichols, y tenía la opinión de que era un agente de Policía inteligente, de ideas claras y profundas y exigía algo más que la evidencia circunstancial para convencerse a sí mismo. Llevé a Sam Kenyon en un taxi hasta las dependencias de la comisaría del Este, donde nos esperaba Nichols acompañado de un médico. Había sido citado oficialmente para presenciar un interrogatorio en un caso de sospecha de asesinato. Cuando terminaron con los trámites y procedimientos de rutina y Sam fue puesto en manos del médico, ya había llegado Alec Burton. Nichols abrió ei despacho del teniente y nos reunimos allí para hablar, tras despedirme de Sam. Estaba demasiado agotado para preocuparme de lo que pudiera pasarle. Había algo positivo en todo aquello y era que yo notaba que confiaba en mí.

—Las posibilidades de tu hombre serían mucho mejores si no hubiera huido —dijo Nichols. Era un hombre de cabello gris y especio paternal, frío, tranquilo y eficiente.

—Le golpearon en la cabeza. No podía pensar con claridad —dije—. Se asustó.

—¿Y no se asustan todos? —gruñó Alec, lanzándome una mirada de búho por detrás de sus gafas.

—Me gustaría poner mis cartas sobre la mesa con vosotros dos —dije.

—Las que tú quieres que veamos —interrumpió Alec.

—Está bien —dije—. Pero nada de lo que os voy a mostrar es falso. No había visto nunca a Kenyon ni había oído hablar de él hasta esta noche. Jake le conoció en el Ejército y por eso estoy metido en esto. Me ha contado una larga historia, y yo la creo. Ha vivido una especie de extraño romance con Molly Malone durante casi quince años. Estuvo casado con ella durante un día.

—¿Cómo es eso? —dijo Nichols bruscamente.

—El matrimonio fue anulado. No llegó a consumarse. Pero él continuó enamorado de ella. Molly se ha ido hundiendo durante los últimos cuatro años. Lejos de tener ningún resentimiento contra ella, estaba moviendo cielo y tierra tratando de ayudarla. Quería arreglar su reaparición. Esto puede comprobarlo hablando con Patrick Keefe, un agente teatral que iba a conseguirle unos contratos en varios clubs nocturnos; Boland Cass, que iba a llevar su campaña de relaciones públicas; el doctor Julián Curtis, su médico, que iba a colaborar en su puesta a punto. Sam Kenyon estaba a favor de Molly, no contra ella.

—Estaba a favor de ella —dijo Nichols—, por eso le aplastó los sesos. El negará esto, naturalmente.

—No —dije.

Alec salió de su sopor:

—Vuelve a decir eso otra vez, Corny.

—Digo que no lo niega, Alec. Tampoco lo admite. Entró en la habitación. Ella estaba borracha como una cuba, y furiosa contra él porque no era el botones que esperaba que le llevara una ración de alcohol fresco. Le dijo a gritos que se fuera y que la dejara sola. Cuando intentó calmarla, le golpeó en la cabeza con la estatuilla. Cuando volvió en sí, ella yacía en el suelo a su lado, muerta. Todavía con la cabeza dolorida se arrastró hasta ella para ver si podía ayudarla. Sin pensarlo cogió la estatuilla. Entonces fue cuando entró el botones. No sabe lo que pasó después de que le golpearan. De hecho, me sugirió que tal vez pudo haberle quitado el Oscar y golpearla en algún tipo de acción refleja que no recuerda.

—Todo se volvió negro —dijo Nichols secamente—. Estaba allí simplemente para tranquilizarla, ¿eh? Probablemente habrás leído

en el periódico el testimonio del ascensorista. Kenyon había ido a visitar a Molly aproximadamente al mediodía. Se marchó aproximadamente a los quince minutos. Volvió al cabo de una hora. Actuó, y digo exactamente lo que está escrito, «como un salvaje. Le dejé en el sexto y empezó a golpear la puerta como si fuera a derribarla». Cierro la cita. Es una extraña técnica para calmar a la gente.

Me encogí de hombros.

—Podemos enfocarlo en el juzgado por esa parte —dije—. Después de que se entera de que se ha cometido un crimen sangriento, su ascensorista, de repente, se acuerda de los salvajes y de los hombres que golpean las puertas con furia. Creo que eso es lo que a él le pareció después. ¿Informó de lo del salvaje antes del acto?

—No —admitió Nichols. Me observó a través del humo del cigarrillo—. Juegue la carta que realmente quiera jugar, señor Ryan —dijo.

—Esta es. Creo la historia de Kenyon. No me convence la idea de que cometiera un crimen mientras estaba inconsciente. Si yo tengo razón y él dice la verdad, entonces lo que pasó es suficientemente evidente. Alguien entró en la habitación mientras estaba inconsciente y se cargó a la muchacha. Antes de que esta pista se disipe por completo, le insto a que lo compruebe.

—Quiere que cacemos patos salvajes —dijo Nichols.

—Tal vez será mejor que lo comprobemos —intervino Alec Burton en un murmullo lento—. Nuestro joven amigo, aquí presente, lo empleará en el juicio seguramente como una salida. Así que lo mejor es que busquemos las respuestas —volvió sus ojos de pesados párpados hacia mí—. ¿Le ha proporcionado Kenyon nombre de enemigos?

Dudé, y me di cuenta de que Alec lo había notado. Calculé hasta dónde podía llegar sin arriesgarme.

—Rumores —dije—. Se rumorea que Christine Lewis no es tan buena amiga de Molly como parece serlo. Molly ha arruinado su carrera por el simple hecho de ser como ella. Estaba aprovechándose de Molly, seguramente.

—Y le salvó la vida hace cinco años, proporcionándole una coartada —dijo Alec—. ¿Hay algún otro rumor como este?

—Maclyn Archer, un punto importante en el negocio del espectáculo. Molly le ha costado un millón de pavos en los últimos cinco años. No la apreciaba mucho.

—¿No hay nada mejor que eso? —preguntó Alec, inmutable.

—Nada concreto. Pero sabes tan bien como yo, Alec, que no puede hallarse premeditación en este caso. Esa estatuilla era de Molly. Estaba en la mesa de su salón. Fue empleada con el furor del momento.

—Por tu muchacho —dijo Nichols.

—Yo digo que no. En estos cinco años esta mujer se ha convertido en una viciosa, una bocazas y un huracán beligerante. La respuesta más verosímil es que ella debió llegar demasiado lejos con algún empleado del hotel. Tal vez consiguió que echaran a alguien. Tal vez al botones, que llegó con tan mala fortuna para mi cliente, apareció en realidad antes de eso. Ella estaba furiosa porque tardaba con su bebida.

—Por lo menos eso suena más razonable —dijo Alec—. Investiguemos esa posibilidad, Corny. ¿Algo más?

—Una pregunta que tal vez no quieras contestar. ¿Es correcto el informe del periódico acerca de las huellas?

—¿Las del arma del crimen? Son suyas y de su cliente.

—¿Cómo sabe eso, que son las de él?

—Los informes del Ejército —dijo Alec.

Estaba en ascuas cuando llegó la siguiente pregunta:

—¿Cómo es que comprobó las huellas de la muchacha en las oficinas de la Policía de Hollywood? Todo lo que tenía que hacer era coger las huellas del cadáver.

Alec nos miraba con dureza.

—No has visto ese cadáver, Corny. No se podía reconocer bien el rostro. Al capitán Nichols le gusta dejar las cosas bien claras. Quería estar bien seguro de la identificación, para hacer el informe.

Nichols lo haría a conciencia. Mi esperanza consistía en que mientras hablaba de taparme la salida, surgieran en su mente algunas dudas.

Sonó el teléfono de la mesa del pequeño despacho y Nichols contestó a la llamada. Durante uno o dos minutos estuvo escuchando a alguien al otro lado de línea, dijo «Gracias» y colgó. Se quedó mirándome pensativamente.

—El médico dice que la herida de la cabeza de Kenyon es auténtica —dijo—. Pudo haber permanecido inconsciente de treinta segundos a treinta minutos. Ahora padece una conmoción y debe ser hospitalizado. Supongo que necesitamos investigar todas las posibilidades.

2

Estuve muy pocos minutos con Sam antes de que se lo llevaran al hospital para someterle a observación. El médico quería que le miraran por rayos. Era posible, dijo, que el daño fuera algo más grave que una simple conmoción.

—Tenemos suerte —le dije a Sam—. Ninguno de los dos tipos que llevan el caso intentará colgarte sólo para divertirse.

Sam miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchándonos.

—Tú eres mi abogado, ¿verdad Corny?

—Claro, no lo dudes.

—Entonces, ¿harás lo que te pida?

—Si es algo razonable, Sam. Naturalmente puedo dejar de ser tu abogado en cualquier momento que yo quiera.

—Molly. No la abandones. Tienes que ayudarla. Yo... yo estoy demasiado..., demasiado confundido, para decirte cómo. Pero no quiero salvarme a su costa. Por lo menos hasta que sepamos que no se puede hacer nada por ella.

—No le voy a decir a nadie lo que sospechamos sin decírtelo antes a ti.

Aquello pareció satisfacerle.

Cuando llegué a casa y puse todas las cintas en orden para que las oyera Jake, ya era de día. Hice una llamada menos amistosa a Fred Twining, el detective privado que trabaja para nosotros. Tenemos prioridad para hacer uso de sus servicios y yo quería asegurarme de que no se me escapara mientras intentaba dormir unas dos horas. Hizo algunos comentarios groseros acerca de mi sequedad, y pude oír a alguno de sus chavales gritando por la casa. Al parecer mi llamada había despertado a toda la familia Twining.

Le conté bruscamente a Fred lo que teníamos entre manos.

—¿Kenyon es cliente tuyo? —preguntó—. Por lo que dicen los periódicos parece que has cogido un asunto gordo.

—No sabes ni la mitad —dije—. Procura estar en la oficina a las nueve, ¿lo harás, Fred?

Allí estaría. Me desnudé, puse el despertador a las ocho, y me pareció que sonaba antes de darme tiempo a cerrar los ojos. Realmente habían pasado tres horas. Una de las cosas que había aprendido en el Ejército era a dormir cuando había tiempo para ello, sin tener en cuenta los problemas que hubiera de por medio.

Llegué a la oficina minutos antes de las nueve. Fred Twining ya estaba allí. Es un hombre joven y aseado que se parece más a un hombre anuncio de Madison Square que al concepto normal que tenemos de los agentes privados. Le coloqué ante la grabadora. Era la mejor manera de ponerle al día. Desde el teléfono de la mesa de mi secretaria intenté levantar a Bobo Cass. El teléfono de su casa no contestó, y entonces recordé que al parecer solía tomar su desayuno de caldo y anchoas en el Plaza. Intenté conectar con él allí, y tuve suerte. Su voz sonaba amistosa.

—Me alegro de que Sam se haya entregado —dijo—. Huir es una locura.

—Le hubieran cogido. Estaba desconcertado y asustado. Tengo que hablar con usted, Cass. Hay que probar parte de su relato y hay algunas cosas sobre Maclyn Archer que Sam ha pasado por alto y que tal vez pueda decirme.

—Tengo una historia completa de Archer —dijo.

—Le llamaré al despacho antes de una hora para concertar una cita.

—Dígale a Sam cuando le vea que todavía estoy de su parte —dijo Bobo.

Después de eso llamé a Pat Keefe y al doctor Julián Curtis. Ambos fueron muy amables y se mostraron dispuestos a ayudar de cualquier forma que pudieran. No concerté ninguna cita en especial porque a la persona que deseaba ver más que a nadie era a la muchacha, Molly o Christine, cualquiera que fuese. No la llamé porque no quería que se preparara, quería cogerla desprevenida y formarme mi propia opinión sobre lo que me parecía que era en realidad.

Mientras Fred Twining escuchaba las cintas, cogí los periódicos de la mañana que había en recepción. No había nada nuevo sobre el caso, excepto que Sam se había entregado. La muchacha que Sam había visto en el parque no se había presentado a contarlo, o si lo había hecho, era un secreto que Alec y el capitán Nichols guardaban para sí mismos.

Fred Twining estaba algo confuso cuando me reuní finalmente con él, cuando estaba terminando la última cinta. Desconectó la máquina y se me quedó mirando simplemente.

—Lo que le hemos contado a la Policía no incluye nuestras dudas acerca de la identificación —dije—. Le he dicho a Sam que no voy a emplear eso sin consultarle.

—¿Compartes sus dudas? —preguntó Fred.

—Digamos que quiero asegurarme.

—Es el cuento más fantástico que he oído en mi vida —dijo Fred —. ¿Cuál de ellas era la borracha que él fue a visitar en Hollywood? ¿Con cuál se casó? ¿Eran entonces tan parecidas, que Christine pudo pasar por Molly en el juicio de Gardner?

—Contestar a esas preguntas es parte de tu trabajo —dije.

—¡Judas!

—Les he puesto una trampa a Alec Burton y Nichols —dije—. Nichols va a comprobar la posibilidad de que alguien entrara en la habitación mientras Sam estaba inconsciente. Es un poli muy honesto y muy escrupuloso. Si descubre algo, no lo ocultará. Esto nos ahorrará algo de trabajo de investigación sobre el caso. Esto nos deja dos preguntas cuya contestación necesitamos urgentemente, Fred. La muchacha que está viva, ¿es realmente Christine o es Molly? Esta es por el momento mi obsesión. Segundo: ¿quién mató realmente a Cal Gardner? Esa es la tuya.

—Esa pista tiene cinco años de antigüedad, ya está fría —dijo Fred—. La Policía de Los Angeles no ha descubierto nada en cinco años, así que, ¿qué esperas de mí?

—La respuesta —dije sonriendo—. Volverán a contarlo todo en los periódicos de allí junto con la noticia de la muerte de Molly. Tu trabajo es legal, trabajas para el abogado de Sam. En una ciudad como esa tiene que haber cotilleo, Fred. Puede que no haya nada oficial que resista el examen, pero los polis que trabajaron en el caso deben tener sus opiniones; los periodistas deben tener teorías,

la gente que conocía a Molly y a Cal deben tener sus propias ideas. Por el momento el cotilleo es lo único a lo que podemos agarrarnos.

Fred señaló la grabadora.

—Kenyon mencionó una modelo con la que Cal se estaba divirtiendo. Cotilleo en los periódicos. ¿Dijo quién era?

—No, creo que no se lo pregunté. ¿Quieres que lo haga?

—Lo comprobaré —dijo Fred. Hizo una anotación en su libreta —. Proporcióname una excusa para visitar a Betty Blanding, que debe saber toda esta porquería —guardó la libreta en su bolsillo—. ¿Crees que Kenyon está en sus cabales?

—Eso creí, ¿por qué?

—Todo este tema de las identidades es bastante difícil de tragar. La explicación que da Kenyon de las huellas dactilares es ingeniosa, si quieres creer que la muchacha muerta es Christine, pero a mí me resulta difícil pensar que en su momento y en el lugar de los hechos, una fuerza de la Policía eficiente de la oficina del fiscal del distrito se haya dejado engañar.

Al fin y al cabo, sabían que había dos chicas que parecían exactamente iguales. Se habrían asegurado firmemente de quién era quién.

—Tú hubieras reconocido a tu propia mujer, incluso aunque no la hubieras visto desde hacía cuatro años, ¿verdad? —dije.

—Nunca he estado casado con una dama durante un sólo día — contestó Fred, sacudiendo la cabeza—. Yo soy simplemente un trabajador nato, tú eres el genio, muchacho. Pero yo en tu lugar me aseguraría firmemente de que no me habían elegido presidente del Club de los Cuentos —se levantó—. ¿Puedo entretenerme un momento para despedirme de mi mujer y de los críos? Puede que tenga que quedarme en Hollywood varios años.

Aquella mañana Jake no apareció por la oficina. Probablemente había ido directamente desde su apartamento al edificio del Juzgado en el que se desarrollaba el caso Warfield. Le dejé las cintas de Kenyon con un mensaje urgente para que las oyera rápidamente. Después salí del despacho y tomé un taxi para digirme al Worth.

No quería que la muchacha del 6A estuviera preparada, así que

subí directamente sin anunciarme por el teléfono del vestíbulo. Llamé al timbre de la puerta del 6A y esperé. Justo en el momento en que iba a darme por vencido, la puerta se abrió un poco, tenía una cadena de seguridad echada por dentro. Un rostro blanco, enmarcado en rubios cabellos y oculto por unas pesadas gafas negras, me miró.

—¿Sí?

—Soy el abogado de Sam Kenyon, Cornelius Ryan. ¿Puedo hablar con usted, señorita Lewis?

—¿Sobre qué? —su voz era un susurro.

—Sobre Sam, tiene problemas, señorita Lewis. Y está confuso. No está absolutamente seguro de quién es usted. No sabe por qué no le ha contado a la Policía el encuentro que tuvieron en el parque justo antes del asesinato. No quiere que yo se lo cuente porque cree que esto puede ponerla en dificultades. Si Sam no ha perdido el juicio, señorita Lewis, sería mejor tanto para el bien de usted como para el suyo que usted hablara conmigo.

—Pobre Sam —dijo. Dudó intentando decidir. Entonces la apertura de la puerta se estrechó al tiempo que desenganchaba la cadena—. Pase, señor Ryan.

Las gafas negras ocultaban las emociones que pudiera sentir en aquel momento. Debía de tener unos treinta y tantos años, pensé, pero su figura era esbelta como la de una adolescente en lo referente a las caderas y a la cintura. El resto de sus medidas era completamente satisfactorio. Quien quiera que fuese era extraordinariamente parecida a la Molly Malone de cinco años atrás.

El saloncito de aquella suite del Worth había sido amueblado evidentemente por sus propietarios. Los muebles eran todos de estilo moderno. Las paredes estaban literalmente cubiertas de fotografías enmarcadas de personajes famosos del mundo del cine y de fotos fijas de por lo menos una docena de películas en las que había actuado Molly Malone. Molly estaba por todas partes en aquella habitación, y parecía estar allí en carne viva, pegada sobre un tablero, cogiendo con las manos el borde para sujetarlo. Podía jurar que había miedo en su reacción ante mi presencia.

—Es fácil comprender cómo Sam pudo haberse equivocado —dije, intentando parecer intrascendente. Señalé a las muchas

fotografías de Molly que había en la pared—. Usted es Molly.

Hizo un gesto negativo.

—Soy Christine Lewis, señor Ryan.

Como dos gotas de agua, había dicho Sam.

—¿Por qué no le ha contado a la Policía su encuentro con Sam justo antes del asesinato? —le pregunté.

Parecía que su cuerpo se tensaba dentro del traje de hilo verde claro que llevaba puesto.

—No merece más dificultades de las que ya tiene —dijo.

—¿Cómo podría eso perjudicarle?

Las gafas negras me miraron directamente.

—No tenía ningún motivo para matar a Molly, señor Ryan —dijo —. Estaba enamorado de ella: Quería ayudarla. Pero en el parque parecía estar convencido de que yo era Molly, únicamente porque me oyó cantar una de sus canciones. Volvió a una vieja historia que Molly había contado, debió odiarme a mí, Christine. Y en aquel momento, creyendo que yo era Molly y ella Christine, debió encontrar un motivo para atacarla. Por lo menos, la Policía podría considerarlo como un motivo. Sam ya tiene bastantes problemas sin esto.

Le miré directamente a las gafas negras.

—No le hemos contado a la Policía el encuentro de Sam con usted en el parque por otra razón muy distinta —dije—. No para ayudar a Sam, sino para ayudarla a usted. Sam cree que usted es Molly. Casi me ha convencido a mí. No quiere hacer ningún tipo de movimiento que pueda volverse en contra de usted.

—Yo no soy Molly, señor Ryan. ¡Soy Christine Lewis! —había un ligero matiz de histeria en su voz.

—Estoy dispuesto a oír las versiones de su historia —dije—. Pero quiero decir, todas. Cuénteme la que le guste más la primera. Parece ser que es aquella en la que usted es Christine Lewis.

Se alejó de la mesa y fue hacia el sofá situado en un ángulo de la pared. Se sentó, hurgando en una caja de cigarrillos. Sus manos temblaban.

—¡Yo no soy Molly! —dijo.

Le acerqué mi mechero. De no haber sido así nunca hubiera encendido su cigarrillo.

—No nos metamos en una conversación de doble sentido —dije

—. Molly no existe, Molly Malone es un nombre artístico. Las personas en las que yo estoy interesado son Margaret Johnson y Christine Lewis. Si usted quiere decir Margaret Johnson cuando se refiere a Molly Malone, entonces vale.

—¡Yo no soy Molly! Tiene que creerlo.

La habitación parecía estar cargada de electricidad con sus tensiones. Me senté en un brazo del sofá, en el extremo opuesto al que ella estaba.

—No tiene a nadie que le cuente la historia de los últimos cinco años, excepto Sam —dijo.

—El debe conocerla.

—Conoce tan poco desgraciadamente —dijo en voz baja. Las gafas negras estaban entre sus manos, que apretaba en su regazo hasta ponerlas blancas.

—Literalmente, Sam no sabía nada en absoluto de Molly, excepto como personaje público. Mantuvo con ella dos breves conversaciones antes del día en que se casó con ella; una vez en el estudio y otra en su casa cuando vino a visitarla y ella estaba completamente borracha. El día que se casó con ella, ésta le contó una extraña y desbaratada historia diciéndole que Maclyn Archer y yo la teníamos prisionera, bajo la amenaza de una acusación de asesinato que pendía sobre su cabeza. Volvió a verla dos veces, en los últimos días. Ambas veces ella estaba de nuevo completamente borracha. Realmente él no la conocía, señor Ryan. No sabía cómo se desenvolvía su perturbada mente. Estaba dispuesto a dejarse manejar como un títere, y así fue.

—¿Y no le contó a Sam nada de esa historia?

—¡Nada!

—¿Cómo explica los esfuerzos de Archer para evitar que Sam consiguiera llevar a cabo su plan de reaparición? Por lo que Sam me dijo, usted sabía todo esto. ¿Cómo puede ser? ¿Se lo ha contado algún amigo de Molly? Supongo que lo único que usted tenía que hacer era hablar con Molly, si es que era Molly, para saber lo inútil que era el plan de Sam.

—No hay nada que explicar en cuanto a Maclyn Archer —dijo secamente.

—Yo sí pretendo explicarlo —intervine—. Déjeme decirle cómo. Sam volvió aquí después de verla a usted en el parque. Usted sabe

por qué. Estaba convencido de que usted era Molly y de que usted estaba en peligro. Creía que si Archer descubría la verdad acerca de su cambio de identidad con Christine, Archer podía volverse en contra de usted antes de que pudiera hacerse nada para protegerla. Iba a decirle a Christine que había abandonado su plan, sabiendo que se lo diría a Archer. El mundo tuvo oportunidad de hablar con ella. Le dio un golpe con aquella estatuilla y le dejó sin sentido. Cuando volvió en sí, ella yacía en el suelo a su lado, muerta. Ahora creo a Sam, por tanto, tengo que suponer que alguien más entró en esta habitación mientras él estaba inconsciente y mató a la muchacha gruesa. Tengo que encontrar a esa persona para salvar a Sam. Pero él no me dejará hablar del parque y de su certeza de que usted es Molly por miedo a que ello la ponga en dificultades.

—No —dijo, en un susurro.

—Tengo que investigar a Archer. Tengo que investigar a cualquiera que esté remotamente relacionado con Molly. Tengo que encontrar a un asesino. Por eso antes de nada tengo que asegurarme de quién fue asesinada. En este momento, al igual que Sam, creo que usted es Molly. Esto me coarta un poco porque no puedo decidir nada hasta que esté seguro.

—Pero, señor Ryan, sigo diciéndole...

—Tal vez seguirá diciéndome lo que usted cree que tiene que decirme para protegerse a sí misma. Creo que el caso Gardner es la clave de todo esto. Tengo un hombre en camino hacia Texas ahora, que va a intentar descubrir la verdad. Si tenemos suerte, esa verdad debería ponerle a usted a salvo.

—¡Yo soy Christine Lewis! —dijo, golpeándose las rodillas con las manos.

—Está bien —dije—. Si es usted Christine, podrá contestarme a unas sencillas preguntas. Un par de días antes de que Molly y Sam se casaran, el padre de Christine murió, Christine fue al funeral. Por eso estaba Molly sola. Si es usted Christine, ¿cómo se llamaba su padre?

—George Lewis —dijo rápidamente.

—¿Dónde fue enterrado?

—En su... en nuestro pueblo. Boise. Idaho.

—¿El nombre del cementerio?

—Yo... no me acuerdo.

—Bien, tenga presente que voy a comprobar este punto. Deme los nombres de media docena de personas que asistieron al funeral.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—La equivocación de Sam es lógica —dijo—. Me parezco mucho a Molly, a como ella era hace cinco años. Fui su doble en el estudio durante diez años. Aprendí a moverme como ella. Aprendí su forma de ser personal y sus gestos. Aquello formaba parte de mi trabajo y se convirtió en parte de mí. ¿Resulta tan extraño que yo sepa cantar alguna de las canciones que ella cantaba?

—Deme solamente el nombre de media docena de personas que asistieran al funeral de George Lewis —dije tranquilamente—. Si me los da y compruebo que son auténticos me convenceré. Seguramente usted podrá recordar el nombre de media docena de amigos de la familia.

Se llevó las manos a la cara.

—¡Por Dios, señor Ryan, déjeme sola!

Aquel grito traslucía una desesperación profunda.

—En aquellos días..., cuando Molly estaba en la cumbre, me cambiaba a menudo por ella para hacer apariciones en público. Trabajaba demasiado, y después vino lo de la bebida. Yo firmaba autógrafos por ella. Incluso llegué a pronunciar pequeños discursos en su nombre.

—¿Sam se casó con ella o con usted? Está bien claro que usted no asistió al funeral de George Lewis.

—No hay forma de convencerle, ¿verdad?

—Desde luego. Simplemente deme el nombre de media docena de personas que asistieran al funeral. Si usted es Christine Lewis, usted estaba allí.

La habitación estaba tan silenciosa que se podían oír las manecillas de un reloj en un estuche de viaje sobre la repisa.

—¿Sería posible que habláramos de la verdad durante un rato? —le pregunté amablemente. Pareció quedarse helada allí sentada, así que continué—. Como abogado de Sam, mi primera preocupación es librarle del cargo de asesinato. El no quiere que yo revele su secreto, a menos que nos encontremos en situación de ayudarla. Yo estoy dispuesto a seguir adelante con esto, a menos que no tenga más suerte y Sam sea acusado. Entonces tendré que decir la verdad sobre usted, porque técnicamente él había sido

acusado del asesinato de Molly Malone, cuando realmente la mujer asesinada es Christine Lewis. No creo que lleguemos a este punto, pero podría ser.

—Señor Ryan. ¡Yo soy Christine Lewis! —gritó, separando las palabras y enfatizando cada sílaba.

No le hice caso.

—Y ahora digamos que tenemos suerte en el caso de Sam, y que le sueltan o que retiran la acusación. Esto nos dejará con su secreto a resolver. ¿Me ayudará a resolverlo ahora?

—No hay ningún secreto, señor Ryan. ¡Se lo sigo diciendo! ¡Se lo sigo diciendo!

—Bueno discutámoslo de todas formas —dije—. Supongamos que la historia que Molly le contó a Sam Kenyon el día de su casamiento es verdadera. Esa historia, reduciéndola a simples términos, es la siguiente: Christine asegura que cometió perjurio cuando juró que no dejó a Molly en ningún momento en la noche del crimen de Cal Gardner. Caris tiñe sabe realmente que fue Molly quien mató a Cal Gardner. Por razones particulares, y razones aparentemente importantes para Maclyn Archer, esto se dejó pendiente sobre la cabeza de Molly. Si usted fuera un extraño como yo, se preguntaría por qué podía ser útil esto para Christine y Archer. Para Christine, considerada aisladamente, es fácil suponerlo: Molly tenía dinero. Christine podía aprovecharse de lo que tenía en contra de Molly para gastar aquel dinero de la forma que le apeteciera. Odiaba a Molly por destruir su propia carrera y de esa forma podía vengarse de Molly día tras día, mes tras mes, año tras año. Pero, ¿y Archer? La venganza no era un motivo razonable en su caso. Incluso aunque recuperara parte de su dinero a través de Christine no es bastante. Por cierto, vamos a saber muy pronto si Molly estaba siendo estafada económicamente. Va a haber una auditoría de sus cuentas y sus negocios —me detuve para encender un cigarrillo—. He tenido poco tiempo para pensar en esto, pero he elaborado una posible explicación. Archer no puede resistir que la verdad sobre el asesinato de Cal Gardner se haga pública. Molly es la única carta que puede jugar. Si alguien intenta vislumbrar la verdad, Christine admite que cometió perjurio, se la deja libre, simplemente por cooperar, y Molly que no sabe si mató o no mató a Gardner, es condenada. Esto cerraría el caso para

siempre.

—Está usted soñando, señor Ryan —dijo con voz alterada.

—Déjeme soñar un poco más. Hicieron que Molly cambiara su identidad con Christine, para que ésta siempre pudiera pasar por ella. Christine, viviendo en la abundancia, es la que engorda y bebe y se vuelve más inútil. Pero aún mantiene su poder para destruir a Molly. Entonces llega la sacudida. Han destruido el matrimonio de Molly con Sam Kenyon, porque siendo su marido, hubiera descubierto la verdad a tiempo. Se hubiera acercado peligrosamente a lo que pasó en realidad. Pasan cuatro años, y de repente aparece otra vez Sam con un plan para ayudar a Molly a hacer su reaparición. Tiene amigos importantes e influyentes dispuestos a ayudarle. No se conformará con un no por respuesta. Por lo tanto, están en peligro. Si Sam insiste, es casi seguro que descubrirá que la muchacha gruesa y disipada que se hace pasar por Molly no es la misma muchacha a la que amó y con la que se casó. Tienen que detenerle, así que Archer le pone la zancadilla, y demuestra a Sam que puede hundirle profesionalmente. No hay otra forma de explicar la actitud de Archer. Si la muchacha que fue asesinada ayer es Molly, no tendrían que haber llegado a tales extremos para detener a Sam. No se podía idear ningún milagro para proporcionarle una reaparición. Ahora, mi querida Molly, porque esa es usted, tendré que decirle cuál es la próxima cosa que le harán hacer por ellos.

—No soy Molly —murmuró—. ¡No soy Molly!

—Supongo que actuando como Molly, la harán ir a Los Angeles, presentarse ante el fiscal del distrito y decirle que hace cinco años cometió perjurio. Le harán decir que mintió para salvar a Molly, su querida amiga. Le harán decir que Molly mató a Cal Gardner. Esto cerrará definitivamente el caso y todas las incógnitas referentes al mismo… o eso creen.

Volvió la cabeza en dirección a mí.

—¿Creen ellos?

—No acabarán aquí mis investigaciones —dije—. Voy a sacarla de esta trampa si es humanamente posible.

Se quedó callada durante un buen rato.

Casi podía oír las ruedas que daban vueltas en su cabeza.

—Si algo de eso fuera verdad, que no lo es —dijo tan bajo que

tuve que echarme hacia adelante para oírla—, ¿cómo podrá explicar lo que pasó ayer? Quiero decir, si ella era Christine…

—Puede ser pura coincidencia —dije—. Puede que no tenga nada que ver con toda esta conspiración. Tal vez fuera un botones enfadado, o un mensajero, o alguien empleado del hotel descontento. Pero la verdad es que ella había engordado con sus beneficios, se había convertido en una borracha, en una bocazas. Tal vez en aquellos momentos, mientras Sam estaba inconsciente en el suelo, pidió más dinero, más poder, algo más. Tal vez pensaron que no era seguro seguir teniéndola por allí, con Sam insistiendo. Pero cualquiera que fuera la razón, Molly, recuerde esto. Ella era tal vez el testigo principal en contra de usted. Sin ella no pueden seguir presionándola, a menos que usted les ayude.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, y volvió a llevarse las manos a la cara.

Me senté a su lado en el sofá, y cogí sus manos encerrándolas fuertemente en las mías. Tenía el presentimiento de que estaba próximo a ganar.

—Lo que ha soportado durante los últimos cinco años es suficiente para destruirle a uno el buen sentido —dije—. Antes preferiría morirme, que vivir el tipo de vida que usted ha estado viviendo. Antes correría cualquier clase de riesgo, que permanecer prisionero en el tipo de trampa en que usted está metida. Si consiguiera ser libre, hay un mundo que está esperando a que vuelva a él, Molly, tiene una carrera que reemprender, un público que la quiere, un hombre que la quiere. Si yo fuera usted me arriesgaría a cualquier cosa ante ese futuro.

—Los muertos no pueden amar, o ser amados —dijo, con la voz súbitamente monótona y sin vida.

Entonces, se volvió, hundió la cara entre los brazos sobre el brazo del sofá, y empezó a llorar, profundamente, desesperadamente, con unos sollozos incontrolables.

3

Notaba un curioso sentimiento de regocijo y de excitación, incluso. La increíble historia de Sam era verdadera. Esta era Molly. Me encontré a mí mismo pensando lo que él había pensado: podía ser salvada, se la podía ayudar.

Me levanté y la dejé allí sobre el sofá. Había llegado al final de sus fuerzas. Había luchado por su vida durante cinco largos años y ahora se había quedado sin fuerza. Me di cuenta de que no era solamente un abogado que se había encontrado unos sucesos extraordinarios en el caso de un cliente. ¡Yo mismo estaba involucrado! Recordé algo que Sam había de ella. «Tiene algo triste, algo melancólico», había dicho él, «que te hace amarla y querer protegerla, ofrecerle todo lo que desee del mundo y conseguirlo para ella a cualquier precio». La antigua magia que había ejercido sobre Sam y sobre millones de admiradores aún estaba allí, además del hecho peculiar que me resultaba tan familiar, sentía como si la conociera desde hacía mucho tiempo, en lugar de hacer escasamente media hora.

Había una pequeña cocinita junto al salón. Allí encontré una cafetera con café. Encendí la placa eléctrica y esperé a que se calentara. Tenía que recordarme a mí mismo que Sam era mi primera responsabilidad. Después la sacaría de sus dificultades, cualquiera que fuesen, no importa lo que costase.

Cuando el café estuvo caliente, llené una taza y la llevé a la otra habitación. Se había levantado del sofá y se había acercado a la ventana que daba a la calle. Estaba allí de pie, los hombros rectos, luchando con sus sollozos convulsivos.

—Un poco de café la ayudará —dije.

Se volvió lentamente desde la ventana. Por primera vez la vi sin

las gafas negras. Sus ojos azules enrojecidos por el llanto tenían un aire trágico.

Dejé la taza de café sobre la mesita que había frente al sofá. Encendí un cigarrillo y se lo ofrecí. Su temblorosa mano tocó la mía al cogerlo, y sentí una peculiar descarga eléctrica.

—No ha llegado el fin del mundo porque yo sepa la verdad sobre usted, Molly —dije—. Soy su amigo y Sam también lo es. Los dos queremos ayudarla. Ahora siéntese y pruebe este café y veremos lo que tenemos entre manos. Ya sé lo duro que le resultará confiar en alguien después de estos cinco años, pero confíe en mí, aunque no sea por ninguna otra razón más que no tiene otra elección.

—No puedo recordar haber tenido nunca una elección —dijo.

Se sentó en el sofá nuevamente y lomó algo de café caliente. Me lanzó una mirada breve y desconcertada.

—Yo… yo pensaba que si llegaba alguna vez este día me moriría de miedo. ¿No hay otras personas a las que les asuste morir como a mí, señor Ryan?

—Montones. Por cierto, mis amigos me llaman Corny.

—Es el hecho de morir de esta manera —dijo—. Ejecutada por profesionales fríos e impersonales. Una vez vi una película de Susan Hayward sobre una mujer que moría en la cámara de gas. Yo…

—¿Mató usted a Cal Gardner? —la interrumpí bruscamente.

—Dios me ayude, Corny, debí hacerlo. Eso me decía ella, una y otra vez.

—¿Christine?

—Sí…

Su mano temblaba cuando dejó la taza de café.

—¿Puede imaginarse lo que es vivir una pesadilla día tras día, año tras año?

—¿En la pesadilla mataba usted a Cal Gardner?

—En la pesadilla. Todos los detalles están en la pesadilla. La pelea de aquella noche, cuando me llevaron a la cama Christine y Cal. Cuando bajé a la piscina, mientras Christine había ido a su propia habitación, cuando empecé a gritar a Cal de nuevo mientras él estaba nadando en la piscina, cuando empezó a subir las escaleras saliendo del agua intentando detenerme, y cuando cogí el atizador de la parrilla del jardín y lo aplasté sobre su cabeza. Todo está en la pesadilla.

—¿Recuerda algo de eso... fuera de la pesadilla?

—No, pero debe ser así.

—¿Por qué?

—Porque ellos lo dicen. Eso dijeron aquella noche.

—¿Ellos?

—Christine, Sid Tannenbaum, mi abogado, Maclyn Archer.

—¿Aquella noche? ¿Los tres?

—Me despertaron de mi profundo sueño. Debo admitirlo también, Corny, era el sueño de una borrachera. Christine había encontrado a Cal en la piscina y envió a buscar a Sid.

—Sam me dijo que a Cal le encontró el jardinero a la mañana siguiente.

—Eso es lo que dijeron. Pero Christine le encontró antes de eso. Me despertó a mí. Yo estaba borracha, Corny. Yo... yo era una alcohólica. Había empezado a beber por primera vez en mi vida unos cuantos meses antes. Soy una de esas personas que no pueden beber nada en absoluto, y por aquel entonces yo no podía hacer nada por mí misma.

—Así que la despertaron en mitad de la noche...

Retorció el cuerpo como angustiada.

—¿Pero usted no se acuerda de nada?

—De nada. Pero no dudo de ellos. Yo vivía en una especie de horror, con aquellos comas alcohólicos, que no eran demasiado infrecuentes. Seguían diciéndome cómo me había levantado, ido hacia la piscina, comenzaba a discutir de nuevo con Cal, y cómo le golpeé con el atizador cuando estaba saliendo del agua.

—¿Cómo sabían ellos lo que había pasado exactamente?

—Fue Christine. Ella me vio desde una de las ventanas de arriba. Me gritó cuando cogí el palo. Yo no la oí, o en todo caso aquello no me hizo detenerme.

—Eso dijo ella.

—Sí.

—Y todo esto es solamente lo que ellos le dijeron. ¿No hay nada que usted recuerde?

—Lo que ellos me dijeron.

—Y después, ¿qué?

Un ligero sudor se extendió sobre su cuerpo en tensión.

—Vino Maclyn Archer.

—¿Mandaron a buscarle?

—Sid le llamó. Tal vez usted no conoce Hollywood, Corny. Yo siempre tenía problemas. Mi vicio por la bebida había hecho que no pudieran confiar en mí, era difícil, pero aún era importante y resultaba una propiedad valiosa. Podría decirse que pertenecía a Archer. Lo único que les preocupaba a Archer y a Sid era cómo preservarme como propiedad. Nadie se preocupaba de mí, o de cómo me sentía, o de si mi marido flotaba muerto en la piscina del jardín. Yo era una propiedad. ¡Cómo preservar la propiedad! Puedo oírles discutir, tratando de ver cómo podían manejar la situación de una manera o de otra. Finalmente, me sentaron en una silla y Archer me dijo lo que había que hacer.

—¿Archer lo dijo?

Ella asintió.

—Era el jefe. El y Sid iban a irse. Christine y yo teníamos que esperar en casa, como si estuviéramos durmiendo, hasta que alguien encontrara el cuerpo. Probablemente sería Miko, el jardinero japonés, cuando fuera a trabajar por la mañana. Cuando diera la alarma, llamaríamos a la Policía y después a Sid. No teníamos que recordar nada de lo que había pasado. Yo me había acostado borracha y había dormido toda la noche. Christine había pasado la noche en un sofá en mi habitación. Teníamos que decir que yo tuve la pelea a primera hora de la tarde. Debíamos hacerlo. ¡Los vecinos! Pero después de que Christine y él me llevaron a la cama, no tenía que recordar nada.

Aspiré profundamente el humo del cigarrillo.

—¿Y dio resultado?

—Exactamente como lo habían planeado, no —dijo lentamente —. Cuando llegó el día, yo estaba perfectamente sobria... y en shock. Auténtico shock clínico, Corny. Cuando Mike encontró a Cal y dio la alarma, era evidente para Christine que yo no iba a poder superarlo. Cuando Sid llegó en respuesta a su llamada, tomaron una decisión. No era seguro que yo me presentara así a la Policía. Tenían miedo de que no fuera capaz de resistir el interrogatorio.

Me incliné hacia adelante.

—¿Por eso Christine se presentó por usted aquella mañana?

—Sí. La llevaron a la comisaría, la interrogaron, le tomaron las huellas, la sometieron a prueba como iban a hacer conmigo.

Finalmente le permitieron volver a casa y en mi habitación ella me informó de lo que había pasado. Entonces volvió de nuevo a la ciudad con su propia personalidad y testificó a favor de mi inocencia. Yo había estado durmiendo toda la noche. Ella no se había separado de mi lado. Y resultó…

Así que Sam había acertado, cuando supuso que habían cambiado las huellas. Yo la observaba mientras tomaba algo más de café. Pensaba, poniéndome en su lugar, que lo que se le venía encima era aún más insoportable que lo que ella me había contado. Yo deseaba saber cómo podría hacérselo más fácil.

—No sé si sabré explicarle lo que me pasó durante aquel día interminable, en que Christine se presentó por mí y testificó en mi lugar —dijo finalmente, con una voz tan baja, que era casi imperceptible—. Frío, sudor, miedo, hora tras hora. Y el horror de saber que mi marido estaba muerto y que yo le había matado. Yo no odiaba a Cal. ¡No le odiaba! Discutimos. Nuestro matrimonio fue un fracaso. Pero no fue todo culpa suya. Cal y yo… éramos una pareja romántica en las películas. Las revistas del corazón y los periódicos nos convirtieron en un mito. Supongo que Cal estaba enamorado de mí. En cualquier caso, me deseaba. En el estudio me presionaron para que representara el papel en público. Y, en cierto modo, casi lo hago. Me gustaba Cal. Estaba sola. Necesitaba a alguien con quien compartir mi vida. Creí que podía dar resultado. Pero no fue así. No tuve la fuerza suficiente para realizar mi trabajo y darle a él lo que quería, algo así como estar haciendo el amor todo el día. Me forzaba a hacerlo por la mañana antes del desayuno. Me rasgaba la ropa en las es 234 caleras y me poseía en el descansillo. Yo… yo era virgen cuando me casé con Cal, Corny. Quería amor y compañerismo, pero necesitaba un trato sexual delicado. En lugar de un asalto largo y brutal que empezó en la hora siguiente a la ceremonia. Tenía que enfrentarme a diario al terror. Entonces es cuando hizo aparición la bebida. Cuando yo temblaba y luchaba contra él, Cal sugería que el alcohol «me ablandaría». Estaba desesperada, decidida a intentar cualquier cosa. No toleraba el alcohol. Me sumía en una profunda niebla al tercer o cuarto trago. Desarrollé un deseo de beber. Aquello no era bueno

para Cal. Decía que hacer el amor conmigo estando borracha era hacer el amor con un cadáver.

Sam había utilizado aquella misma frase.

—No le culpo a Cal por esto. Si yo hubiera sido otro tipo de mujer, bueno, todo hubiera podido ser diferente. Empezó a liarse con chicas de la ciudad. Iba a ser un escándalo público. Yo me quejé. El estudio protestó y después… después él empezó a hacerme pagar todo. Empezó teniendo un romance bajo mi mismo techo con la muchacha que era mi doble. No hizo ningún esfuerzo por ocultarlo. «Es muy conveniente, cariño», me dijo. «Puedo imaginarme que eres tú» —Molly suspiró profundamente—. Así era cuando murió.

—¿Estaba liado efectivamente con Christine?

—Sí.

—¡Hay qué ver!

Sonó un ruido seco cuando puso la taza de café en la bandeja situada sobre la mesa.

—Estaba espantada. Estaba en shock. Sid me hizo ver bien claro que le debía mi vida a Christine. Yo había matado a Cal, me lo decían una y otra vez. Tal vez una envidia violenta que existía dentro de mí, sin que yo lo supiera había estallado mientras yo estaba borracha. Por tanto, tenía que hacer lo que me decían, Corny, porque lo peor de todo era el miedo que yo le tenía a la muerte. Lo he tenido desde que era una niña pequeña. Antes de haber padecido ningún problema auténtico solía despertarme por la noche sudando de pánico a causa de algún oscuro sueño relativo a la muerte. Ahora éste era real. Lo tenía a todas las horas del día. Christine, o Sid, o Archer podían hacer que sucediera en cualquier momento que quisieran, si no obedecía a lo que me decían. Durante todo un año viví encerrada en mi casa con Christine —respiró, atragantándose.

»Realmente nunca se lo había contado a nadie antes. Le insinué algo de ello a Sam el día que se casó conmigo, pero no en su totalidad. Nunca vi a Sid Tannenbaum o a Archer. Pero Christine estaba junto a mí a todas las horas del día y de la noche. Me repetía constantemente la amenaza de descubrirme. Dios, cómo me odiaba. Si yo quería dormir, ponía la música a todo volumen. Si quería algo especial para comer, me ponía algo que sabía que yo detestaba.

Pero aquello era un juego de niños. Pretendía ocupar mi puesto. Yo era la esclava y ella la estrella. Recibía hombres en la casa. Se acostaba con ellos y ellos creían que se acostaban con Molly Malone. Me enviaba a hacer las compras, y yo tenía que decir que era Christine.

»Un día que salí a hacer un recado para ella, me encontré con Sam Kenyon. Creyó que yo era Christine. Tomamos café juntos, y me dijo lo profundamente preocupado que estaba por Molly, y que tenía muchos deseos de ayudarla, que Molly no querría verle. Yo no quería que él la viera a ella. Cuando volví a casa me preguntó dónde había estado, a quién había visto, con quién había hablado. Era la rutina. No sé si era cierto, pero siempre me decía que me vigilaban, que si le mentía sería el fin. Así que le hablé de Sam, y descubrí que le divertía la idea de invitarle a que viniera a casa.

»Vino. Ella… ella estaba empezando a echarse a perder rápidamente. Bebía demasiado, comía en exceso, se estaba pervirtiendo rebajándose con los tipos que traía a casa. Aquella tarde estaba como una cuba. Flirteó con Sam de una forma asquerosa. Pude ver que él se quedó extrañado, pero no tenía la menor idea de que no era yo. Pude estar un momento con él cuando se iba e intenté convencerle de que no volviera, de que no podía hacer nada por Molly Malone —su voz se quebró—. Si usted supiera lo desesperadamente que yo necesitaba ayuda y no me atrevía a pedirla.

»Entonces, un par de semanas después, murió el padre de Christine. Tuvo que ir a Bloise para asistir al funeral. Ya se sentía bastante segura de mí y me dejó sola, después de repetirme las amenazas usuales.

»Había estado luchando con mi propio problema del alcohol con bastante éxito. Me encontraba libre de su yugo por unas pocas horas. Tenía una vaga noción de que habría alguna forma de escapar si me ayudaban. La única persona en el mundo que conocía y a la que podía acudir era Sam Kenyon. Yo… yo le llamé. Vino —sus ojos tenían una mirada tan trágica que me conmovieron por un momento—.

¿Le ha contado él el resto?»

—Sí.

—El champán. Una vez que empecé a beber, el terror se adueñó

de mí. Aquello era hacerle algo horrible a Sam. Es un tipo tan bueno y agradable. Al día siguiente me di cuenta de que no había esperanza ninguna. Sabía que me perseguirían.

No me habían dejado nunca ser libre. Y así es como fue. En cuanto llegué a casa, y Sam se fue, Christine, Sid y Archer se echaron sobre mí como un ejército vengativo. Si no quería morir tenía que seguir el juego según estaba establecido. Christine era Molly. Yo era Christine, debía continuar sin volver a ver a Sam. El descubriría el engaño. Lo que me ofrecían era la vida o la muerte. Dios me ayude, me asustaba más morir que seguir viviendo en una prisión. Christine y yo abandonamos la casa sin recoger siquiera nuestras cosas. Dejaron una nota para Sam.

Sid nos envió nuestras pertenencias más tarde, cuando llegamos a Nueva York y nos instalamos aquí en el Worth.

Hizo un gesto con la cabeza de lado a lado.

—Después de aquello todo empezó a estropearse extrañamente. Christine empezó a engordar, a hincharse, y a ponerse desagradable... pero era Molly. A veces concedía entrevistas. Le hacían fotografías por la calle como si ella fuera Molly... y yo Christine. No sé si consigo hacérselo ver con realidad, Corny, pero en cierta extraña manera ella empezó a creérselo el noventa y nueve por ciento de las veces. Por eso, durante cuatro años las cosas han sido así.

»Entonces, Sam volvió a aparecer. Pobre Sam. Yo le vi, actuando como Christine. Recibí instrucciones para convencerle de que su plan no tenía futuro. Ella actuó por mí irrumpiendo en el bar de abajo, borracha y desagradable. Vi en los ojos de Sam cómo se sentía herido al verla. Acababa de contarme su lealtad y su amor por ella, una lealtad y un amor que yo misma necesitaba desesperadamente.

»Luego tuve que pagarlo con el infierno. Echaron a Sam de su película. Por primera vez en cuatro años volví a oír hablar de Archer. Si no hubiera alejado a Sam habría arruinado su carrera. Si volvía a llamar tenía que verle para decirle llanamente que Molly no quería nada con él.

»Sam llamó y quedamos en encontrarnos en el parque. Yo no sabía que era una treta para poder ver a la muchacha que él creía que era Molly, sin que yo estuviera allí. Esperé y esperé en el

parque. Era un día hermoso. Creo que me senté allí pensando en algún otro tiempo cuando no estaba prisionera. Empecé a cantar, bajito, para mí misma. Y entonces, apareció Sam. Al principio intenté convencerle de que estaba equivocado: que yo era Christine; luego le supliqué silencio, después huí. No se dónde fui. Todo lo que recuerdo es un miedo intenso. Si Sam le contaba a alguien lo que había descubierto, Christine, Sid y Archer actuarían. Cuando finalmente reuní el valor para volver aquí, la Policía ya se había hecho cargo del caso, Christine había muerto. Decían que Sam la había matado.»

—¿Ha tenido noticias de Archer o Tannenbaum desde entonces? —le pregunté.

—Sid está en Nueva York. Me llamó anoche.

—¿Y…?

—Me dijo que no existía ninguna prescripción legal del crimen —dijo Molly—. Tengo que seguir actuando como Christine. Se pondrá en contacto conmigo cuando no sea peligroso hablar.

Me levanté, atravesé la habitación y me acerqué a las ventanas. Pensé que era una historia de horror que superaba a todas las otras historias de horror. Podía sentir que me invadía un sentimiento de rabia. Estaba preparado para luchar contra lo que fuera por salvar a aquella muchacha. Iba a hacerles pagar a Archer y a Tannenbaum por aquellos cinco años de tortura inhumana.

De momento me había olvidado de mi cliente.

Volví hacia ella y la encontré mirándome con ansiedad. Sentí una pena inmensa por ella. Estaba exhausta y sospeché que al haberme contado toda la historia, creía que para ella había llegado el fin del mundo. Quería hacerla sentirse segura.

—Hay una extraña omisión en su historia —dije.

—¿Oh?

—Archer y Tannenbaum se tomaron todo ese trabajo para salvarla cuando Cal murió. Si hoy se lo echáramos en cara dirían que lo habían hecho porque usted era una propiedad que suponía muchos millones para ellos. No por amor o por consideración. Usted representaba para ellos dinero futuro en el banco. Pero no me ha mencionado que hicieran ni un solo esfuerzo para que reapareciera

en la pantalla, después de que pasara todo aquel jaleo.

—No hicieron ninguno —dijo.

—¿Ni siquiera hablaron de ello?

—No.

—¿Y eso no le pareció extraño? Se habían arriesgado para salvarla y luego la dejan que se vaya consumiendo. ¿No se le ha ocurrido ni una sola vez en todo este tiempo, Molly, que Christine mentía cochinamente sobre lo que sucedió la noche del asesinato de Cal?

—¿Por qué? —me preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Sólo porque me odiaba?

—¿Por qué iban a correr Archer y Tannenbaum semejante riesgo? —pregunté. Notaba que mi corazón comenzaba a latir porque me parecía que empezaba a verlo todo claro—. Se quedaron sin hacer nada expuestos a un chantaje sin fin por parte de Christine. Tal vez lo hicieran en aras de los millones de dólares que usted valía potencialmente para ellos como artista. Pero, ¿por qué no hicieron ningún esfuerzo para que reapareciera? Tannenbaum podía haber conseguido que la absolvieran con un veredicto de trastorno mental transitorio con gran facilidad. Con el tiempo, un buen agente de relaciones públicas podía haberle recuperado el favor del público. ¿Por qué iban a correr el riesgo de protegerla sin motivo alguno? ¿Por qué siguen involucrados después de cinco años?

Sacudió la cabeza como si ya no pudiera resistir más.

—Le diré lo que creo —continué—. Usted no mató a Cal Gardner. Creo que perdió el conocimiento y la llevaron a acostar y no creo que abandonara aquel lecho en ningún momento hasta que la despertaron después de que se cometiera el crimen.

Se me quedó mirando con ojos asombrados.

—Creo que alguna otra persona mató a Cal y Christine vio quién era. Creo que el asesino era alguien a quien Archer tenía que proteger. Tal vez, él mismo. Usted era su puerta de escape. La convencieron de que era culpable y la han tenido durante todo este tiempo en reserva. Si alguien descubriera un atisbo de la verdad rápidamente la entregarían a las autoridades y eso sería todo. Caso cerrado. Se acabó el cotilleo.

—Pero, ¿por qué? —gritó—. Si querían proteger a otra persona,

¿por qué no cerraron entonces la puerta? ¿Por qué no dejaron que la Policía me detuviera?

—Alguien no querría correr el riesgo —dije—. Alguien no deseaba exponerse a una condena de culpabilidad falsa, mientras no fuera absolutamente necesario. No parece que Christine ni Archer tengan ese tipo de conciencia. Sospecho que sería Sid Tannenbaum el que querría llegar hasta el final. Ahora piense, Molly, piense intensamente. ¿Tenía Archer alguna razón para querer quitar a Cal de en medio?

—¿Qué razón? Cal trabajaba para él, pero Archer nunca se trataba con sus empleados, ni siquiera con las estrellas. Cal también significaba dinero para él. No hubo ninguna pelea, ninguna razón —dudó—. Christine... ella y Cal estaban liados. Tal vez regañaron. Ella pudo...

—¿Por qué iba Archer a protegerla? —le interrumpí—. ¿Por qué iba Tannenbaum a arriesgarse por ello? Era simplemente su doble, su compañera. Para ellos no valía nada como para quitarles el sueño. Pero sabía quién había matado realmente a Cal, y por eso los tenía en sus manos. ¿Quién fue? ¿Archer? Es más que probable. Tannenbaum seguiría un plan para proteger a Archer, que era un cliente valioso. Si no fue Archer, entonces sería alguien a quien tenía que proteger a toda costa, a cualquier precio. ¿Existe una persona así?

—Yo... no lo sé.

Volví a sentarme en el sofá junto a Molly, y tomé sus manos entre las mías.

—Vamos a entendernos mutuamente —dije—. No creo ni por un solo momento que usted matara a Cal. Nada de lo que ha pasado tendría sentido si usted lo hizo, eso lo entiende, ¿verdad? Si usted mató a Cal, podrían haber intentado salvarla... como propiedad. Pero evidentemente esa no era la razón para que la protegieran. Por lo tanto, usted no mató a Cal, pero era para ellos una marioneta perfecta si la Policía descubría la verdadera pista. Usted regañó con él; la estaba tratando escandalosamente, liándose bajo su propio techo con su secretaria, y usted estaba borracha para saber lo que hacía. ¡Marioneta Malone!

De repente se inclinó hacia mí y escondió la cara en mi hombro.

—Oh, Dios mío, Corny, si tuviera razón...

—Tengo razón.

4

Tenía razón. No cabía ninguna sombra de duda en mi mente en cuanto a aquello. Ahora el problema era cuestión de táctica. Molly había estado aguantando durante cinco años. Teníamos que descubrir la forma más eficaz de ahondar en aquello a nuestra manera. Archer y el astuto Tannenbaum habían tenido cinco años para preparar su defensa para este momento. De repente iban a perder algo: su testigo ocular, el perjuro preparado a admitir su perjurio en un apuro. Christine estaba muerta. Pero no me hubiera sorprendido saber que su historia, cuidadosamente transcrita y debidamente testificada, estaba escondida en la caja de seguridad de alguien.

Si ocurría lo peor y arrestaban a Molly y la juzgaban por el asesinato de Cal, basándose en el testamento de Archer, podría conseguir que saliera en libertad, alegando deficiencia mental transitoria, y podría ponerle las cosas muy difíciles a Archer y compañía. Ocultar evidencia en un caso de asesinato no es muy conveniente. Un rápido trabajo de Tannenbaum conseguiría sacarlos pronto con pocos daños. La persona realmente culpable, la que cometió el perjurio estaba muerta. Libraría a Molly, pero el caso Gardner se cerraría y el auténtico asesino, tan enérgicamente protegido y con tanta crueldad por Archer, estaría salvado. Nunca podrían volver a hacer que Christine dijera la verdad.

Me parecía que la decisión sería nuestra mejor baza. Aclararíamos toda la historia antes de que ellos pudieran desarrollar su juego. Revelaríamos la verdad sobre Molly. Los acusaríamos de emplear a Molly para ocultar al asesino real si la sospecha tomara ese camino. Les pondríamos a la defensiva. Se lo íbamos a poner muy difícil.

Lo primero que teníamos que hacer era convencer a aquella muchacha asustada, que tenía junto a mí en el sofá. Si podía encontrar el valor de empezar a luchar podríamos ser capaces de conseguir devolverle todo un mundo.

Puse las manos sobre los hombros de Molly y la separé suavemente de mí. Vi una especie de esperanza en sus ojos, que no había visto antes. No lo pensé entonces, pero repentinamente fui todo lo que había sido Sam Kenyon: Sir Galahad en un caballo blanco, San Jorge y el Dragón.

—¿Confía en mí? —le pregunté.

—Tengo que confiar, ¿verdad Corny?

—Me gustaría sacarla de aquí y que se viniera conmigo —dije—. Quiero esconderla en algún sitio durante algún tiempo, donde nadie pueda encontrarla, ni Archer, ni la Policía. Tengo un apartamento en la calle Treinta y Ocho. Me gustaría llevarla allí y que se quedara hasta que intente organizarme.

—¿Organizarse para hacer qué, Corny?

—Para sacarla de este lío. Para liberarla. Creo que lo que debemos hacer, Molly es salir a la luz con todo el asunto, le haremos a Archer revolverse y luchar al hacerlo tendrá que mostrarnos su mano.

Parecía querer escaparse de mí.

—Corny, harán lo que siempre dijeron que iban a hacer. No puedo soportarte, Corny. ¡Yo no puedo...!

—Escúcheme —dije, y la sacudí—. No puede seguir viviendo de esta manera Se ha venido abajo cuando la he presionado. Se vendrá abajo si cualquier otra persona la presiona. Quiero que tengamos la oportunidad de dar el primer pasa Pero quiero discutirlo primero con m: compañero. El sabe los trucos legales mejor que nadie del negocio. ¿Debemos ir primero a la Policía? ¿Le damos primero la historia a la prensa? Quiero contar con la opinión de Jake.

—¿Y qué hay de Sam?

No había pensado mucho en mi cliente. Me había ocupado tanto de un crimen cometido cinco años atrás que el que teníamos entre manos se había desvanecido de mi mente por el momento. Sam. arrestado en la comisaría de Bellevue, también necesitaba un poco de atención.

—Lo primero que tenemos que hacer es sacarla de aquí y

llevarla donde nadie más pueda hablar con usted, Molly, hasta que decidamos exactamente lo que vamos a hacer. Probablemente habrá periodistas abajo, haciendo guardia para tener una posibilidad de hablar con usted. Todo el mundo va a querer saber cosas sobre Molly. En el papel de Christine es una fuente de primera mano. No quiero que la relacionen conmigo todavía. Así que yo saldré primero. Me encontraré con usted en un taxi en la esquina noroeste de la calle Sesenta y Dos dentro de quince minutos. Llévese un cepillo de dientes en el monedero. No lleve bolsa.

—No sé... —dijo vagamente.

—¡Haga lo que le digo! —dije bruscamente.

No sé lo que se adueñó de mí, pero me agaché y la besé apasionadamente en la boca

—¡Despierte! —dije—. Vamos a tener los dados a nuestro favor para variar.

La dejé sin darle tiempo a mayores dudas. En el vestí bulo escubrí que mi sospecha sobre los reporteros era tristemente cierta. Había unos ocho o diez por allí, esperando a que «Christine» apareciera. Un par de ellos me reconocieron y me vi rodeado antes de poder salir a la calle. Me di cuenta de que me resultaba difícil volver a la realidad. Era el abogado de Sam Kenyon y, por tanto, yo era noticia. Aparentemente Sam Kenyon había asesinado a Molly Malone.

—¿Qué va a alegar su cliente, Ryan?

—¿Tienen algo guardado en la manga Ryan y usted?

No me preocupaba lo que les iba a decir. Quería que se fueran del vestíbulo, para que Molly pudiera salir, sin que la entretuvieran y la interrogaran.

—¿Christine Lewis va a estar en favor o en contra suya, Corny?

—Miren, muchachos —dije—. Necesito un trago. Venid al bar, os invitaré y haré una declaración preliminar.

La invitación ayudó, supongo. Todos se vinieron detrás de mí y se agruparon a mi alrededor en el bar. Nos llevó unos minutos pedir las bebidas. Yo no tenía prisa. Tenía que entretenerles por lo menos otros diez minutos.

Se lo dije bastante claro, pero despacio.

—Creemos que Sam Kenyon es inocente —les dije—. Naturalmente, si llegamos a un juicio alegaremos que no es culpable.

—¿Qué quiere decir «si»? Le cogieron junto a ella con el arma en la mano.

—Le habían dejado sin sentido —dije—. Molly estaba borracha y le golpeó con el Oscar. El médico de la Policía admite que pudo estar hasta una hora sin sentido. Creemos que alguien entró en la suite mientras él estaba inconsciente y mató a Molly, dejándole con un buen golpe en la cara. Tanto la Policía como el personal a mi cargo están tras la pista de esa persona. Cuando le encontremos no habrá ningún juicio para Sam.

—¿Y si no le encuentra?

—Nos preocuparemos de eso cuando suceda. El fiscal del distrito lo va a tener difícil para probar el motivo. Kenyon estaba intentando ayudar a su mujer a volver a la escena. El deseaba verla viva y en buen estado Estaba enamorado de ella. Pueden creer que alguien más entró en aquella habitación y a él le encontraremos más pronto o más tarde.

—Sigue usted diciendo «él», Corny.

—Es una forma de hablar.

—¿Qué hay de la joven Lewis? Según todos los indicios, Molly se las estaba haciendo pasar canutas. Por lo que decían en el hotel, Christine Lewis sufría mucho con ella. Tal vez vería una ocasión para liberarse.

—Por lo que yo sé, la Policía está satisfecha con sus declaraciones —dije—. Era una empleada. Si lo hubiera pasado tan mal, todo lo que tenía que haber hecho era irse.

—Parece ser que alguien perdió la paciencia. Pudo ser la joven Lewis, igual que cualquier otra persona, ¿verdad?

Esta no era la línea que yo estaba deseoso de seguir. Era una parte de la historia de Molly que necesitaba asegurarse. Cuando dejó a Sam en el parque, ella dijo que había echado a correr, y que no recordaba dónde había ido. Tenía que conseguir que lo recordara. Alguien tenía que haberla visto. Necesitábamos comprobar aquella coartada, especialmente cuando fuéramos a decir la verdad. Una vez que la increíble historia del tratamiento que Molly había recibido a manos de Christine saliera a la luz,

tendría un motivo como una casa.

—El capitán Nichols es uno de los investigadores más concienzudos que hay en homicidios. Si él está satisfecho con la historia de la joven Lewis, yo también lo estoy —sentí que mis nervios se tensaban. En el espejo que había sobre la barra del bar pude ver pasajeramente a Molly salir corriendo a través del vestíbulo. Respiré aliviado cuando vi que nadie más se había dado cuenta.

—No hay mucho más que decir, muchachos. Creemos que Kenyon es inocente. Creemos que conseguiremos sacarle. Pensamos que daremos con la persona que entró en la suite mientras él estaba inconsciente.

—¿Pudo haber sido algún empleado ofendido del hotel?

—Podría ser —dije—. Como habrán probablemente supuesto, he estado arriba hablando con la señora Lewis. He tratado de descubrir si Molly tenía algún enemigo privado, o tenía algún problema entre manos.

—¿Lo tenía?

Puse el vaso vacío sobre el mostrador.

—Tengo que tener algún secreto. Por el momento vale con lo que les he dicho, Kenyon es inocente. Vamos a conseguir su libertad.

Salí de allí, lo más naturalmente posible, después de pagar la cuenta. Ya en la avenida apreté el paso para dirigirme hacia la calle Sesenta y Dos. Vi a Molly en la esquina, mirando a su alrededor con miedo. Llevaba puesto lo que Sam había calificado como el uniforme: la trinchera, el sombrero de fieltro y las gafas oscuras. Cuando llegué a ella se me acercó y sus dedos se clavaron en mi brazo.

—Creí…, creí que me había abandonado —dijo. Se estaba riendo, pero había un toque de histeria en aquella risa.

—No voy a abandonarla ahora ni nunca.

Se me ocurrió pensar que más parecía un amante que un detective.

Mi apartamento está en el segundo piso de una casa restaurante de ladrillo oscuro. No hay mucho que decir de ella; tiene un salón

bastante grande con una chimenea y estanterías, un dormitorio pequeño, una cocinita y un baño. El mobiliario está formado a base de cosas sueltas y confortables. Tengo algunos grabados de McClellan en el cuarto de estar y a veces hago algún tipo de broma sobre ellos cuando viene a visitarme alguna dama. Pero este no parecía el momento adecuado.

No sostuvimos ninguna conversación mientras nos dirigíamos hacia la ciudad en el taxi. El conductor estaba allí con nosotros. Ella se sentó a mi lado, agarrándose a mi brazo como si fuera a intentar escaparme. Era difícil imaginar lo que debía sentir después de haber contado finalmente su historia a un extraño, después de pasar cinco años de pánico constante. Supongo que sería alivio. Esperaba que lo fuera.

Cuando estuvimos solos en el apartamento se derrumbó en el sofá sin quitarse el abrigo ni el sombrero. Parecía que le habían abandonado las fuerzas.

Fui a la cocinita y puse a funcionar la cafetera eléctrica. Miré en el frigorífico y vi que tenía algo de carne fría, queso y fruta. Era más de la una y podía apetecerle tomar algo, pero yo no iba a estar allí para compartirlo con ella.

Volví al cuarto de estar. Se había quitado el sombrero y tenía la rubia cabeza recostada en el sofá, y los ojos, tras las gafas, cerrados. Me escuchó sin moverse.

—Voy a dejarla aquí, Molly. Voy a ver a Sam, que estará en un mar de dudas. Quiero consultar con mi compañero cómo vamos a movernos exactamente. Mientras que estoy fuera no quiero que conteste al teléfono ni a la puerta. Cuando vuelva entraré con mi propia llave. Es obvio por qué no quiero que Archer y compañía hablen con usted. Y si la Policía la ha estado observando y la ha seguido hasta aquí, no quiero que le cuente su historia sin estar yo presente y no quiero que cuente ninguna mentira sobre su identidad de ahora en adelante. Así que siéntese y quédese quietecita, ¿vale?

—Está bien —murmuró.

—La cafetera está puesta. En la nevera hay reservas por si tiene hambre. Y una cosa más. Puede que esté fuera bastante rato. Tengo aquí una grabadora. Se la voy a dejar preparada. Cuando le

apetezca, quiero que empiece a contar toda su historia otra vez en la cinta. Puede que haya cosas que ha olvidado decirme. Y lo más importante de todo: quiero que intente recordar exactamente a dónde fue después de dejar a Sam en el parque ayer por la mañana.

—Pero si no me acuerdo, Corny. Estuve simplemente andando por la Avenida Madison, creo.

—Eso ya es algo. Intente recordar. La gente del vecindario la conoce de vista. Me gustaría encontrar a alguien que la hubiera visto. Tenemos que enfrentamos con la realidad. Necesita una coartada.

Las gafas negras se volvieron lentamente hacia mí.

—¿Qué está diciendo, Corny?

—Cuando su historia salga a la luz, le proporcionaré un motivo para desear quitar a Christine de en medio. Quisiera que estuviera preparada cuando surja esta pregunta, si es que surge.

—Pero, Corny, yo...

—Simplemente repase otra vez lentamente en su mente. Recordará algo que sucedía en la calle o vio en algún escaparate. Cuando lo haga, sabremos dónde empezar para buscar uno o dos testigos. Mientras tanto, aquí estará segura. Si algo le molesta o la asusta, llámeme al despacho. Le dejaré el número en un papel junto al teléfono. Si no estoy allí, hable con mi secretaria, la señorita Tompkins. Yo ya se lo advertiré.

Se acercó a mí con las manos extendidas.

—Corny, todo esto es cierto, ¿verdad? ¿Va a ayudarme? ¿Hay alguna esperanza?

—Le vamos a pagar a Archer con la misma moneda —dije—. Cuente con ello.

Hasta que no me subí al taxi, camino del Hospital Bellevue para ver a Sam, no me di cuenta de que en el armario del cuarto de estar tenía media docena de botellas de vino, pero me dije a mí mismo que ella ya había superado aquello.

El policía que había en la puerta de la habitación de Sam, en el hospital, sabía quién era y tenía instrucciones para dejarme pasar a ver a mi cliente. Sam estaba sentado en una silla junto a la ventana completamente vestido. Tenía una tirita nueva y limpia en la frente. Me dijo que la prueba de rayos X había resultado negativa. No tenía otras lesiones aparte de la conmoción. Le habían dicho que le iban a

trasladar a Tombs a última hora del día o a la mañana siguiente.

Le dije lo que deseaba saber.

—Es Molly —dije.

—¿No cabe duda? —me preguntó con voz tensa.

—Sin duda. Supusiste bien en cuanto a las huellas, Christine se presentó por ella en aquel interrogatorio de la Policía de Los Angeles.

Entonces le conté la historia, reduciéndola a lo más esencial. Le dije que estaba en mi casa y que no tenía intención de contarla en público.

—¿Está ella de acuerdo?

—Está agotada, Sam. Puedo convencerla de cualquier cosa. Pero estoy seguro de que es lo correcto.

—Imagínate que Archer se lanza contra ella .

—Tendrá que pensarlo dos veces —dije—. Su testigo principal ha muerto. Incluso aunque tenga una acusación escrita por Christine, todo el asunto tiene el aspecto de una conspiración. No puede llegar muy lejos proclamando que protegió a Molly, porque era para él una propiedad valiosa. Durante cinco años no había hecho nada para sacar provecho de ella. Si nosotros nos movemos primero, se revolverá como un loco. No quiero darle la oportunidad de hacer el primer movimiento, pero en este momento pienso en Molly también como cliente.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Sam.

—En el momento en que la historia salga a la luz, no creo que Alec Burton pueda seguir reteniéndote. Nuestro hermano Archer será el centro de su atención a partir de esto.

Sam respiró profundamente.

—Sácame de aquí, Corny. Quiero ir con ella.

—Espero hacerlo antes de la noche.

Dejé a Sam y tomé un taxi hasta mi oficina. Tenía un montón de mensajes interesantes esperándome. Había llamado Bobo Cass. También habían llamado del despacho de Archer. Jake había enviado a recoger las cintas, seguramente para oírlas durante el descanso matinal del tribunal. No hacía ni cinco minutos que había llamado y le había dicho a Jane Tompkins, mi secretaria, que no

podría encontrarse conmigo hasta la noche. Pero había dejado un recado.

—Me encargó que le dijera que hay que tener licencia para cantar en los cabarets de Nueva York —dijo Jane.

—¿Eso qué quiere decir?

—No lo dijo, señor Ryan. Sólo me dijo que le dijera eso.

¿Qué tenía que ver una licencia para actuar en un cabaret con todo aquello? Era algo que no podía comprender en ese momento.

—¿Ha vuelto al tribunal?

—Á las dos —dijo Jane—. Cree que va a ser una sesión larga, porque el juez quiere presentar el caso al jurado esta noche.

Acababan de dar las dos. Iba a tener que tomar mis propias decisiones.

Me encontraba confuso por la llamada de Archer. Le pedí a Jane que me pusiera con él, y me senté en mi mesa a esperar. Debía estar en vilo tratando de imaginar lo que yo sabía. Pero cuando se puso al teléfono pensé que nunca había oído una voz tan fría e indiferente. Si estaba sudando sería agua fría.

—Gracias por llamarme, señor Ryan —dijo.

—Tenía curiosidad.

—¿Está usted llevando el caso de Sam Kenyon en lugar de Jake Kramer?

—Así es.

—Seguramente usted sabrá cuál ha sido mi relación con Sam Kenyon durante los últimos días.

—Sí, lo sé.

—No creo que él matara a Molly —dijo Archer.

—Ni yo tampoco.

—Quiero ofrecerle mi ayuda.

—¿En qué sentido? —dije, luchando por ocultar mi extrañeza.

—Dinero, si es lo que necesita. Ayuda legal, en caso de que usted y Kramer tengan dudas sobre su liberación.

—No le entiendo.

—Indirectamente me siento responsable por haberle llevado a la situación en que se encuentra. Si no le hubiera presionado, probablemente habría abandonado un loco proyecto.

—Le sorprenderá saber que es usted su amigo —dije.

—Mi querido, señor Ryan, no apostaría ni un duro por Sam

Kenyon —dijo aquella voz fría—, pero es cliente de Boland Cass. Cass va a emplear todo para lanzar un ataque indirecto contra mí. Antes de que empiece a rodar, quiero dejar bien claro que Kenyon es libre para trabajar donde le apetezca, su agente volverá a encargarse de él, y yo haré todo lo posible por ayudarle… si puedo. Quiero que se sepa esto antes de que Cass empiece a disparar sus baterías contra mí.

—¿Está usted protegiendo su propia piel?

—Es la única piel que me ha preocupado siempre, señor Ryan. Voy a hacer una declaración a la prensa en la que digo que voy a respaldar a Kenyon todo lo que pueda. Quiero que esté usted preparado, en caso de que algún astuto reportero quiera comprobarlo.

—Le diré el tipo tan amable, cariñoso y sentimental que es usted —dije.

Por un momento pensé que había colgado.

—¿Tiene alguna pista de quién puede ser el auténtico asesino? —preguntó.

—Eso se lo tendrá que preguntar a la Policía —dije—. Ya le veré.

¡Y lo haría!

Después le conté a Jane Tompkins la conversación. Me escuchó con los ojos desorbitados. Le di instrucciones para que hiciera un breve resumen de todo el asunto y se lo enviara a Jake al juzgado. Entonces llamé a Alec Burton.

—Tengo que verte —le dije.

—Ven aquí —dijo Alec—. ¿Ha confesado tu muchacho?

—No puedo ir —dije—. Quiero verte en mi apartamento. Tengo algo que hará de esto un caso tan sensacional como ninguno que hayas manejado nunca.

—Corny, no me tomes el pelo —dijo con voz cansada—. Puedes crear expectación aquí.

—Hay alguien en mi apartamento a quien quiero que veas y le hables —dije.

—¿Como, por ejemplo?

—Si te lo dijera no me creerías —dije.

—Imagino que siempre habrá una primera vez en que tú me engañes, Corny. Pero puesto que no lo has hecho nunca hasta

ahora… estaré allí dentro de unos cuarenta y cinco minutos.

—¿Ha encontrado Nichols algo? —pregunté.

—Tu teoría sigue siendo una teoría —dijo Alec—. Si me estás tomando el pelo, Corny…

—No.

Más tarde telefoneé a Bobo Cass, que me había llamado.

—Tengo algo que creo puede serle útil —dijo—. No lo he podido quitar de mi imaginación… como abogado de Sam, ya me entiende. Parte de mi trabajo consiste en meterme dentro de otras personas e intentar pensar como ellas piensan. Mi trabajo es vender gente, y tengo que saber lo que van a comprar. Me he preguntado a mí mismo qué es lo que haría si fuera el abogado de Sam, y he intentado descubrir quién pudo entrar en aquella suite mientras Sam estaba inconsciente.

—Exacto —dije—, y esto ya se está haciendo.

—Buen tipo —exclamó Bobo, con una voz un tanto divertida que yo llegaría a conocer muy bien—. Voy a intentar contarle lo que pudo haber pasado allí, Ryan. Molly deja a Sam sin sentido con la estatua. Ella está borracha. ¿Qué hace? ¿Intenta persuadirle? Nadie ha dicho tal cosa. ¿Pide ayuda, por ejemplo, al médico del hotel o al confiado botones que le trae la bebida? Nadie ha dicho tal cosa. Por tanto, supongo que la persona que entró debió hacerlo casi inmediatamente después de que Sam fuera golpeado. ¿Intentó esa persona hacer algo por Sam? Nadie ha dicho tal cosa. Esto hace dudar de que realmente existiera esa persona. Pero conociendo a Sam, sabemos que tuvo que haber alguien.

—A Sam le alegrará saber que confías en él —dije.

—Confío en él, por lo tanto, sé que hubo un visitante mientras él estaba inconsciente. ¿Podría usted describir a esa persona, Ryan?

—¿Describirle?

—¡Oh, no físicamente! —dijo Cass—. Psicológicamente. El motivo tuvo que ser el odio o el miedo, ¿verdad? Un odio violento o un miedo desesperado. ¡Pero frío como el hielo! Porque este asesinato no había sido planeado. Por lo menos no en la forma en que se llevó a cabo. Nuestro individuo entra, y se encuentra a Sam inconsciente en el suelo. Sólo una persona increíblemente fría, con

nervios de acero, se hubiera aprovechado de aquel momento, cogiendo la estatuilla, golpeando con ella a Molly hasta matarla y saliendo tranquilamente, dejando a Sam que respondiera de aquello. Las calles no están llenas de este tipo de gente con esa clase de oportunismo frío y calculador. Si me lo preguntaras, te diría que sólo conozco a una persona semejante: Maclyn Archer.

—Acabo de hablar con él —dije, y le conté a Cass lo que Archer tenía en mente.

Cass tosió.

—¿Ves lo que quiero decir? Cualquier serie de circunstancias puede usarse en su provecho. Pero debes saber todo sobre este tipo, por Sam. Te llamé para decirte que se ha traído la artillería pesada.

—No te entiendo.

—El día antes del crimen las dos personas que estaban más íntimamente comprometidas con el éxito, o fracaso, de Molly Malone, después de Archer, llegaron a la ciudad. Betty Blanding, la periodista de Hollywood, amiga de Archer, llegó ayer en avión junto con Sid Tannenbaum, el abogado de Molly. De Molly y de Archer. Blanding hizo a Molly con su columna. Parece que la acción de Sam ha provocado una reunión de alto nivel, ¿no? Miss Blanding está en Essex House. Tannenbaum está a la vuelta de la esquina, en el New York Athletic Club. ¿Le sirve esto de algo?

—Podría ser —dije—. Podría ser. Sid Tannenbaum, por lo menos, estaba hasta el cabo de la calle de los problemas reales de Molly.

—Mire, Cass, no le he llamado simplemente para devolverle su llamada. Le hubiera llamado de todos modos. Necesito su ayuda.

—Cualquier cosa que yo pueda hacer por Sam...

—No quiero hablar de esto por teléfono —dije—. Puede ayudar a Sam, pero eso es realmente secundario. Estoy a punto de volar la ciudad con una historia increíble. Necesito su habilidad profesional para manejarlo. ¿Puede concederme ahora mismo un par de horas?

—¿Ninguna clave?

—Su oficina está justo a la vuelta de la esquina, ¿verdad? Si viniera aquí, le diría de qué se trata, entonces si no quiere seguir, sólo habrá perdido quince minutos.

—Realmente no puedo perder mucho, ¿verdad? Le veo dentro de diez minutos.

Pasé aquellos diez minutos poniéndome de acuerdo con Fred Twining para que me llamara en el momento que llegara a Hollywood e hiciera una lista de los periodistas que yo conocía y que podían ser citados más tarde para una conferencia de prensa. Sabía que Cass no sería capaz de rechazarme y que él tendría ideas sobre cuál sería la mejor promoción para Molly, una vez que la auténtica verdad se hiciera pública. Los primeros que tendrían la historia serían las personas adecuadas.

Sam me había hablado un poco preparándome sobre cómo era Bobo Cass, pero no adecuadamente. Era como un búho sonriente vestido con un traje de franela gris y una chaqueta Tattersall. Tenía unos ojos tan penetrantes que yo experimentaba la sensación de que estaba leyendo la etiqueta del cuello de mi camisa. Se arrellanó en la silla de cuero verde que había junto a mi mesa y procedió al encendido ritual de un cigarrillo, acompañado de mechero y cajetilla.

—He venido pensando por el camino que tal vez usted no sepa en qué consiste un consejero de relaciones públicas —dijo—. No tenemos ninguna relación con los antiguos agentes de prensa, Ryan. Somos analistas de ventas. Vendemos productos, negocios, personalidades. Me ha relatado una historia increíble. Los camelos no están en mi línea.

—Pero usted sabe cómo manejar los medios de comunicación —dije—. ¿Prensa, radio, televisión, revistas?

—Ese es mi negocio —dijo—. Después de que he decidido lo que voy a vender, lo que el público debe saber acerca de eso, y lo que necesitamos saber sobre la actitud del público hacia nosotros.

—Bueno, agárrese con fuerza —dije—. Quiero venderle a Molly Malone.

Torció el gesto con una mueca.

—¿Discos? ¿Películas antiguas? Para eso no necesita un agente de relaciones públicas, Ryan, va a suceder automáticamente.

—No estoy hablando de discos ni de películas —expliqué—. Estoy hablando de Molly Malone. La muchacha que ayer fue asesinada en el hotel era Christine Lewis, Bobo. Molly está ahora en mi apartamento, esperando para hablar con nosotros y con el ayudante del fiscal del distrito que está encargado del caso.

No se movió ni un sólo músculo de su rostro. Se me quedó

mirando, sin pestañear, a través de sus gafas de sabio.

—Está completamente loco —dijo tranquilamente.

—Quiero que oiga usted la historia de sus labios, no a mí —dije —. ¿Está dispuesto a viajar?

No se movió. Su voz se había endurecido.

—Si es alguna clase de truco para ayudar a Sam, no quiero tomar parte en ello. No creo que Sam matara a Molly, y sólo va a conseguirle el doble de problemas, haciéndole trucos a la Policía. Me ha desilusionado, Ryan.

—No es un truco. Le dije que era increíble. ¿Quiere venir a hablar con ella?

—La identificación fue correcta —dijo—. Las dos muchachas habían dejado de parecerse hacía tiempo. Y está lo de las huellas.

—Hace cinco años no se las podía distinguir —dijo—. Christine se presentó en lugar de Molly al interrogatorio de la Policía de Los Angeles hace cinco años. Tomaron sus huellas como si fueran las de Molly.

—¡Por todas las vacas sagradas! —dijo, y apagó el cigarrillo en el cenicero de mi mesa—. ¿A qué esperamos?

5

En el taxi, de camino a casa le conté a Bobo parte de la historia que sabía que tendría que repetir una y otra vez en los próximos días: cómo Sam se había encontrado con Molly en el parque y se había dado cuenta del tremendo engaño que se había cometido con el público. Yo había seguido la investigación y había conseguido sacarle la verdad a la atemorizada muchacha.

Bobo sólo hizo un comentario:

—Soy como el tipo que vio un elefante por primera vez y dijo: «Semejante animal no existe». Esa muchacha tendrá que convencerme, Corny. Tal vez no sea tan cándido como usted.

—Cuando oiga toda la historia...

—La oiré —dijo—. Tal vez no le suene tan verdadera la segunda.

Al llegar al apartamento, abrí la puerta principal con mi llave y entré. Molly estaba de pie frente al enorme sillón, como si el ruido de la llave la hubiera hecho levantarse.

—Oh, es usted, Corny —dijo.

—Soy el único miembro de este club de la llave particular —repliqué—. Este es Bobo Cass. Le he dicho quién eres porque quiero que nos ayude cuando divulguemos tu historia.

Se quedó en la puerta mirándola.

—¿Le importaría quitarse esas gafas negras? —dijo, sin tener en cuenta la presentación.

Ella se quitó las gafas. Tenía la cara blanca, con aquel anhelante grito de ayuda escrito en él. Vi a Bobo sacudir la cabeza lentamente como si no pudiera creer lo que veía.

—Es difícil de admitir —dijo—. Mi oficina está solamente a unas cuantas manzanas del Worth. La he visto a usted y... y a esa otra muchacha en la calle dos o tres veces a la semana durante los

últimos cuatro años. He visto fotografías. He leído resúmenes de entrevistas. La otra muchacha ha sido Molly durante todo ese tiempo. Aún no puedo tragármelo.

—Mire —dije—. No quiero que Molly tenga que contar su historia dos veces. Alec Burton va a venir en cualquier momento. Pero si la historia no le convence, Bobo, tiene mil maneras de comprobarla. La gente con la que trabaja, amigos íntimos, anécdotas personales, cosas que sólo ella puede saber.

—Tal vez —dijo obstinadamente—. Estas dos muchachas fueron inseparables durante quince años, dentro y fuera de los famosos estudios de Hollywood. Lo que sabía una, lo sabía la otra. ¿Cree que hay algún detalle de la vida de Molly Malone que Christine no conociera?

—Escuche la historia antes de inventarse pretextos —dije.

Se encogió de hombros y avanzó por la habitación. Sonó el timbre, abrí la puerta para dejarle pasar. Parecía sorprendido.

—Hola, señorita Lewis —dijo. Se volvió hacia Bobo—. Usted es Boland Cass, ¿verdad? Le he visto por ahí, pero nunca había hablada con usted —se estrecharon las manos.

—Bien, Corny, ¿cuál es la noticia bomba?

Cerré la puerta y me apoyé en ella.

—Esta no es Christine Lewis, Alec. Es Molly Malone.

Alec la miró a ella, me miró a mí, miró a Bobo.

—Y mi nombre es Cary Grant —dijo—. Por Dios, Corny, ¿qué intentas sacar?

—Amén —oí murmurar a Bobo.

Y así comenzó la larga y trabajosa tarea de contar la historia, empezando por las dudas de Sam y acabando con el increíble relato de la trampa en la que Molly había vivido encerrada durante los últimos cinco años. Había empezado a seguir instrucciones y grabar algunas de ellas, pero Alec no tenía ninguna de ellas.

—Quiero oírtelo contar —dijo—. Quiero verte contarlo.

Ella lo contó con voz incierta, a veces tan baja que costaba trabajo oírla. Bobo no dijo una sola palabra desde el principio hasta el final. Alec sólo la interrumpió unas pocas veces, asegurándose de que no se equivocaba en los períodos de tiempo y otros pequeños detalles. Yo había conectado la grabadora cuando ella empezó a hablar, y .cuando hubo acabado teníamos una relación completa de

toda la declaración.

Cuando finalmente su voz se desvaneció, después de decir cómo había conseguido yo que dijera la verdad, la habitación estaba cargada de tensión. No podría decir lo que cada uno estaba pensando. En cuanto a mí, el haber vuelto a escuchar la historia no me produjo ninguna duda.

Alec rompió el silencio bastante prosaicamente.

—¿Tienes por ahí un trago en algún sitio, Corny?

—En ese armario —dije—. Voy a sacar algo de hielo.

—Lo tomaré solo —dijo Alec. Echó un cubito de hielo en un trago de alcohol. Se lo ofreció a Molly.

—Debe necesitarlo.

—No puedo tocarlo —dijo ella, sin mirarle.

Alec se lo bebió con una ligera sonrisa en los labios. Pensé si habría querido comprobar aquella parte de la historia.

—Está bien —dijo secamente, dejando el vaso en el armario.

—Usted dice que es Margaret Johnson; que empleaba el nombre artístico de Molly Malone. Acepto eso por el momento, señorita Johnson. Pero mi negocio es comprobar las cosas. No me siento inclinado a aceptar gran parte del período de su vida referente a Hollywood. Christine Lewis probablemente conocería cada detalle diario de aquella época. El marido que tenía entonces ha muerto, por lo tanto no hay a quién preguntarle sobre esa intimidad particular. Si su historia es cierta, Archer y Tannenbaum no son testigos fiables. Aunque Dios sabe qué dirán si la historia se hace pública. ¿Dirán que no sabían nada del cambio? El hombre que produjo sus primeras películas y que ha sido su empresario durante los últimos diez años, ¿será capaz de reconocer que ha sido engañado durante los últimos cinco años respecto a quién era cada una?

—Dirá cualquier cosa que le favorezca —dijo Bobo desde el fondo de la habitación.

—¿Usted se lo cree, señor Cass? —preguntó Alec.

—Me lo creo todo —dijo Bobo—. No sé si acepto la clave del asunto. Me creo lo que para usted sería la parte más dura de creer. Maclyn Archer y Tannenbaum son muy capaces de hacer todas las

cosas que esta muchacha dice que han hecho. Estoy dispuesto a aceptar el hecho de que hicieron todo eso a Molly Malone. Pero ¿es esta muchacha Molly Malone? Mientras tanto tengo que pensarlo.

Alec asintió. Los ojos le brillaban con la excitación de un niño con un nuevo rompecabezas.

—Corny se ha tragado su historia, señorita X —dijo secamente —. Porque no podía recordar los nombres de las personas que habían asistido al funeral del padre de Christine Lewis. Si quería convencerle de que usted era Molly, esa hubiera sido una forma más fácil e inteligente, ¿verdad?

—¿Por qué querría yo convencer a Corny de algo que no era cierto? —dijo, como si estuviera sufriendo.

—¿Quién querría ser Molly Malone… o lo que queda de Molly Malone?

—No es una opción saludable —dije.

—Si es que algo de lo que dice acerca de las maquinaciones de Archer es cierto —intervino Alec.

—Ese no es el tema, camarada. Si ella te convence de que es Molly, entonces te pones en contacto con la Policía de Los Angeles y volverá a ser el centro del caso de asesinato de Gardner como principal sospechosa. Acepta toda su historia y verás por qué tenía que correr este riesgo. Tenía que hacerlo para librarse de las amenazas de Archer. Pero si es Christine Lewis, ¿qué posible razón puede haber tenido para correr semejante riesgo? ¿Qué puede ganar Christine pretendiendo ser Molly Malone? Nada más que el riesgo de una acusación de asesinato.

—No es cierto. Tiene mucho más que ganar, y usted lo sabe y yo lo sé —dijo Alec.

—¿Pero qué? —gritó Molly.

—Seamos sensatos —continuó Alec—. Supongan que la Policía de Los Angeles le acusa del asesinato. Supongan que se puede probar el tema del perjurio de Christine Lewis. Se iniciará un proceso. Pero los abogados mucho menos inteligentes que tú y Jake, Corny, casi con seguridad la pondrán en libertad alegando inestabilidad mental temporal. Entonces será libre. El hermano Cass aquí presente, organiza una compasiva campaña de relaciones públicas: «Muchacha arrastrada al alcoholismo y a la violencia por un marido maníaco sexual, que estaba haciendo de ella el

hazmerreír del barrio y que, bajo su propio techo tenía organizada una trampa de terror en la que participaban personas que ella creía que eran sus amigos, torturada y humillada.» Chico, ¡qué historia! No crees que la gente dirá: «Denle a la pobre chica otra oportunidad.» Además hay mucho que ganar, Corny. Doscientos mil dólares por película, discos, y los subsiguientes productos con su marca, como por ejemplo: Muñecas Molly Malone. Yo diría un millón de dólares al año ¿Es suficiente ganancia para ti?

—Pero sólo Molly Malone podría aprovecharse de ello —dije.

—Quince años estudiando para ser como Molly Malone, ¿no sirven para nada?

—Si sabe cantar —dijo Bobo Cass desde su rincón de la habitación—. El parecido no es suficiente, señor Burton. Los gestos, los ademanes, los pequeños trucos de lenguaje, la forma de levantar las cejas, una sonrisa encantadora previamente ensayada..., todo eso no es bastante. Molly Malone era lo que llamamos única en el negocio. Sólo salió una del molde. Sólo una en toda una vida. Imposible de imitar.

—Después de quince años la gente aceptaría un pequeño cambio —dijo Alec.

—No —replicó Bobo—. Si se pudiera imitar a un Jolson, un Morgan, un Sinatra o a una Garland los bosques estarían llenos de ellos. Puedes pedir huellas, recuerdos familiares, amigos de la infancia. Yo sólo quiero oírla cantar y lo sabré. Solamente Molly Malone podía encogerme el estómago con su estilo especial. Ninguna imitación podía hacerlo.

Alec asintió.

—Puede que en el juicio no sirva, pero será una prueba interesante. ¿Le importaría cantar un poco para nosotros, señorita X?

Miré a Molly y creo que nunca había visto a un ser tan próximo al agotamiento total. Sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

—No puedo seguir enfrentándome con esto —murmuró—. Hagan lo que quieran conmigo. Simplemente no puedo más.

En los labios de Bobo apareció una fina sonrisa.

—Yo también creo que debe estar demasiado cansada —dijo.

—Está bien, listo —dije—. ¿Qué necesitas para convencerte de que esta muchacha ha pasado por casi todo lo que uno puede

aguantar durante las últimas veinticuatro horas?

Me volví hacia Alec.

—Te he traído aquí para presentarte los hechos antes de hacerlos públicos. Te dije que no me apoyaría en ti y no lo he hecho. Ahora voy a actuar a mi manera. Voy a darle esta historia a la prensa. Voy a dar los pasos necesarios para poner a Sam Kenyon en libertad. Molly es mi cliente. Desde ahora en adelante estoy defendiendo sus intereses.

Alec me ignoró.

—Señorita X, ¿estaría usted dispuesta a someterse a un detector de mentiras? —preguntó.

—¡Ni hablar! —dije yo.

—A cualquier cosa —murmuró ella—. No importa, a cualquier cosa.

El atardecer iba cayendo en el exterior y la habitación estaba bastante oscura, pero ella cogió las gafas de su regazo y se las puso. Eran como una máscara para ocultar cualquier sentimiento.

—¿Está dispuesta a retractarse y a admitir que todo este asunto ha sido un engaño? —preguntó Alec.

—Haré lo que diga Corny —dijo Molly.

Encendí la lámpara que había junto al teléfono.

—Voy a convocar una conferencia de prensa.

Empecé a marcar el teléfono de mi oficina para poner a la señorita Tompkins en acción.

—Espera —dijo Alec.

Puse el dedo en el interruptor del receptor.

—Tienes una historia perfecta para divulgar, Corny. Esta mujer afirma que es Molly Malone. Tú aceptas su afirmación. Esto agrava el caso contra tu otro cliente. Pero será una declaración mucho mejor si yo te acompaño, ¿verdad?

—Ya sabes que sí —dije.

—Tu posición frente a Archer será dos veces más fuerte.

—Naturalmente.

—Suponiendo que no sea un cuento de hadas —dijo Alec—. Ahora espera un minuto. No pongas el grito en el cielo. Sé algunas cosas acerca de Margaret Johnson que tú no has mencionado. Hemos estado todo el día investigando.

Vi cómo las gafas negras giraban rápidamente en dirección a él.

—Margaret Johnson era huérfana, fue educada en una institución de Brooklyn —dijo Alec, mirándola directamente—. No tenía padres, ni familia. De pequeña tenía cierto talento musical. La enseñó a cantar un cura católico que dirigía el coro del orfanato.

—El padre Monahan —dijo Molly.

Alec dudó.

—¿Es correcto? —le pregunté, con el corazón aún en vilo.

Asintió.

—La contestación es correcta. Pero desgraciadamente, al igual que otras personas importantes en la vida de Margaret Johnson, el padre Monahan ha muerto. Ahora tendría noventa años si aún viviera. Margaret Johnson abandonó aquella institución hace casi veinte años.

—Tenía catorce —dijo Molly.

—Margaret Johnson tenía catorce años —dijo Alec apretando los labios—. Fue llevada a un hogar donde a petición del juez la adoptó un matrimonio llamado Yates.

—Los señores Whitcomb Yates —dijo Molly—. Las dos personas más buenas que he conocido jamás.

—La epidemia de gripe… en el cuarenta y seis —dijo Alec, casi con pena.

—Margaret Johnson tenía dieciséis años.

Los Yates le dejaron un poco de dinero.

Lo suficiente para seguir con la música. Estuvo viviendo aquí en Nueva York en una residencia de mujeres.

—Se llamaba Martha Washington —dijo Molly.

—¿No tiene ya bastante, Alec? —le pregunté secamente.

—Todavía no —dijo—. En el otoño de mil novecientos cuarenta y siete Margaret Johnson se presentó a una prueba para conseguir un empleo en el Gino’s en el Village. Lo obtuvo. Empezó a cantar allí todas las noches. Cantó allí todos los días de diario hasta la primavera del cuarenta y ocho, cuando le ofrecieron un contrato para realizar una película. Gino aún sigue en el negocio, Corny. Gino Fabresi, el propietario, aún sigue vivito y coleando y trabaja activamente en su negocio. Se comportaba como un padre con Molly. Estaba muy orgulloso de ella. Acabo de verle, no hace aún una hora, antes de venir aquí. Quiere «arreglar unos asuntos» para Molly. Dijo que para él era como una hija. Le gustaría que la

enterraran en el mausoleo de los Fabresi. Si no la reclama nadie, le gustaría que todo se llevara a cabo con dignidad... y con amor.

Desde el sofá llegó una especie de carraspeo, Molly se había llevado las manos a la cara.

—Iré con ustedes a ver a Pappa Fabresi —dijo Alec.

—Manda a buscarle —dije.

Alec sacudió la cabeza.

—Además de Pappa Fabresi hay aún tres o cuatro camareros en Gino que estaban allí en tiempos de Molly. Y Mamma Fabresi está en la caja. Hago una sugerencia. Sugiero que nosotros cuatro vayamos a Gino's ahora a cenar. Después de eso, tanto si yo me lo creo como si no, puedes hacer lo que quieras. Te lo digo sinceramente, Corny, creo que te has dejado llevar por nuestra señorita X. Si ella está dispuesta, cosa que dudo, y tú estás dispuesto, creo que puedo demostrarlo.

Antes de que yo pudiera contestar, Molly se había puesto en pie. Parecía haber sacado alguna extraña fuerza no sé de dónde.

—Naturalmente que voy a ir —dijo—. No hay nada que más desee que ver a Pappa Gino. No para probar nada, señor Burton. Sólo para darles las gracias. Por cierto, nadie le llamó nunca Pappa o Mamma Fabresi. Siempre les llamaban Pappa o Mamma Gino.

En la sonrisa de Alec había algo parecido a la admiración.

—Quisiera saber si alguien le ha contado eso —dijo.

No tuve ocasión de hablar con Molly a solas, sin que se dieran cuenta. Le dije directamente que no tenía por qué someterse a eso.

—Yo quiero ir, Corny —dijo.

Nos apretamos los cuatro en el asiento trasero del taxi, a la puerta de mi casa y nos dirigimos a Gino's, que estaba en el Village. Me senté junto a Molly, y de repente su mano estaba en la mía, sus dedos se entrelazaron con los míos, aferrándose a la vida.

—La gente de aquí supondrá que es Christine —dije—. Como todo el mundo. ¿Cómo puedes pretender que sea una prueba justa?

—Será todo lo justa que se pueda —dijo Alec—. Le he dicho a Fabresi que nuestra señorita X asegura que es Molly. Dejemos las cosas como están. No quiero respuestas ambiguas, Corny; quiero la verdad.

Esa fue toda la conversación. El taxi nos llevó hasta la puerta de Gino's, que está justo a la vuelta de la esquina de Sheridan Square. Salimos todos. Dejé que el Estado pagara la carrera del taxi.

No hay nada especialmente elegante en Gino’s. Hay que bajar un par de escalones desde el nivel de la calle para entrar en un bar largo y estrecho. Pasado éste, hay un gran comedor, cuyas mesas rodean un pequeño espacio, en el cual hay un piano. Un joven, con un lunar en su pelo rojo, estaba improvisando suavemente. El lugar estaba bastante concurrido.

En una cabina, junto al guardarropa y frente a la puerta, había una mujer mayor que tenía el pelo teñido de azabache; llevaba dos aros de oro en las orejas y un montón d maquillaje grotescamente distribuido por su rostro. Miró a Molly cuando entró, y me pareció que se estremecía.

Un viejo calvo y regordete con un bizarro bigote negro, también teñido, corrió hacia nosotros. Llevaba una cadena de oro antigua en la delantera de la chaqueta. Su sonrisa era la de un profesional acostumbrado a recibir a sus clientes, pero sus ojos oscuros estaban tristes.

—Ah, el señor Burton —dijo con fuerte acento italiano— y la señorita Lewis —saludó a Molly. A Molly y a mí nos hizo una inclinación de cabeza distraído—. Confío en que hayan venido a concretar todos los arreglos.

—Ya veo que conoce a la señorita Lewis.

—Sí. Había venido aquí… hace dos o tres años, ¿verdad, señorita Lewis?…, con Molly —sacudió la cabeza—. El parecido… es asombroso.

—Quisiéramos cenar —dijo Alec—. Pero antes, ¿tiene algún despacho donde podamos mantener una conversación privada?

—Sí, por aquí.

El despacho, que estaba justamente a nuestra izquierda, era pequeño, tenía un secreter antiguo con cierre de persiana de madera y una caja fuerte muy moderna.

—Confiamos plenamente en que nos hará el honor de ocuparse de Molly, señorita Lewis —dijo Gino, cuando estuvimos todos reunidos en la habitación.

Muy lentamente Molly se levantó y se quitó las gafas oscuras. Miró directamente al anciano, y después sonrió.

—¿Aún sigue escondiendo el dinero en el cajón secreto de ese secreter, Pappa Gino, en lugar de usar la caja fuerte?

Los ojos del viejo se agrandaron.

—¿Le dijo ella eso, señorita Lewis?

—¿Cree, Pappa, que si me lo hubiera dicho otra persona podría encontrar el cajón?

—Cualquiera puede encontrarlo si sabe que existe, supongo —dijo el anciano—. Pero no entiendo...

Molly se acercó al secreter y levantó la tapa. Aparecieron una docena de pequeños cajones. Sin la menor vacilación tiró de uno de ellos, lo sacó y metió la mano en el espacio que quedaba. Se oyó un chasquido y sacó otro cajón con la mano. Estaba lleno de papel moneda.

—La última vez que abrí esto, Pappa —dijo Molly—, fue el día en que me hicieron la prueba en Hollywood. ¿Recuerda que me dijo que podía tomar prestada su pata de conejo? Todavía la tengo, aunque últimamente no me ha traído mucha suerte.

El viejo se recostó en la pared, con la boca abierta.

—Pappa, estoy muy emocionada por lo que me ha dicho Burton, pero como puede ver no es necesario. Ha sido una equivocación, Pappa.

—¡Molly! —murmuró el anciano.

—Nunca me llamaste así cuando trabajaba para ti, Pappa. En aquellos tiempos siempre me llamabas Maggie. Pequeña Maggie Johnson.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas. Se adelantó rápidamente hacia ella y la envolvió en un gran abrazo.

—¡Maggie! ¡Maggie! —dijo llorando—. Dio Buono! Tengo que avisar a Mamma. ¡Tengo que llamar a los muchachos! ¡Oh, qué fiesta vamos a dar! ¡Estás viva, Maggie! ¡Estás sana!

Se volvió hacia nosotros, con una sonrisa triunfante, pero con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Es un milagro, caballeros. ¡Tengo que decírselo a Mamma! ¡Perdónenme!

Volvió tan rápidamente como se había ido, haciendo gestos y gritándole a la gente que había fuera de la habitación. La llamativa anciana y tres de los camareros se abalanzaron dentro de la habitación, empujándonos contra la pared. Hormigueaban

alrededor de Molly, abrazándola, besándola, llorando y riendo.

—¡Pero no nos hemos enterado de la noticia, señor Burton! —gritó Gino—. Mamma tiene siempre puesta la radio en la caja. ¡No han dicho ni una palabra de la equivocación!

—No estaban seguros de que yo decía la verdad, Pappa —dijo Molly.

—¡Maggie mía! ¡Sólo te llamé Christine Lewis porque estaba convencido de que te habían matado! ¡Soy un viejo loco! Lo hubiera sabido, sin que me lo hubieras tenido que demostrar, antes de que hubieran pasado diez segundos más. Si hubiera seis como tú, ¡Maggie!, siempre conocería a la verdadera. ¿Es un secreto?

Ahí fuera hay antiguos clientes, señor Burton, que venían noche tras noche a oír a Maggie en los viejos tiempos. ¿Puedo decirlo? ¡Como están todos tan tristes!

Miré a Alec. Su rostro carecía de expresión alguna.

—Puede dar igual aquí que en cualquier otra parte —dijo.

—Habrá vino y comida como nunca la habrán probado —gritó Gino—. ¡Vengan, vengan, conmigo!

Los camareros y la mujer se apretujaron en torno a Molly, y salieron al salón principal. Antes de que llegáramos a la mesa, Gino estaba fuera en el centro del piso, moviendo los brazos, como si fueran banderas de señales. El joven del piano se sentó relajado en el banco.

—¡Amigos míos…, viejos amigos…, amigos nuevos! —gritó Gino—. Tengo que daros una noticia…, la más extraordinaria noticia. Ayer estábamos todos entristecidos por la noticia de la muerte de Molly Malone, nuestra querida Molly, que solía cantar aquí para nosotros cuando era la pequeña Maggie Johnson. Es un milagro, porque no ha muerto, amigos míos. ¡Fue una terrible confusión y ella está aquí con nosotros! ¡Ven, Maggie, Maggie mía!

Se acercó a nosotros y atrajo a Molly al centro de la habitación. La gente aplaudía, hablando con agudo nerviosismo.

—¡Molly Malone! —gritó alguien detrás de mí—. ¡Molly Malone!

Me volví y vi que era Bobo Cass, con una sonrisa fina y enérgica en los labios. Otras personas se unieron a su grito.

—¡Molly Malone!

Molly hizo un ademán pidiendo silencio. Se quitó el sombrero de fieltro y lo tiró sobre el piano. Movió los dedos rápidamente entre sus rubios cabellos, colocándolos en su sitio.

—¿Cómo puedo negároslo? —dijo.

Los clientes gritaron encantados. Molly se agachó y le dijo algo al pianista. Entonces se apoyó en el piano, mirando más allá de nosotros, por encima de nuestras cabezas. El pelirrojo pulsó una débil nota y entonces empezó:

En la luminosa ciudad de Dublín
las muchachas son tan bellas.
Y allí fue donde por primera vez
a la dulce Molly Malone vi.

La había oído en sus discos, pero nunca la había visto cantarlo. Sam me lo había descrito, pero yo no estaba preparado para ello. Era como arroparse con algo suave y tibio y estremecerse suavemente. Podía notar cómo me clavaba las uñas en la palma de la mano tratando de evitar lanzar un grito de placer. Miré a Bobo. Parecía estar aturdido, como si alguien le hubiera golpeado.

Finalmente llegó la última estrofa.

Murió de unas fiebres
Es cierto nadie pudo salvarla
Y aquel fue el final
De la dulce Molly Malone.
Ahora su fantasma lleva un cesto
Por las calles anchas y estrechas
Ofreciendo almejas y mejillones
Vivos, vivos, ¡Oh!
Vivos, vivos, ¡Oh! ¡Oh!
Vivos, vivos, ¡Oh! ¡Oh!
Voceando almejas y mejillones.
Vivos, vivos, ¡Oh!

Cuando terminó fue como una estampida. Toda la sala estaba en pie, apiñados en torno al pequeño espacio donde estaba actuando,

tratando de llegar a ella. Notaba que el sudor corría por dentro de mi camisa. Alguien me tocó el brazo y me volví.

—Lo siento, Corny —dijo Bobo.

—¿Lo crees? —le pregunté sonriendo.

—Lo creo —dijo.

Las dos horas siguientes fueron de auténtica locura. Bobo llevó a cabo gran parte del trabajo por mí. Después de consultar brevemente con Alec acordamos que debíamos dar un comunicado abreviado. Diríamos simplemente que la Policía se había equivocado en la identificación de la muchacha asesinada en el Worth. Molly Malone estaba viva. Fue su doble, Christine Lewis, quien había muerto. Eso sería suficiente hasta que decidiéramos cómo manejar toda la historia.

Bobo estuvo de acuerdo en difundir la noticia por nosotros. Había que mantener a Molly alejada de la prensa, hasta las doce del día siguiente, en que mantendríamos una rueda de prensa en uno de los comedores privados del Worth.

No fue posible comer en Gino’s, pero tampoco fue posible salir de allí. Alec salió para hacer una consulta al capitán Nichols. Bobo se encerró en el despacho de Pappa Gino, para divulgar la historia por teléfono. No pude hablar con Molly con todos los clientes rodeándonos, pero por debajo de la mesa su mano estuvo de nuevo en la mía. Una vez consiguió susurrarme:

—¿Te das cuenta que es la primera vez que hago algo en público después de cinco años?

—Fue fabuloso —dije.

Era como una persona diferente, con los ojos brillantes, complacida.

Antes de que intentáramos hacer un esfuerzo para salir de Gino’s, recibí una llamada de Alec que contesté desde una cabina que había cerca del guardarropa.

—Mientras Nichols se recupera de la impresión —dijo Alec con su voz pausada— creo que voy a decirte que he decidido soltar a Sam Kenyon. Todavía hay un montón de preguntas a las que tiene que contestar, Corny, pero le voy a dejar bajo tu custodia. ¿Todavía lo estáis celebrando?

—Estamos intentando salir de aquí.
—Deberías oír a los muchachos de la radio y de la televisión. Ha sido la noticia más importante desde lo de Hiroshima. No la lleves de nuevo al Worth, la avasallarían.
—¿Adónde te parece que la lleve?
—Aún no han relacionado tu nombre con esta historia. ¿Por qué no la sigues teniendo en tu casa..., si crees que puedes?
Cuando salimos finalmente de Gino's y volvimos al apartamento, no resultó precisamente una balsa de aceite. Mi contestador automático me informó de que Fred Twining esperaba mi llamada en Hollywood. Betty Blanding, la periodista de Hollywood, me había llamado y esperaba que fuera tan amable que la llamara a Essex House; me imaginé que esto podía ser una treta de Archer. Sam Kenyon había llamado. Estaba en su apartamento. Jake también telefoneó.
Molly acusaba la tensión que había soportado todo el día y se le cerraban los ojos. Le proporcioné un pijama y le preparé la cama en mi habitación. El sofá del cuarto de estar sería para mí si en algún momento tenía la oportunidad de descansar. Estuvimos oyendo la radio uno o dos minutos. Cada diez minutos suspendían la emisión para dar las noticias. Molly Malone estaba viva. ¡Habían confundido a Christine Lewis con ella!
—No puedo resistir ni un minuto más, Corny —dijo Molly. Parecía una cría con mi pijama puesto—. Gracias por todo. Estar vivo es de repente algo más maravilloso que nunca.
Se puso de puntillas y me besó en las mejillas.
Cuando se acostó me preparé una copa. Después llamé a Jake. Tenía la voz somnolienta hasta que oyó mi voz.
—Has tenido un día muy atareado, hombrecillo —dijo.
—Me alegro de que hayas llamado. ¿Has oído las noticias?
—Las he oído.
—Increíble, ¿verdad? Y no has oído ni la mitad. Es una de las historias más condenadas que he oído.
—Me lo puedo imaginar —dijo Jake—. ¿Has recibo mi mensaje?
—¿Qué mensaje?
—He dejado un mensaje para ti en el despacho.
—¿Una broma sobre una licencia para actuar en un cabaret?
—Sí, Cornelius, una broma sobre una licencia para actuar en un

cabaret.

—No tenía sentido —dije.

—Ya sé que no lo tenía. ¿Dónde está ahora la muchacha?

—Aquí, en mi apartamento, durmiendo. Hemos concertado una conferencia de prensa para mañana a mediodía. Queremos mantenerla oculta hasta entonces. Necesito hablar contigo antes de eso, Jake. Ha sido víctima de la conspiración más viciosa y elaborada que hayas podido encontrarte nunca. Quiero tu consejo para ver hasta dónde vamos a decir. Tengo aquí una cinta con toda la historia.

—Calla, Cornelius —dijo Jake—. Existe una ley en esta ciudad que fue dictada hace mucho tiempo para ayudar a luchar contra el tráfico de drogas. Los clubs nocturnos eran un nido de traficantes y camorristas de todo tipo. Así que aprobaron una ley diciendo que todo el que trabajara en un club nocturno o en un cabaret, desde un camarero hasta la estrella del espectáculo, debía tener una licencia.

—¿Y entonces?

—Y cuando oí tus primeras cintas y me di cuenta de que tenías en mente algunas dudas sobre la identidad de la muchacha te dejé un mensaje para recordarte el proceso de las licencias. Tu idea de que Christine Lewis declaró por Molly en el interrogatorio de Gardner era ingeniosa, pero creo que debes probarlo.

—Ya lo hemos hecho. Ya no hay más dudas, Jake.

—Debía de haberlas —dijo Jake.

—Se ha comprobado todo al cien por cien —dije.

—Está bien, Cornelius. Sólo te pido que escuches a un viejo chiflado, ¿lo harás? Tuvieron que tomar las huellas dactilares de Margaret Johnson hace quince años, cuando cantaba en Gino’s en el Village. Creo que merecería la pena comprobarlo. Supe lo ocupado que estabas con unas cosas y con otras. Así que cuando levantaron la sesión lo comprobé por ti. Encontré la licencia antigua y comparé las huellas con las de la muchacha muerta y las que fueron enviadas por la Policía de Los Angeles.

—Y descubriste que Christine Lewis se presentó por Molly en aquel interrogatorio de Los Angeles —dije.

—De ninguna manera —dijo Jake con su voz inmutable—. Las huellas dactilares de la licencia de Margaret Johnson son idénticas a las huellas de la mujer muerta y a las huellas tomadas por la Policía

de Los Angeles. No hay absolutamente ninguna duda, Cornelius.

Me sentí confundido. Me senté en el borde del sofá, con la boca tan seca como un trapo.

—Repite eso, Jake.

—La muchacha que está en tu apartamento es Christine Lewis —dijo Jake pacientemente—. La muchacha asesinada es Margaret Johnson, o Molly Malone. Indudablemente Molly Malone, Cornelius.

No podía hablar. No podía emitir ni un solo sonido.

—Parece que te han engañado, muchacho —dijo Jake.

TERCERA PARTE

1

Sentí como si el suelo se hubiera abierto bajo mis pies y yo cayera a través del espacio… hacia abajo, hacia abajo. No podía ser posible que todo lo que habíamos pasado con aquella muchacha que estaba en la habitación de al lado durante las últimas catorce horas fuera un fraude. Toda la historia compleja y disparatada que todos habíamos aceptado, después de estudiar sus aspectos y consecuencias en todas las direcciones, era un engaño. La pequeña comprobación que había hecho Jake había puesto patas arriba todo el asunto en nuestras narices. Esta muchacha que dormía plácidamente en mi cama, que había demostrado completamente ser Molly Malone, era Christine Lewis.

Mi teléfono empezó a sonar. No sonaba en el dormitorio porque yo había desenchufado el aparato de allí. Cuando cogí el teléfono me pesaba la mano como si hubiera atada una pesa.

—¿Sí? —mi voz sonó como si saliera del fondo de un barril.

—¿Señor Ryan? —era una voz de mujer, agradablemente severa.

—Sí.

—¿Es usted el señor Cornelius Ryan, el abogado?

—Sí, menudo abogado —dije amargamente—. ¿Quién es usted?

—No me conoce, señor Ryan, pero tal vez habrá oído hablar de mí. Soy Betty Blanding. Escribo una columna en un periódico de Hollywood. Sé que no lleva mucho tiempo durmiendo, porque he estado llamándole cada media hora desde las doce de la noche.

—No soy tan encantador.

Su risa era relajada y amable.

—Me gustaría comprobarlo. Acaba usted de poner una bomba que ha hecho que mi mundo se tambAlec, señor Ryan.

—Estoy lleno de bombas. Las voy lanzando poco a poco.

—La última que ha tirado es la que más me interesa por el momento. Seguramente sabrá que durante muchos años he sido amiga íntima de Molly. La ayudé a hacerse la estrella que llegó a ser.

—Me parece muy bien —dije.

Noté que su voz adquiría un tono más áspero.

—Sé lo cansado que debe estar, señor Ryan. Pero creo que tengo cierto interés en Molly como si de una propiedad se tratara. Naturalmente, me gustaría verla, como amiga. Pero, con toda franqueza, me gustaría mucho más verla como periodista.

—Mañana a mediodía habrá una conferencia de prensa —dije.

Menuda conferencia de prensa iba a ser.

—No quiero esperar hasta entonces, señor Ryan. He tenido una visión interna de toda la carrera de Molly. No quiero que se me mezcle con el resto de la prensa. ¿Dónde está Molly?

Podía haberla dejado fría y mandarla de Vuelta a su casa, si le hubiera dicho que estaba en el depósito de cadáveres de la ciudad.

—¿La conocía íntimamente?

—No hizo un solo movimiento durante diez años sin consultarme —dijo la señorita Blanding—. Fui amiga íntima de la familia mientras estuvo casada con Cal Gardner. Es difícil creer que nos ha tenido a todos engañados durante los últimos cinco años.

—Sí, ¿verdad?

—Quiero verla, señor Ryan.

—¿Por qué no? —dije. Aquella bruja equívoca de la habitación de al lado merecía que le devolviera la pelota.

—¿Cuándo?

—Bueno, usted parece estar despierta —dije.

—¿Dónde? —preguntó animadamente.

Le di las señas de mi apartamento.

—No le prometo una reunión privada, ni le prometo que sea una reunión agradable…, pero venga si quiere.

—Dentro de media hora estoy ahí —dijo—, y gracias.

—No hay de qué, y le aconsejo que se traiga su traje de buzo.

Apreté el interruptor con el dedo y cuando obtuve el tono

marqué el número de Sam. Lo cogió después de sonar tan sólo una llamada.

—Corny al aparato —dije.

—Estaba esperando tu llamada —dijo—. ¿Cómo está ella?

—¡Oh, estupendamente! Te he llamado para decirte si quieres venir a verla.

—¿No me digas?

—¿Sam?

—¿Sí?

—Es una farsa, Sam, es una fanática farsante —dije y colgué.

Jake me había convencido. Estaba loco de angustia por haberme dejado engañar de aquel modo. Pero, en cierto modo, albergaba en mi mente un insistente, y supongo que romántico, convencimiento de que tenía que haber otra explicación de la que Jake me había dado. Yo era como Bobo Cass. Lo que nos daría la prueba definitiva era oírla cantar. Yo la había oído. Bobo y un centenar de personas más la habían oído. Solamente Molly podía provocar aquella especie de magia, pero Molly Malone yacía en una losa en el depósito. Betty Blanding podía descubrir la farsa, si es que alguien podía hacerlo.

En cierto modo quería obtener sus respuestas antes de llamar a Alec y decirle que nos habían tomado el pelo. Supongo que tal vez simplemente no quería equivocarme después de todo el número que había montado. Pero cualquiera que fuese la verdad, mi amiguita de la habitación de al lado me había mentido como una cosaca. En primer lugar me había mentido a sabiendas en el asunto de las huellas dactilares. Toda su actuación de un rato antes en Gino's había sido una mentira. Nunca había sido «la pequeña Maggie Johnson». ¿Qué más? ¿Toda la historia del horrible tratamiento que había recibido a manos de Archer y Tannenbaum era una invención, o, en el mejor de los casos, era el relato de algo que le había sucedido a otra persona? ¿Estaba la asesina de Molly Malone durmiendo en mi cama? ¿Era por eso, por lo que no tenía coartada para justificar el tiempo que pasó después de que Sam la dejara en el parque? ¿Tenía razón Alec, y todo esto era un atrevido plan para capitalizar sobre sí misma la reputación de Molly: un millón de

dólares al año? Porque esta pequeñaja podía salirse con la suya; yo la había oído cantar. Molly Malone podía haber sido lo que Bobo llamaba «auténtica», pero esta muchacha podía imitarla. No, esa palabra era incorrecta, porque no era un fraude o una imitación. Era un duplicado, un duplicado exacto. El sonido estaba duplicado; la magia duplicada también.

Me levanté de la silla y entré en el dormitorio. Encendí las luces de la pared. Estaba encogida como una pelota, con el pelo rubio flotando alrededor de la cara, por la almohada. Cuando le hablé no contestó. Me acerqué y le puse la mano en el hombro. Estaba caliente, como una criatura dormida.

La sacudí violentamente. Volvió la cabeza abriendo mucho los ojos asustada. Entonces se sentó. Vestida con aquel pijama parecía pequeña e indefensa. Indefensa como una araña, pensé.

—¿Qué pasa, Corny?

—Levántate —dije.

—Pero, ¿qué hay de malo, Corny?

—Tú eres lo malo —dije—. Toda tu historia es un fraude. ¡Toda tu representación ha sido una farsa! ¡Levántate!

Pareció hundirse dentro de la chaqueta azul del pijama. Se quedó mirándome, humedeciéndose los labios. Me acerqué al armario para sacar mi bata.

—Vamos a tener visita —dije—. Una de ellas es una querida y antigua amiga tuya, señorita X. ¡Betty Blanding!

—¿Betty va a venir aquí?

—Está de camino. Dice que tiene los derechos de propiedad de tu historia. ¿De qué historia, querida? ¿De la que me has contado a mí, o de la verdadera?

Le ofrecí la bata. Se puso de pie, insegura, moviéndose como una sonámbula.

—Corny, ¿qué te ha pasado? —murmuró—. ¿Por qué estás tan enfadado?

—Me acabo de despertar —dije. Me volví de espaldas a ella y me fui al salón.

Vino detrás de mí. Allí, con la luz más fuerte, tenía la cara blanca como la tiza. Sus labios sin pintar estaban temblando.

—Yo, yo no entiendo, Corny.

—¿Quieres decir que no entiendes dónde te has equivocado? —

estaba descargando mi enfado en ella, sólo podía increparla con palabras.

—Dime, pequeña Maggie Johnson, ¿qué tuviste que hacer cuando fuiste a trabajar para Gino hace quince años?

—¿Hacer?

—¿Qué tuviste que hacer para obtener el empleo?

—¿Por qué? ¿por qué? Tuve que hacer una prueba para Pappa Gino. Me contrató. Corny, por favor, dime que...

—Después de que te contrató, ¿qué tuviste que hacer?

—Corny, no te entiendo —tenía la voz alterada—. Me dio una paga por adelantado para que me comprara ropa. Tuve..., tuve que ensayar con el pianista y con la orquesta. ¿Qué intentas hacerme decir, Corny? Por favor, por Dios, ¡no me grites! Dime qué es lo que quieres saber.

—Tuviste que sacar un permiso para actuar en un cabaret.

—Supongo que lo haría —dijo atolondrada.

—¡Tuvieron que tomarte las huellas dactilares!

—Supongo que sí, Corny. Simplemente no me acuerdo. Hace mucho tiempo.

—Te acordabas de todo lo demás que pasó hace mucho tiempo, ¡querida! Ese permiso, esas huellas dactilares, están archivadas. Mi compañero ha hecho un pequeño trabajo de investigación sobre esto, las comprobó con las que la Policía ha tomado en este caso. Sabes demasiado bien lo que han demostrado.

Se llevó lentamente las manos a la boca, tenía los ojos redondos como platos.

—Demostraron que la muchacha muerta es Margaret Johnson —dije—. Demostraron que le tomaron las huellas a Margaret Johnson en Los Angeles. Demostraron que eres una mentirosa, Christine. Ahora querida, inocente y pequeña seductora..., vas a tener que explicarte.

Se dejó caer en el sofá, sin dejar de mirarme. Entonces levantó los ojos al techo y luego los bajó.

No estaba actuando. Estaba a punto de desmayarse.

No entiendo mucho de mujeres que se desmayan.

Recuerdo haber oído algo sobre poner la cabeza más baja que los pies. Le coloqué una almohada debajo de los hombros, para que pudiera dejar la cabeza colgando. Fui a la cocina y mojé un paño en

agua fría. Le lavé la cara con ella y se la puse en las muñecas. Finalmente abrió los ojos y pude notar cómo se tensaban los músculos de su cuerpo. Le pasé las manos por debajo de los brazos y la hice girar sobre el sofá. Pensé en darle un trago de coñac, y entonces recordé sus problemas. ¿Eran acaso los suyos de verdad?

—Lo siento por haberte lanzado un golpe directo, pero debías haber sabido que antes o después sucedería —dije—. ¿Realmente pensabas que te ibas a poder salir con la tuya?

Nunca había visto un terror semejante en unos ojos humanos.

—Lo siento muchísimo —dijo en voz baja—. Pero me parece que no recuerdo qué estoy haciendo aquí.

—¡Oh, vamos!

Miró hacia abajo, extrañada, al pijama y a la bata.

—Asusta un poco no saber cómo he llegado aquí o quién es usted —dijo—. Yo he…, ¿he estado bebiendo?

—Esto ya es demasiado. Supongo que no recuerdas quién eres.

—Soy Molly Malone —dijo.

Estuve a punto de darle un tortazo. Algo detuvo mi impulso. Una vez vi a una cliente nuestra caer en shock, en mitad de un interrogatorio. La mente tiene sus técnicas para soportar lo intolerable. Una de ellas es una especie de amnesia temporal. Todo el asunto era demasiado complicado para mí, para desempeñar un papel de joven doctor Ryan. Fui al teléfono y llamé a Julián Curtís.

Estaba adormilado, pero se mostró amable.

—Realmente ha conseguido salir en los titulares, señor Ryan —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—La muchacha está en mi apartamento. Se ha desmayado hace unos minutos. Cuando ha vuelto en sí parece no acordarse de dónde estaba, o de quién era yo. Necesito su opinión profesional y su ayuda y lo necesito rápidamente.

—¿Opinión?

—Puede estar fingiendo —dije.

—Manténgala tranquila —dijo Curtís—. No la agobie. Si no está fingiendo puede empeorar las cosas hasta tal punto que se haga irrecuperable. Dele un buen trago de alcohol.

—Puede ser una alcohólica.

—Déselo de todas formas. Llegaré tan pronto como pueda.

Volví al sofá y la miré. Le temblaban los labios. Era lamentable

ver el pánico que tenía.

—¿Quién es el doctor Curtís? —preguntó.

—El médico de Molly Malone —dije.

—¡Pero si yo soy Molly Malone!

—¡Ya, seguro!

Fui hacia el armario y llené una copa de coñac. Se la llevé a ella. Retiró la copa.

—Tenía razón, sabe —dijo—. Soy una alcohólica. No puedo tomar nada de eso. Por favor, sería muy amable por su parte si me dijera qué hago aquí y quién es usted.

—Soy un amigo —me oí decir a mí mismo—. Estaba pasando la noche aquí en mi apartamento. Ha sufrido un fuerte shock. Todo se va a aclarar inmediatamente.

«Si te ríes de mí —pensé—, te voy a partir esos hermosos dientes blancos y voy a hacer que te los tragues.»

No se rió. Echó la cabeza hacia atrás sobre el sofá y cerró los ojos.

2

La media hora siguiente está borrosa en mi memoria. Ella estaba sentada allí en el sofá inmóvil, con los ojos cerrados. Sam fue el primero en llegar. Salí a recibirlo al vestíbulo y le puse al día. Pareció tan extrañado como yo.

—Entonces ha simulado un vacío completo.

—Tal vez —dije—. Tal vez es la moderna Sarah Bernhardt. Inténtalo tú mismo.

Entró en la habitación y fue hacia el sofá. Se sentó a su lado y le tomó las manos entre las suyas. Abrió los ojos y se volvió para mirarle.

—¿Es usted el doctor Curtis? —preguntó.

—Soy Sam —dijo—. Sam Kenyon.

Dos enormes lágrimas le cayeron por las blancas mejillas.

—Estoy tan confundida, señor Kenyon. Si es que le conozco…

—He sido muy buen amigo tuyo durante mucho tiempo.

—Me parece que necesito amigos con urgencia —dijo. Volvió la cabeza y cerró de nuevo los ojos.

Sam vino hasta el rincón de la habitación donde yo estaba de pie.

—No está fingiendo —dijo llanamente—. No ha hecho ni un gesto de reconocimiento.

—Estaba preparada para verte. Nos oyó hablar ahí fuera.

—Vamos, Corny, acaba ya; quien quiera que sea está en shock.

—Tal vez se le han acabado las mentiras —dije.

Llamaron a la puerta y esta vez era Betty Blanding. Salí a recibirla al descansillo. Supongo que tendría unos cuarenta y tantos años. No era hermosa en el sentido clásico de la belleza, pero era de esas personas que uno se vuelve a mirar en la calle por unas cuantas

razones. Era la mujer de aspecto más caro que he visto. De algún modo se sabía que todo lo que llevaba, desde el sombrero hasta los zapatos de cocodrilo, eran de lo más caro. Llevaba pendientes y un anillo pequeño de jade en el dedo meñique de la mano izquierda. Parecían el regalo de un marajá. Eran las dos de la mañana, pero estaba tan bien arreglada con el toque típico de una experta. Su pelo, negro y brillante como el ala de un cuervo, había sido peinado elegantemente por un maestro en el oficio. Tenía una forma de andar orgullosa; movía la cabeza con un porte regio auténtico, no como cuando se dice que parecía una reina. Pero, por lo que más haría volverse en la calle, era porque era demasiado femenina, demasiado mujer. Usaba todo tipo de artificios femeninos para sugerir sexualidad. Producir ese efecto es parte del negocio de Hollywood. En la producción de Betty Blanding, a pesar de todo su barniz, de la hábil decoración, su sexo era algo eléctrico que emanaba de su interior. Eso es algo que tiene una mujer entre mil. Subió las escaleras. Su sonrisa luminosa era como un desafío que decía «Puedes tenerme si te diriges a mí correctamente, pero ha de ser de una forma muy especial.»

Esta era la mujer de Maclyn Archer. Podía comprender, por lo que sabía de él, cómo debió verse obligado a afrontar aquel desafío. El haber conseguido a aquella mujer debió haberle dado un valor enorme a su ego hambriento.

—Es usted un encanto, señor Ryan —dijo con voz cálida y severa. Su apretón de manos era firme, pero no masculino.

—He conseguido que venga basándome en falsas promesas —dije—. Por lo tanto tal vez no sea tan encanto.

Aquellos ojos brillantes se tornaron repentinamente sombríos, precavidos. Era evidente que lo que la había llevado hasta allí, a aquellas horas de la mañana, no era su amistad por Molly o su celo como periodista…, ni si había un solo ápice de verdad en la terrible historia de conspiración que nos habíamos estado tragando todo el día. Estaba allí por Archer, para enterarse del terreno que pisaban.

—Déjeme que se lo explique de esta manera, señorita Blanding —dije—. Tenemos ciertas razones para dudar de la historia que hemos hecho pública hace unas horas. Me he enfrentado con la muchacha que tenemos aquí, exponiéndole nuestras dudas y ha caído en una especie de shock. Es una amnesia temporal excepto

por una cosa. Sigue diciendo «Soy Molly Malone». ¿Hay alguna forma de que usted pueda decirnos si es Molly o Christine Lewis, si no puede o no quiere hablar con usted?

—No hay problemas en cuanto a distinguirla.

—¿Cómo?

—No la he vuelto a ver, por así decirlo, desde la muerte de Cal Gardner —dijo con una voz terriblemente fría—. Se puede cambiar de muchas formas durante cinco años, pero no se puede variar el color de los ojos, señor Ryan. Había una diferencia entre las dos muchachas muy clara: Christine Lewis tenía los ojos gris-verdosos, y los de Molly son azul-claro.

Noté que el pulso de mis sienes empezaban a latir.

—¿Está segura de quién es quién?

—Claro que estoy segura. Solíamos bromear por ese tema. Christine, la de ojos verdes como los celos. En cualquier caso es una cuestión de archivo. Casi todas las películas de Molly eran en technicolor. Sólo con ver una de esas películas antiguas podrá comprobarlo.

—¿Quiere entrar y echar un vistazo?

—Naturalmente.

Me retiré para que entrara en la habitación. Vi un destello instantáneo de reconocimiento cuando observó a Sam, de pie de espaldas a la chimenea.

—Hola, Sam Kenyon —dijo.

—Señorita Blanding —replicó él, haciendo una pequeña inclinación.

—Me alegro de ver que le han soltado. Ya sabe lo que Maclyn siente todo lo que le ha pasado. Puede contar con su ayuda. Puede ser un enemigo duro, pero también sabe ser un buen amigo.

Sam no dijo nada. Tal vez aquello no le impresionó.

Betty Blanding rodeó el sofá y se quedó frente a la muchacha.

—Hola —dijo.

Abrió los ojos, y su patética boca tembló.

—Querida, sabes quién soy, ¿verdad? —dijo Betty Blanding.

—Lo siento muchísimo —dijo la muchacha—. Al parecer me ha sucedido algo. Es como una niebla. Creo que la conozco, pero...

La señorita Blanding me miró por encima de la muchacha.

—Esta muchacha está enferma. ¿Cuándo va a venir el médico?

—Está de camino —dije—. ¿No tiene dudas?

—Ni la más mínima —replicó la Blanding con la voz fría y crispada.

Desde luego no había duda sobre el color de los ojos de la muchacha. Eran azules como los huevos de un petirrojo.

Era como batear la bola contra un magnífico lanzador. Llegaba hasta ti como una enorme sandía y entonces, cuando ibas a agacharte a cogerla volvía a escaparse. Era ella, no lo era, sí lo era.

El doctor Curtís llegó antes de que yo saliera de mi propio y estupefacto asombro. Había dormido solamente tres de las últimas veintidós horas. Era incapaz de tomar ningún tipo de decisión importante. Me sentía como un disco rayado cuando le hice una relación de los hechos principales de la historia. Después se dirigió con la muchacha a la habitación, pidiéndole a Betty Blanding que entrara con ellos. Parecía reacio a quedarse solo con la muchacha mientras la examinaba. Cuando salieron, miré a Sam.

—Es Molly —dijo—. No puedo explicar el asunto de las huellas, pero es Molly.

—Desde luego los ojos los tiene azules —dije. Me acerqué al teléfono y llamé a Jake.

—¿Cómo lo ha tomado? —preguntó.

—Ha sufrido un shock, pero han vuelto a identificarla posteriormente como Molly —le hablé de lo de la señorita Blanding.

Se quedó silencioso durante un rato.

—Creo que debes dejar el asunto en manos de Alec Burton y que él lo resuelva —dijo—. Así que duerme un poco. Después concéntrate en nuestro cliente. Todavía no se ha aclarado su caso. Cada vez que esto cambia, su posición también varía. Dejemos que los demás se preocupen de los asuntos de la muchacha. Quienquiera que sea, te ha mentido. No me importa de qué color tenga los ojos, Cornelius, no es Margaret Johnson.

—Iba a llamar a Fred Twining a Hollywood —dije—. Puede comprobar lo del color de los ojos en unas horas.

—Así que si la señorita Blanding te mintió, estás otra vez metido hasta las orejas en la conspiración de Archer. Pero sospecho que no mintió, porque se puede probar muy fácilmente.

—Pero en ese caso… —empecé a decir notando como iba enfadándose.

—Me niego a creer que la chica vaya a defraudar toda la ciencia de la identificación por huellas dactilares —dijo Jake.

—¡No puede ser de las dos formas, Jake! —dije.

—¿No? Si tiene que ser, lo será, Cornelius. Deja el caso en manos de Burton. Duerme un poco, y cuando te despiertes, puede que encuentres la respuesta sobre tu regazo.

—¿Tienes tú una respuesta? Porque si es así…

Lanzó una risita.

—Vamos, vamos, Cornelius, necesitas dormir. Científicamente no puede haber dos verdades opuestas sobre un hecho, entonces tienes que suponer que estás tratando con un hecho equivocado. Esos dos opuestos pueden formar una única verdad sobre alguna otra cosa. Piénsalo bien. Y no vuelvas a llamarme. Tengo que preparar la alocución que he de hacer ante el jurado de Warfield por la mañana.

Eso fue lo único que me dijo el gran Jake Kramer. ¡Me dio a estas alturas una conferencia sobre lógica!

El doctor Curtís y Betty Blanding salieron de mi habitación.

—No está dentro de mi especialidad, señor Ryan, decirle quién es la muchacha —dijo Curtís—. Pero desde luego no es la Molly Malone que yo he tratado durante los últimos seis meses. Sea como fuere, esta muchacha está completamente exhausta. Quienquiera que sea ha estado sometida a una presión insoportable durante las últimas cuarenta y ocho horas. Justo en el momento que se relajó, creyendo que estaba en manos seguras, usted la despertó y la emprendió contra ella. Entonces, simplemente, ya no pudo más. He visto gente con terribles heridas debido a un accidente de circulación, que no sentían dolor. El cuerpo establece su propia anestesia. La mente puede hacer lo mismo. Se limita a quedarse en blanco.

—¿No lo puede simular?

—No está simulando —dijo Curtís—. Le he dado un fuerte sedante. Dormirá durante las próximas doce horas. Cuando se despierte, puede que haya recobrado la energía y la vitalidad suficientes como para ser de nuevo ella misma. Si no lo hace, nos enfrentaremos con un problema psiquiátrico largo y tortuoso.

—¿Qué posibilidad hay? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No hay ninguna forma de saberlo. Me gustaría enviar una enfermera para que cuide de ella. Puede necesitar un sedante más fuerte.

—¿No sería mejor enviarla al hospital?

—Cada minuto de lucha para orientarse ahonda el pozo en que se encuentra —dijo Curtís—. Quiero sacarla rápidamente de ese estado. Como estaba aquí, pensé… Tal vez debería haberle preguntado a usted.

—Está bien —dije. Por alguna razón me sentía mejor teniéndola donde pudiera vigilarla.

—La enfermera estará aquí dentro de una hora —dijo Curtís. Me dirigió una sonrisa—. Cuando sepa la verdad sobre ella, me gustaría que me lo hiciera saber. Los acertijos me quitan el sueño. Naturalmente si me necesita profesionalmente, llámeme.

Se fue dejándonos a Sam y a mí con Betty Blanding.

—Me gustaría hablar con usted sobre esto, señor Ryan —dijo—. ¿Puedo quedarme un rato?

—Yo también quiero hablarle sobre esto —dije—. Prepárale un trago a la señora, Sam, tengo que hacer dos llamadas telefónicas.

Llamé primero a Alec. No se le notaba muy cordial. Me imaginé que acababa de despertarse.

—Deberías saber —dije—, que Jake ha probado que nuestra muchacha no es Molly Malone.

—¿Qué?

Le conté el asunto de las huellas.

—También deberías saber que la señorita Betty Blanding, la periodista de Hollywood, la ha identificado, sin ningún género de duda, como Molly Malone. Christine Lewis tenía los ojos verdes. Molly Malone los tenía azules. Nuestra amiguita tiene los ojos azules. Jake dice que debo envolver todo esto en un bonito papel de colores y ponértelo en tus manos como si fuera un regalo de Navidad.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Alec.

—¡En mi cama! Está sufriendo un vacío mental, una amnesia

temporal. El médico la mantiene con un sedante. Dice que estará durmiendo durante doce horas. Ahora no te exaltes, amigo. No pudiste tampoco conseguir nada de ella. Pero tenemos aquí una pequeña reunión, Sam Kenyon, la señorita Blanding y yo. ¿Por qué no te reúnes con nosotros?

—Eso está hecho —dijo Alec.

Después llamé a Fred Twining, a Hollywood, al número que me había dejado. Me contestó tan rápidamente como si fuera una llamada local.

—Creí que te habías olvidado de mí —dijo—. Has conseguido que esta ciudad esté saltando con tus noticias, Corny.

—Tal vez pueda contarte algo —dije y le puse al día—, ¿Puedes comprobar tú lo del color de los ojos, Fred? Debe haber un montón de planos fijos de películas de Molly en Hollywood. Puede que haya incluso algunas fotografías de Christine Lewis en los archivos del estudio. Llegó ahí hace quince años para ser actriz.

—Puede ser —dijo Fred—. ¿Estás solo?

—No, estamos esperando a Alec Burton, Sam Kenyon, la señorita Blanding y yo.

—Entonces escucha y mantén el rostro impasible —dijo Fred.

—No tengo otro.

—Querías que investigara la vida amorosa de Cal Gardner —dijo Fred—. Lo primero que hice cuando llegué aquí fue ir a ver a un amigo mío que trabaja en el *Examiner* y que conoce esta ciudad por dentro. Identificó a la muchacha que había sido mencionada en el artículo de Betty Blanding: la doble. Su nombre era Sharon Traill, una starlette sin importancia. Ya no anda por aquí. Se tomó píldoras para dormir unas tres semanas después de la muerte de Cal. Al parecer este Cal era un auténtico semental, Corny.

—Eso he oído.

—En un momento u otro parece que disfrutó de todas las piezas que tenía a su alcance en la ciudad…, incluyendo, por encima de las demás, a Christine Lewis.

—También he oído eso, Fred.

—Parece que no estoy teniendo mucho éxito, proporcionándote sorpresas —dijo Fred—. Todo lo que puedo darte es una lista de nombres que te van a dejar de un aire. Sólo se citan a media voz, sabes, en voz baja. Te pueden matar si citas nombres equivocados

sin probarlo. Realmente no hay nunca nadie debajo de la cama, Corny.

—Sigue buscando —dije—. Verifica las fotos fijas de Molly.

—Está bien, tal vez no pueda hacerlo hasta mañana.

—Cuanto antes mejor.

Colgué el teléfono y atravesé lentamente la habitación hasta donde Sam y la Blanding se estaban tomando unos vasos de whisky.

—Hollywood sigue allí —dije.

—No es cierto —replicó ella—. No ha sido así desde que la televisión tomó posesión de la escena. Su amigo no tendrá ninguna dificultad para encontrar películas de Molly en color. Sabe, señor Ryan, hay un montón de cosas que no me ha contado de Molly. Durante los últimos cuatro años hemos tratado con un aspecto muy diferente de ella. ¿Ha estado actuando Christine todo este tiempo por ella?

—¿No lo sabía? —dije—. ¿No sabía que esa muchacha gruesa, que pretendía ser Molly, tenía los ojos verdes?

—¿Cómo podía saberlo? No vi más fotografías de ella que las del periódico. Es una de las historias periodísticas más fantásticas que me he encontrado en veinte años. ¿Por qué tardó Molly día y medio en identificarse después del crimen? ¿Por qué dejó estar la identificación falsa?

—Esperaba que usted pudiera explicármelo —dije.

—¿Cómo podía saberlo?

—Debido a su estrecha relación con Maclyn Archer —repliqué —. Estoy harto de andar jugando con todo este asunto, señorita Blanding. Su amigo sabe todas las respuestas en lo referente a lo que ha acontecido en la vida de Molly durante los últimos cinco años, y sospecho que usted también. Naturalmente, no tiene por qué contármelo, pero sospecho que Alec Burton va a presionarla para hacerle hablar.

Puso lentamente el vaso sobre la mesa situada junto a su silla.

—¿Qué es lo que se supone que sabemos, señor Ryan?

—Por ejemplo, ¿quién mató a Cal Gardner? —dije.

Por un momento aquella imagen lacada pareció venirse abajo.

—Creo que Maclyn debería estar aquí para hablar con el señor Burton.

—No podría estar más de acuerdo —dije—. Puede hacer uso del

teléfono.

3

Desde el primer contacto que tuve con este caso, cuando hablé con Sam Kenyon en aquel hotel que era un nido de pulgas, donde se ocultó, hacía día y medio, el malo de la película en todos los niveles y en todos los diversos aspectos humanos para Sam y para Molly, era Maclyn Archer. Era Archer quien había destruido a Johnny Seuss, el agente de Molly, por haber sido más listo que él al hacer el contrato; Archer el que había hecho perder a Sam su empleo en cuestión de horas, cuando se negó a abandonar su plan para organizar la reaparición de Molly; Archer que, si había tan sólo un atisbo de verdad en la historia de Molly, había, como mínimo, conspirado para encubrir un asesinato y en el peor de los casos había transigido con ese crimen, permitiendo que Molly fuera torturada durante cinco largos años. Ahora había llegado el momento en que íbamos a ver exactamente la calidad de su juego.

Betty Blanding marcó un número, preguntó por Archer, habló con él después de un momento, y le dijo que creía que debía venir a mi casa. Casi antes de que me hubiera dado tiempo a servirme un trago llamaron al timbre. Supuse que era Alec. Era Archer realizando lo que parecía un milagro. Había pasado sólo minuto y medio entre la llamada telefónica y su llegada. Iba acompañado por un hombre calvo, regordete y de ojos brillantes que resultó ser Sid Tannenbaum. Descubrí que no había llegado en una alfombra mágica. Habían estado esperando la llamada de la señorita Blanding en el Union League Club, justamente frente a mi casa, al otro lado de Park Avenue.

La descripción que Sam Kenyon hiciera de aquel hombrecillo había sido perfecta, su suave rostro afeitado, las manos con la manicura perfecta, el bronceado artificial, los ojos azules fríos y

calculadores. Yo le había configurado en mi mente con las explicaciones de Bobo Cass y Molly como una figura amenazante y, a pesar de su aspecto casi afeminado de dandy, yo podía sentirlo. Me había cruzado con personajes verdaderamente duros desde que estaba asociado con Jake: desde asesinos de barrio a sueldo hasta un miembro destacado del Sindicato, pero aquel hombrecillo de mármol, con sus zapatos reforzados, me impresionó más que todos ellos.

—Hemos hablado por teléfono —me dijo.

Su voz y sus ademanes eran fríos, mecánicos, sin rostro alguno de sentimiento. Presentó a Tannenbaum, saludó a Sam, y se dirigió directamente a través de la habitación hacia Betty Blanding.

Tannenbaum era de esas personas que siempre sonríen. Sonreía y sonreía, y durante todo el rato sus penetrantes ojos grises investigaban y comprobaban.

—¿Cómo está Jake? —preguntó—. El y yo solíamos vernos cuando de joven yo era asistente del fiscal del distrito en esta ciudad, antes de que Hollywood se convirtiera en mi feudo. Es un gran tipo.

—Jake, como de costumbre, está lleno de sorpresas —dije.

Yo estaba observando a Archer. En un breve movimiento rebeló el hecho insospechado de que era humano. Estrechó la mano de la Blanding en un rápido y tranquilizador apretón.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Tannenbaum, con una especie de falsa amabilidad.

—Nos ha tenido a todos medio ahogados con lo que ha hecho esta noche, Ryan.

—El señor Ryan tiene algunas dudas sobre lo que ha sacado de su sombrero —dijo la Blanding, volviendo a actuar como la periodista fría y mordaz que era. Les explicó el descubrimiento que Jake había hecho de las huellas.

—Puedes resolver cualquier duda —le dijo .Archer.

—Oh. Es Molly —dijo ella.

—Quiero verla —intervino Archer.

—Está dormida bajo el efecto de los sedantes.

—Aun así quiero verla.

Estaba claro que la gente no le contestaba nunca que no. Me tentaba darle satisfacción y al mismo tiempo me interesaba su

reacción. Abrí la puerta de la habitación y encendí las luces tenues de la pared. Se acercó a la cama, derecho como un soldado en un desfile, y miró a la muchacha que dormía. Estuvo allí de pie durante largo tiempo. Finalmente se volvió para mirar al resto de nosotros que estábamos de pie en la puerta.

—Es Molly Malone —dijo.

Pasó entre nosotros y volvió al salón. Yo cerré la puerta.

—¿No le sorprende que no sea una borracha regordeta? —le pregunté. Y justamente en ese mismo momento supe que había tomado una decisión mucho antes de mirarla. El y Tannenbaum ya habían decidido su historia.

—¿Le sorprende eso, Ryan? —preguntó.

—Francamente, no. Sólo me sorprende que se rinda sin disparar un solo tiro.

—El hombre de la oficina del fiscal que se encarga del caso está de camino hacia aquí, Maclyn —dijo la Blanding.

—No tienes que contestar ninguna pregunta, ya lo sabes, Maclyn —dijo Tannenbaum. Seguía sonriendo, sonriendo y observándome.

—La señorita Blanding creyó que usted debía venir —dijo Archer— cuando le pregunté quién mató a Cal Gardner.

—Usted ya sabe la posible respuesta a eso —dijo Archer. Se había acercado a la ventana y miraba afuera, a la calle escasamente iluminada. Habló con su espalda de cargador vuelta hacia mí.

—¿Cuál es la respuesta probable?

—No tienes que pasar por eso, Maclyn —dijo Tannenbaum.

Archer se dio la vuelta. Con ojos severos y fríos como dos monedas recién acuñadas.

—¿Tenemos alguna opción, Sid? Molly les ha contado su versión y en ella hay la verdad suficiente como para ponernos en una situación difícil. Le ha contado una historia, ¿verdad, Ryan?

—Sí señor, nos ha contado una buena historia —dije. En cierto modo yo estaba disfrutando de aquello.

—Le ha contado que Sid y yo la encubrimos completamente la noche del asesinato de Cal y la hemos mantenido bajo cierto tipo de protección desde entonces. ¿Le ha dicho que ella mató a Cal? Porque si lo ha hecho le estaba mintiendo. No sabe si lo hizo o no.

—No fue así exactamente —dije—. Yo fui quien le dijo que ella no había matado a Gardner. Le insinué que no la encubrieron para

preservar una valiosa propiedad, porque usted no había hecho nada para procurar que aquella propiedad siguiera siendo valiosa. Parece demasiado evidente que la asustaron para que creyera que había matado a Cal y entonces mantenerla en reserva para el momento en que surgieran problemas, como ahora, podríamos decir.

No se podía alterar a aquel hombrecillo. Escuchaba, asintiendo ligeramente, con sus fríos ojos sin perderme de vista.

—Eso me halaga —dijo.

—No pretendía halagarle.

—Me siento halagado —dijo secamente— por el hecho de que no se le haya ocurrido que yo pudiera ser vulnerable como cualquier otra persona. Es la impresión que procuro dar. ¿Podría esa aguda mente suya hacerse a la idea, Ryan, de que yo he podido tener una pistola apoyada en la cabeza durante todo este tiempo?

Podía ver venir todo el asunto: Christine sería la malvada. Ella había sido quien le ayudó a encubrir a Molly aquella terrible noche y después aprovechó lo que sabía para hacerles chantaje. Iba a ser seguro y razonable. Pobres desamparados. Habían actuado siguiendo el impulso de ayudar a Molly, y esto se había vuelto contra ellos en las manos de una Christine chantajista. Ahora Christine estaba muerta y arrojarían a Molly a los perros, y de esa forma dos muchachas que creaban problemas saldrían de sus vidas.

—No me cuente eso. Ya sé cómo ha sucedido —dije—. Con una musiquilla apropiada, casi podría conseguir derramar una lágrima por usted.

—No me parece usted divertido, señor Ryan —dijo Archer.

—Pues usted me parece un hijo de perra cruel —dije.

Vi que el color desaparecía bajo el falso bronceado de su rostro. Si no hubiera estado tan cansado y mi cólera no fuera tan profunda, me hubiera asustado por la mirada que me dirigió. El nunca olvidaría aquel pequeño atrevimiento. Podría contar con eso y esperar que me cayera algún ladrillo en la cabeza desde algún lugar elevado.

—Todos estamos muy cansados para hablar o pensar con sensatez —dijo Tannenbaum.

—Yo también estoy cansado —repliqué—. Cansado de que me digan mentiras; cansado de ver cómo el señor Archer extiende su influencia a su alrededor.

¿Tenía una pistola en la cabeza cuando destruyó a Johnny Seuss, Archer? ¿Tenía una pistola en la cabeza cuando le quitó a Sam Kenyon su trabajo, su agente y su futuro?

—Sí —dijo Archer.

Bueno, parecía que por lo menos iba a mostrarse consecuente.

Llamaron a la puerta y respiré con alivio. Sería Alec que venía de la Prevención de Policía. Yo necesitaba un descanso.

Venía acompañado de Nichols. Ambos tenían el aspecto cansado y desafiante. Si se quedaron sorprendidos al ver a Archer y Tannenbaum, ninguno de los dos lo dejó ver. Hice las presentaciones y se hicieron algunos comentarios.

—Siento haber tardado tanto —dijo Alec—. Estaba comprobando la información de Jake. Tiene razón. La muchacha muerta es Molly Malone.

—Le ruego que me perdone —dijo Betty Blanding fríamente—, pero la muchacha que está en la habitación de al lado es Molly Malone.

—No es posible —dijo Nichols.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a Molly Malone, señorita Blanding?

—preguntó Alec.

—Cuatro años —replicó Blanding inmediatamente—, y la vi muy poco durante el último año. Sin embargo, no importa.

Me senté en el sofá luchando contra un deseo casi irreprimible de reír. Alec podría combatirla ahora. Lo intentó pacientemente.

—Nuestra evidencia es definitiva, señorita Blanding —dijo.

—Hasta que no me diga cómo se cambió el color de los ojos, es mi evidencia la definitiva —dijo Blanding.

—Jake tiene un montón de explicaciones para eso —dije, sonriendo a Alec—. Déjame ver si puedo recordar cómo fue. Científicamente no se pueden tener dos verdades opuestas acerca de un mismo hecho. Si vacila ante dos verdades diametralmente opuestas, entonces deberá suponer que se enfrenta a un hecho falso.

—Cállate, ¿quieres, Corny? —dijo Alec.

—Ha hablado el maestro. Creo que ya lo deben saber.

—Hay solamente un hecho único —dijo Alec—. La muchacha

muerta es Molly Malone.

—Siga, señor Burton —intervino Nichols, demostrando un curioso y repentino nerviosismo en sus ojos grises—. En toda mi experiencia no he visto nunca a Jake Kramer perder el tiempo con tonterías —se volvió hacia Blanding—: ¿Estuvo ligada íntimamente con Molly Malone durante su carrera artística, señorita Blanding?

—Fui su confidente durante diez años. La hice yo con mis artículos. Nunca efectuó ningún movimiento en público sin consultarme. Estábamos muy unidas, éramos íntimas. Sus archivos policiales deben haber sufrido algún tipo de equivocación. Molly Malone está acostada justamente al otro lado de esa puerta.

—Fue a Hollywood en mil novecientos cuarenta y ocho —dijo Nichols. ¿Fue a partir de esa fecha cuando la tomó bajo su protección?

—A los tres o cuatro meses —miró a Archer—. Tú estabas ilusionado con ella, Maclyn. Me invitaste a que viera algunos pases de su primera película. Aproximadamente cuatro meses después la llevaste allí, ¿verdad?

Archer asintió sin hablar, con el rostro de piedra.

—Enfoquemos el problema de otra manera —dijo Nichols tranquilamente—. La muchacha muerta es sin duda alguna Margaret Johnson, la cual consiguió sin ayuda de nadie cierta fama como cantante, en un club nocturno hace quince años, y fue contratada por usted, señor Maclyn Archer, para rodar películas en Hollywood. Eso es un hecho innegable e inamovible. Por tanto, le hago una nueva pregunta, señor Archer. ¿Cuándo se convirtió Christine Lewis en Molly Malone? ¿Fue en algún momento durante los primeros cuatro meses, después de llegar aquí Margaret Johnson?

—Jake no le estaba tomando el pelo, Ryan. Científicamente no se pueden tener dos Verdades directamente opuestas relativas a un mismo hecho. Tal vez esas dos verdades opuestas apunten a un hecho que no podemos ver. La evidencia que proporcionan las huellas dactilares es cierta. La muchacha que ha muerto era Margaret Johnson. Tal ver la señorita Blanding también tenga razón. La muchacha que está en la habitación de al lado es Molly Malone. Tenga en cuenta que «Molly Malone» es el nombre artístico de una actriz. Esta no tiene por qué haber sido Margaret Johnson.

Tannenbaum había sacado un pañuelo de su bolsillo y se estaba secando la frente con él.

—Creo que podrías aclararnos esto, Maclyn. No hay en ello nada delictivo —dijo.

La Blanding estaba mirando a su amigo como si la hubieran pegado.

—¡Maclyn!, ¿qué he hecho? Yo seguía insistiendo estúpidamente…

—No importa —dijo Archer, poniendo en su voz un tono lo más parecido a la amabilidad que yo he oído—. Es una cuestión de etiquetas. Ninguna de las cosas que han sucedido ha sido alterada por el nombre que se les dé —suspiró profundamente—. Tiene razón, capitán Nichols. La muchacha muerta es Margaret Johnson y la muchacha que hay en la habitación de al lado es Molly Malone. Legalmente Christine Lewis, profesionalmente «Molly Malone». Oí a Margaret Johnson cantar en Gino's a finales del cuarenta y siete. Me pareció una mina de oro y firmé con ella un contrato de larga duración. Cuando la llevé a Hollywood, y después de haber invertido un montón de dinero en su primera producción y organizado una enorme campaña de publicidad sobre «Molly Malone», descubrí que tenía una moneda falsa: una neurótica, una persona alcohólica y falsa. De alguna manera se las había arreglado para hacer su pequeña tarea todas las noches en Gino's, pero cuando se vio metida en el torbellino de la gran producción de Hollywood se vino abajo. La vieron médicos, psiquíatras, y sabe Dios cuánta gente, incluyendo un curandero que estaba de moda. No pudimos recuperarla ni siquiera para que fuera capaz de trabajar una hora cada vez. Me vi enfrentado con una completa ruina, metido en un negocio de millones de dólares. Habíamos estado filmando con ella unos dos meses.

»Se había producido una situación paralela que me tenía preocupado. Nos habíamos puesto de acuerdo con los promotores de un gran concurso de belleza para darle un pequeño papel en un musical a un grupo de ganadores locales. Una de ellas era una muchacha de Boise, Idaho, llamada Christine Lewis. La primera vez que me fijé en ella supe que tendría problemas, pues era absolutamente exacta a Margaret Johnson. Tenía que mantenerla oculta hasta que tuviera a Margaret Johnson lanzada. Era una

muchacha muy agradable. Le ofrecí el papel de doble de la Johnson, y tuvo la oportunidad de esa forma de obtener un trabajo fijo. No quería volver a Boise. Fui completamente honesto con ella. Le dije que nunca llegaría a ser una estrella, pero que tendría trabajo todo el tiempo que la Johnson trabajara. Así que durante los dos primeros meses, mientras luchábamos por mantener a Margaret Johnson en forma, estuvimos rodando con ella. La trama de la primera película estaba basada en algunos hechos de la propia vida de Margaret Johnson, su orfandad, el orfelinato, su pequeño éxito en una taberna del Village, y finalmente su estrellato en Hollywood con todos sus complementos románticos. Teníamos extras esperando por allí para rodar escenas que había que tomar en un decorado que reproducía el local de Gino. Se esperaba que la muchacha saliera en esa escena cantando la canción que se consideraba su número estrella, "Molly Malone”. En la última escena, naturalmente, aparecía la muchacha cantando, la gente escuchando, primeros planos de ella, primeros planos de la gente... y, finalmente, el aplauso y la gente rodeándola. El director quería ensayarlo, cronometrarlo. Le dijo a Christine Lewis que tenía que realizar las secuencias. "Simplemente recita la canción, querida, si no puedes cantarla”, dijo.

»Pero cuando el pianista empezó a tocar la canción, ella cantó. Era increíble, capitán. Era como lo que había sido siempre Margaret Johnson y mejor aún. El director no la detuvo, la dejo cantar todo el número. Cuando terminó todo el local pareció enloquecer, auténticamente entusiasmado. Los extras, los tramoyistas, los cámaras, todos aplaudiendo y gritando.

»Yo no estaba allí, pero aquella tarde el director me enseñó algunos pases de aquella escena. "¡Al diablo con Margaret Johnson!”, me dijo. "¡Aquí tenemos a nuestra Molly Malone!”»

Archer se encogió de hombros.

—Así fue todo —continuó—. Cómo nos las arreglamos, no tiene una importancia especial. Margaret Johnson no quería tomar parte en las responsabilidades del estrellato. Solamente quería dinero, una provisión constante de alcohol y libertad para recorrer la ciudad. Acepté sus términos, siempre que ella apareciera como doble en el rodaje. Hicimos el cambio sin que lo supieran más de dos o tres personas ajenas a mi familia oficial. El director, que

murió de un ataque al corazón aproximadamente un mes después de que estuviera terminada la primera película; naturalmente las dos muchachas, y Sid, aquí presente. Ni siquiera se lo dije a Betty. Quería lanzar a «Molly Malone» por sí misma. Ya sabe lo que pasó. Se hicieron ocho de las películas que más dinero proporcionaron de la Costa. Durante este proceso, Margaret Johnson se convirtió en Christine Lewis. Y Christine no se «convirtió» en Molly Malone, era Molly Malone. La única Molly Malone que ha existido.

Una sonrisa cortante estremeció la boca de Archer.

—Si le dice: «Soy Molly Malone», le está diciendo la verdad. Pero también es Christine Lewis, y al final también se convirtió en una borracha.

—Y desgraciadamente —dijo Sid Tannenbaum, enjugándose la frente—, ese defecto de su carácter la llevó a la tragedia.

«Ahora —pensé— se abre la puerta de la trampa.»

4

Lo que vino a continuación discurrió suavemente, estuvo bien engrasado y, a menos que yo estuviera loco, estaba preparado hacía tiempo. Archer, frío e impertérrito, era el narrador principal, con Tannenbaum, sonriendo y sonriendo y proporcionándole pequeñas exclamaciones de excusa, todas ellas con el fin de hacer que Archer apareciera en primer lugar eficiente, luego noble emprendedor y al final digno de lástima. Y a cada palabra yo podía darme cuenta de la trampa mecánica de acero que se estaba cerrando en torno a la muchacha que estaba inconsciente en la habitación de al lado.

Alec y Nichols le escucharon sin interrumpirle. Nichols tomaba notas, con el rostro inexpresivo. Betty Blanding, con su aspecto externo lacado y en cierto modo ajado, estaba sentada hundida en el gran sillón. Una o dos veces se levantó para acercarse al mueble bar y llenar su vaso. Sam Kenyon estaba de pie en un rincón sombrío de la habitación, fumando sin parar, con un aspecto de amarga desconfianza creciendo en sus ojos a medida que la historia iba descubriéndose.

Archer nos contó que el éxito de «Molly Malone» se convirtió en una leyenda de Hollywood. Era creación suya, propiedad suya, la plataforma que le abrió la puerta de su propio éxito personal y de su poder. Para hacer que todo pareciera correcto trajeron a escena un agente para manejar a Molly. Este era Johnny Seuss. La relación entre las dos muchachas presentaba dificultades. Christine Lewis era una artista dedicada, una auténtica profesional. Y ella era Molly. A medida que fue creciendo en importancia empezó a exigir beneficios importantes para sí misma a través de Seuss. Archer notó que había una pequeña e implícita amenaza en su relación. No es que fuera a ocurrir un gran desastre si se descubría la verdad, una

vez que Molly estuviera establecida. No se había hecho nada ilegal. Molly Malone lo había hecho todo por sí misma. Pero él no quería que nada interrumpiera el suave discurrir del éxito.

Margaret Johnson era otra cosa. Había firmado un largo contrato con Archer. Tenía que pagarle un sueldo semanal por no actuar. Debía complacer sus caprichos, satisfacer sus especiales apetencias. Hubiera sido mucho más difícil si no hubiera sido Christine. Esta estaba encantada por haber encontrado su gran oportunidad, incluso aunque fuera por chiripa; sentía lástima por la muchacha fracasada. Estaba demasiado ocupada para comprender las intrincadas motivaciones neuróticas de la otra muchacha. Compartía su éxito con Margaret Johnson, con el tiempo compartió su casa con ella y se hizo su amiga y confidente. Era generosa y amable. Cuando el comportamiento de Margaret se hizo insoportable, Christine la disculpaba basándose en su amarga desilusión. Le perdonó insultos particulares y ataques privados. Pero en cierto modo, en la espiral firme y vertiginosa de su éxito, estas dificultades se convirtieron en una parte aceptada de su rutina diaria. Había que tranquilizar a Margaret, apaciguarla, aplacarla. Una Christine comprensiva cargó con gran parte del peso que correspondía a Archer. Y con el paso del tiempo y el creciente éxito, Archer dejó de ocuparse de lo que le sucedía a Margaret. La dejó contar la vieja historia, si era eso lo que quería. Nada podía herir ya a Molly Malone. En un momento dado incluso pensó en contar la historia él mismo, como parte de la promoción de una nueva película. Christine no quería oír hablar de ello. No tenía objeto herir a Margaret Johnson por su fracaso públicamente.

—Era una muchacha adorable, una muchacha muy amable —dijo Tannenbaum, con una pesadumbre calculada en su voz.

—Sin saberlo era una muchacha muy lista —dijo Archer fríamente—. Margaret tenía que pagar su amabilidad.

Con el paso del tiempo, Archer se encontró muy ocupado con su creciente imperio. Betty Blanding y otros que formaban parte de ese imperio eran los guardianes de la carrera de Molly Malone. Llegó el día en que Cal Gardner entró en la película. Le habían contratado para desempeñar el papel de oponente de Molly. Se enamoró de Molly Malone. Betty Blanding y los demás pensaron que un romance público mantendría la rueda de la promoción a gran

velocidad. La Blanding lo arregló todo para que se les viera juntos en público. Favoreció el romance y lo alimentó de acuerdo con Archer. Finalmente se convirtió en algo más que una maniobra publicitaria. Molly Malone se casó con su primer galán.

Y ahí fue donde empezó el problema.

—A pesar de su amabilidad y su ánimo, Christine era sexualmente fría —dijo Archer, con el rostro como una máscara de mármol—. Gardner era algo aparte, muy hombre, quizá demasiado exigente.

Y aquí empiezan a sincronizarse dos historias: la de Archer y la de Molly. Empezó a venirse abajo después del matrimonio. Empezó a beber. Se descubrió que era una alcohólica. Se volvió temperamental e impredecible en la escena. Finalmente se negó a hacer una película que Archer había planeado para ella. El la dejó estancada. Mientras tanto, Cal había empezado a mariposear por ahí. Cuando se convirtió en un escándalo público empezó a presionarle. La imagen pública de un feliz matrimonio era algo que quería preservar. El resultado fue inesperado. Cal empezó a liarse con Margaret Johnson, que era la bella doble de su mujer. Esto condujo a Molly a provocar una serie de peleas en privado y en público, a tener enojos de borracha.

—Tal vez debería contar la parte que viene a continuación. Maclyn, puesto que estoy tan estrechamente involucrado —sugirió Tannenbaum.

Archer asintió. Se movió en el gran sillón poniéndole a Betty una mano protectora sobre los hombros. Creo que al sentir su contacto retrocedió, pero no puedo estar seguro de esto.

—Me llamaron a altas horas de la madrugada —empezó Tannenbaum—. Era Margaret Johnson, tenía que darme extrañas noticias. Christine tuvo una larga pelea con Cal, que llegó a su clímax cuando ella le golpeó en la cabeza con un atizador de hierro, mientras él intentaba salir de la piscina. El había muerto. ¿Qué tenía que hacer ella? Bueno, le dije que esperara sin hacer nada. Compréndalo, quería asegura e antes de que fuéramos a la Policía. Teníamos entre las manos una propiedad de un millón de dólares. Llamé a Maclyn, le dije lo que había pasado, y salí corriendo en el

coche a casa de Molly. Encontré a Margaret Johnson desconsolada y a Molly Malone, sin sentido y completamente borracha, en la cama. Bueno, señores, la situación era bastante clara.

La sonrisa de Tannenbaum era ahora implorante, como pidiendo disculpas.

—Molly no sabía lo que había hecho. Estaba demasiado borracha. Sabía perfectamente bien que si alguna vez aquel caso se presentaba ante un jurado, podría conseguir que saliera libre basándose en locura temporal. Había sido provocada en exceso. No era ella misma. Era un hecho realizado en un momento de salvaje locura.

—Así que se convirtió usted en su consejero y defensor, en jurado y juez todo en un momento —dijo Alee, interrumpiéndole por primera vez.

Tannenbaum se encogió de hombros como haciendo un gesto defensivo.

—Teníamos entre manos una cuestión de millones de dólares, señor Burton. Legalmente era una equivocación tratar de ocultar lo que había pasado. Pero el resultado final podía no resultar afectado, excepto que evitaríamos un terrible escándalo. Semejantes consideraciones de este tipo ya se habían tenido en cuenta en Hollywood antes de esto, señor Burton.

—Usted dijo que Margaret Johnson estaba «desconsolada» —dijo Nichols.

—Estaba liada con Cal. Estaba enamorada de él, supongo.

—¿Pero se prestó de inmediato a secundar su plan para encubrir a Molly?

—Siguió adelante —interrumpió Archer impacientemente—. Comprendo por qué le extraña eso, capitán. Usted pensaría que querría que Christine pagara por lo que había hecho. Bueno, lo hizo. Deseaba aquello más que nada en el mundo, pero lo quería a su propio modo. Deseaba castigarla ella misma. Nosotros aquella noche teníamos nuestro propio problema, y cuando ella accedió a seguir adelante con nosotros, nos sentimos demasiado contentos de aceptar su ayuda.

Por entonces yo empezaba a desconfiar de todo aquel asunto. Era tan claro, todos desempeñaban perfectamente su papel.

Veía la cara de enfado de Sam Kenyon. El tampoco se lo creía.

—Despertamos a Molly —continuó Archer—. Nos costó casi una hora conseguir que estuviera sobria, lo suficientemente sobria para comprender lo que había pasado. No recordaba nada en absoluto de aquella noche. Se quedó horrorizada cuando le dijimos lo que había hecho. Tenía un miedo histérico a la muerte. Empezó a imaginarse en la cámara de gas. Nos suplicó que la ayudáramos. Así que lo hicimos, pero por nuestras propias razones. Esperamos a que alguien descubriera el crimen. Entonces llamamos a la Policía. Nos habíamos puesto de acuerdo en que Margaret, haciéndose pasar por Christine Lewis, testificara que Molly no había abandonado su habitación en toda la noche. Aquella iba a ser nuestra defensa. Pero Molly no estaba en absoluto en condiciones de ser interrogada por la Policía. A la mañana siguiente estaba en shock. Así que Margaret Johnson, su doble, se presentó por ella al interrogatorio, y le tomaron las huellas en su lugar. Después volvió a aparecer en la comisaría como Christine Lewis y su testimonio liberó de sospecha la conducta de Molly. Creímos que estaba todo aclarado.

—¿Lo creyeron? —dijo Alec—. Resultó, ¿verdad?

—Oh, sí, resultó —dijo Archer—, Le conté antes a Ryan que tenía un revólver apoyado en la cabeza. Fue entonces cuando sucedió. Un revólver en manos de Margaret Johnson. De repente comprendimos su diligencia para ayudarnos. Iba a controlar el futuro de Molly ahora y siempre. Iba a hacer que Christine pagara por haberse convertido en Molly, por haberle robado la carrera, por haber matado a su amante. Y si movíamos un solo dedo para ayudar a Christine, y que volviera a establecerse como artista, Margaret contaría toda la historia completa y nosotros nos enfrentaríamos a lo que nos estamos enfrentando esta noche: a una acusación de tipo criminal.

—Lo que me extraña —dijo Nichols, después de un momento de silencio— es por qué está confesando ahora tan libremente.

Archer suspiró.

—La muchacha de la habitación de al lado obviamente les habrá contado toda la historia. Lo comprobarán antes o después.

—¿Cómo? —dijo Nichols—. La única persona que puede testificar contra usted está muerta. Si Christine Lewis, Molly, hizo esos cargos contra usted, me parece que usted podría haberlos negado con bastante éxito hasta que el infierno se congele. Toda su

vida es una larga serie de mentiras y engaños. Podía haber refutado cualquier acusación que ella hubiera presentado. ¿Por qué nos lo pone tan fácil, señor Archer? Parece que no va con su carácter.

Bendije a Nichols en aquel momento. Tampoco se lo había creído.

—Puede parecer absurdo —replicó Archer suavemente—. La protegimos una vez, pero no dos, capitán. Quién sabe, cualquiera de nosotros puede ser el próximo.

—No le entiendo —dijo Nichols.

—La hemos estado protegiendo durante cinco años, mientras Margaret Johnson jugaba con Christine —dijo Archer—. Tuvimos que protegerla mientras Margaret rompía el matrimonio de Christine con Kenyon, aquí presente. Y después, recientemente, nuevamente volvimos a sentir las pistolas apoyadas en nuestras cabezas. Kenyon apareció con su plan para hacer volver a Molly al trabajo. Eso no lo hubiera consentido Margaret. «Paradle los pies, o si no…», fue lo que nos dijo, y le detuve, o creí que lo había hecho. Pero no se dio por vencido, y ahora parece evidente que descubrió el hecho de que «Molly» podía realmente volver a la escena. Y ella… —señaló hacia la habitación—. Tuvo que ser un infierno para ella. Ha vencido el problema de la bebida. Sabía que podía hacerlo. Su carrera ha sido su vida, lo único bueno de ella. Seguramente, capitán, debe resultarle evidente lo que sucedió. Fue a su suite del Worth y se encontró a Kenyon inconsciente en el suelo y a Margaret hecha una furia. La terrible injusticia de los últimos cinco años, la destrucción de sus esperanzas más próximas, todo eso era demasiado para ella. Nadie en este mundo puede culparla por golpearla violentamente en la cabeza y destrozar a su verdugo para siempre. Ahora que ya no tenemos nada que ocultar… Bueno, lo siento por ella. Puede contar con que le prestaremos toda la ayuda que podamos.

—Eh, ¡espere un momento! —dijo Sam Kenyon enfadado—. Yo…

—No puedo dejarte hacer eso, Maclyn —interrumpió Betty Blanding, con una voz curiosamente chillona.

—¡Cállate, Betty! —dijo Archer, de una forma tan cortante que nos quedamos todos sorprendidos.

Ella se levantó de la enorme silla, buscando como un ciego un

apoyo que no estaba allí. Archer fue rápidamente a su lado, con el rostro blanco como la tiza por debajo de su moreno artificial.

—¡Cállate! —dijo de nuevo—. ¡Déjalo estar!

—No puedo vivir con esto, Maclyn. No puedo vivir con ello ni un día más —dijo. Se enfrentó con Alec, quedándose repentinamente de pie erguida y firme—. No puedo consentir que esto siga adelante ni un momento más, señor Burton. Yo maté a Cal Gardner.

—¡No hables, Betty! —gritó Tannenbaum.

Ella se volvió insegura hacia la silla y volvió a hundirse en ella, levantando las manos para cubrirse el rostro. Miré a Archer. Era como una estatua blanca, sin demostrar, no obstante, ninguna emoción.

—Ya ha oído el consejo de su abogado, señorita Blanding —le oí decir a Alec.

Movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Es difícil justificar estos últimos cinco años —dijo—. Me he dicho a mí misma que Christine no tenía vida, ni tampoco futuro. Era una alcohólica... como artista estaba acabada. Estuve de acuerdo en llevar a cabo todo esto, siempre que nadie más tuviera que cargar con la culpa —Bajó las manos y miró a Archer.

—Lo siento, lo siento mucho, querido, muchísimo —dijo.

Me di cuenta después de lo que quería decir con aquello. La verdad dejaría al descubierto que no era tan hombre como pretendía. Hubo un tiempo en que no supo retener a aquella mujer, su posesión más valiosa.

5

Lo primero que observé cuando conocí a Betty Blanding fue su enorme feminidad, su extraordinaria energía sexual. Hacía cinco años, esta llama debió arder aún con más brillo. Llevaba viviendo desde hacía cinco años con un miedo canceroso que la iba destruyendo.

Nos contó lo que había pasado, con su voz clara y firme, con una especie de dignidad defensiva. Archer había sido su hombre, casi desde el principio de su carrera como periodista en Hollywood. Tenían mucho en común, una sed de poder.

El lo consiguió a través de su imperio en los negocios y ella a través del control que mantenía en la vida y la carrera de la gente. No se casaron nunca por razones fríamente prácticas. Eran más útiles uno para el otro como entidades separadas, que como un equipo reconocido públicamente.

Sospechó que ella estaba realmente enamorada de su pequeño gran gigante. Dudo que Archer estuviera enamorado de alguien que no fuera él mismo. Seguramente ella colmaría sus necesidades sexuales, pero lo más importante era que había realizado su imagen pública como hombre auténtico. El hombre que poseyera a esta mujer tan enérgica debía tener alguna magia en sí mismo.

La relación entre ambos había tenido períodos tormentosos. Archer, una vez que la había conseguido, la tuvo abandonada durante largos períodos de tiempo mientras él se ocupaba en formar su imperio y controlar sus movimientos. Los intereses de sus negocios le mantuvieron alejado de Hollywood, en Nueva York, Londres, París y Roma. A ella, su trabajo la mantenía anclada en la meca del cine

Sus ausencias, que a veces se prolongaban durante varios meses,

debieron ser difíciles de soportar para ella. Su propia posición de poder en Hollywood hacía que la mayoría de los hombres atractivos de la comunidad la cortejaran para obtener su favor. Ella, por su parte, era libre, y no lo era, de satisfacer sus propios apetitos. Los hombres de Hollywood sabían lo peligroso que debía ser revolotear en torno a la mujer de Archer.

Cal Gardner no se planteaba esos problemas. Cuando veía algo que le apetecía iba a buscarlo, cayera quien cayera. Mañana será otro día. Tenía una mujer frígida y alcohólica. Su conciencia no le daba problemas.

Betty, que estaba intentando ayudar a Archer a salvar la comprometida carrera de Molly Malone, estaba todo el día entrando y saliendo de casa de Molly. Esto la tuvo en contacto frecuente con Cal. Un día la asaltó de aquella forma casi animal que acostumbraba. En lugar de luchar contra él, repentinamente decidió medir sus fuerzas con las de él. El resultado fue un ciclón. Durante un período de casi dos meses estuvieron completamente dedicados el uno al otro.

Entonces Archer volvió de su viaje. A pesar de lo que pueda pensarse de la moral de Betty Blanding, su sentido ético pudo más. Jugó limpio con Archer. Le dijo exactamente lo que pasaba. Su reacción no debió resultarle inesperada. El se enfadó, pero sobre todo le preocupaba que el asunto entre ella y Cal se mantuviera en secreto. Ahora que él había vuelto, ella debía terminar con él, o Archer le arruinaría profesionalmente sin meter ruido.

Betty Blanding no era alguien a quien se pudiera dominar. Le dijo a Archer que se fuera a freír espárragos, que su relación había terminado, que si movía un dedo contra Cal, ella sabía dónde estaban enterrados los suficientes secretos como para que Archer deseara no haber nacido.

En un estado de gran excitación se fue en su coche deportivo a casa de Molly y Cal para contárselo. Ya podían mostrarse a la luz. Había terminado con Archer.

Pero Cal tenía sus propias ideas. Ya estaba cansado. Lo que le interesaban eran las conquistas, no las relaciones largas. Le encontró nadando en la piscina del jardín de su casa. Se sentaron al borde de la piscina. El había tenido una pelea tremenda con Molly, le dijo que ahora estaba inconsciente en la cama en casa, y

Margaret, a la que él llamaba Christine, la estaba cuidando. Entonces Betty le contó las noticias. El no las recibió como ella esperaba.

Era el momento de romper, le dijo a ella, ahora que Archer había vuelto. Lo habían pasado bien juntos, pero ahora se proponía encontrar nueva diversión en cualquier otro sitio.

Ella se quedó aturdida y entonces se puso loca de furia. No era una mujer que viviera convencionalmente, pero tampoco era promiscua. Se había entregado a Cal porque, físicamente, él era su hombre. Se había preparado para entregarle todo lo que tenía, y él se había revelado como conquistador barato. Su orgullo quedó seriamente dañado. Se desató contra él con una especie de furia volcánica. El simplemente se rio de ella y se echó a la piscina a nadar. Estuvo flotando en el agua, riéndose de la tormenta. Pero de repente, ella debió decir algo que le picó. Fue nadando hasta la escalerilla y empezó a subir para salir de la piscina e ir hacia ella. Al salir le dijo que él ya había hecho su elección: una elección que sabía iba a hundirla. Mantenía un idilio con la doble de Molly, bajo el mismo tejado de ésta. Era mucho más conveniente, mucho menos peligroso, y encontraba en ello una especie de excitación macabra.

Una Betty Blanding encolerizada se sintió despreciada más allá de lo que podía soportar. Cogió un atizador de hierro que había al borde de la piscina y le golpeó con él en la cabeza. Le vio hundirse de nuevo en el agua, y salió huyendo.

No se le ocurrió que le había matado hasta después de llegar a casa. Sonó el teléfono, y era Sid Tannenbaum. Cal estaba muerto y la chica que ella conocía como Christine lo había visto todo. Tannenbaum ya había llamado a Archer para decirle lo que había pasado. En un estado de shock, Betty esperó a que la Policía fuera a buscarla. Pero no apareció.

No fueron porque Archer había decidido protegerla. Iban a entregar a Molly a la Policía como si fuera la asesina de Cal. Molly, que no tenía ni idea de lo que había pasado mientras estaba sumida en el sopor de la borrachera, ya había sido convencida de su culpabilidad. A la otra muchacha se la podía pagar. ¿Por qué estaba Archer dispuesto a protegerla? No porque la quisiera, sino porque la verdad le descubriría como un estúpido cornudo.

—No ha habido nada admirable en mi comportamiento en todo

esto —nos dijo Betty Blanding, con la voz baja e insegura debido al cansancio—. Pero me negué a aceptar esa solución, señor Burton. No iba a permitir que Molly fuera encarcelada bajo una acusación falsa de algo que no había hecho. Pero…, pero estaba dispuesta a recibir cualquier otro tipo de ayuda. Así que nos pusimos de acuerdo para salvar a Molly, y luego no nos moveríamos hasta ver lo que pasaba. No me daba cuenta del precio que Margaret Johnson, a la que conocía como Christine, iba a cobrar por la parte que tenía en ello. Su precio era la libertad para destruir a Molly pieza a pieza. Yo…, yo permití que eso ocurriera. Pero ahora estamos de nuevo en el principio. Sigo estando en el mismo sitio que estaba. Sigo pensando lo mismo: no puedo dejar que Molly pague mi deuda.

Se produjo un largo silencio en la habitación, y entonces Alec dijo:

—Creo que tal vez sea mejor que baje a la ciudad y haga una declaración oficial, señorita Blanding.

—Lo que usted diga, señor Burton.

—Todavía no hemos llegado al final —intervino Nichols—. ¿Qué hay de Margaret Johnson? ¿Fue usted la persona que entró en su suite del hotel Worth, ayer, mientras Kenyon estaba inconsciente? ¿La mató usted, señorita Blanding?

—¡No, capitán Nichols! —sus ojos se habían abierto enormemente debido al nuevo terror repentino—. No he estado en el Worth en mi vida.

Oí que Sam Kenyon se reía.

—Parece que ha llegado el momento de la verdad, amigos —dijo —. Yo no estuve nunca inconsciente. Yo maté a esa perra babosa, y alguien debería darme una medalla por ello.

Las arrugas de las comisuras de los labios y de la boca de Sam Kenyon se marcaban profundamente en la carne de su cara. Estaba sonriendo, pero era una sonrisa amarga y enojada.

—Uno cree que eres solamente un tipo simple y ordinario —dijo —. Un poco sentimental, con un código de vida relativamente decente por el que riges tu vida, y de pronto te encuentras mezclado con un bastardo como Archer y todo tu mundo empieza a

desmoronarse. Lo único que desearía pedir sería que me dejaran solo en esta habitación unos diez minutos con ese pequeño miserable y fatuo Napoleón.

Archer no le miraba. Estaba de pie a un lado del sillón, con los ojos fijos en Betty Blanding. Estaba tan enfadado con ella que ni siquiera escuchaba a Sam. Ella había dejado al descubierto su capacidad como hombre, ante una habitación llena de gente, y yo sospechaba que ya estaba planteando cómo podría hacer que ella tuviera también su propio infierno, e incluso que éste fuera aún más sofocante. Comprendía cómo se sentía Sam. Me hubiera gustado estar a solas con él durante un minuto.

—No tienes por qué hablar, Sam —me oí decir a mí mismo—. No tienes que hacer ningún tipo de declaración.

—Gracias, Corny —dijo Sam—. Siento echarte esto encima. Puede que no quieras seguir ayudándome cuando lo oigas todo, pero ya verás por qué tengo que decirlo todo aquí y ahora —giró un poco para entrar en el campo de visión de Betty Blanding. Se dirigió a ella, hablando casi amablemente.

—Relájese, señorita Blanding —dijo—.

La entiendo, ya ve. Estaba dispuesto a intentar huir con lo que hice, igual que usted, siempre que nadie más cargara con la culpa. Sin embargo, hay una gran diferencia en nuestras situaciones. Yo maté a Margaret Johnson. Usted no mató a Cal Gardner.

Ella se aferró a los brazos del sillón y se incorporó lentamente.

—¿Qué está usted diciendo? —murmuró.

—Usted no mató a nadie —dijo Sam—.

Me pregunto si su aterrorizado amiguito lo ha sabido durante todo el tiempo.

Volvió la cabeza para mirar a Archer.

Su frío rostro de mármol no revelaba nada en absoluto.

—¿Puedo tomar un trago, Corny? —dijo Sam.

Me acerqué al mueble bar y le puse una copa. Tuve que pasar por delante de Nichols y el hombre de homicidios, que estaba recostado en su silla, con los ojos tapados, asintió con la cabeza.

—Era la Johnson, ¿verdad, Kenyon? —dijo.

—Dije que deberían darme una medalla —exclamó Sam. Tomó la bebida que le di y se bebió aproximadamente la mitad.

—Lo siento otra vez, Corny —dijo—. Todo lo que te he dicho era

la verdad, menos el último capítulo. Cuando volví al Worth después de descubrir a Molly en el parque, tuve tiempo con Margaret Johnson, tiempo para descubrir la criatura tan despreciable, enferma y peligrosa que era. El capitán Nichols tiene razón, señorita Blanding. Usted no es tan malvada como cree. Usted dejó inconsciente a Cal Gardner y cayó en la piscina con el golpe que le dio, pero lo más que habría conseguido con eso sería que más tarde tuviera un dolor de cabeza. Solamente que no hubo un más tarde, porque Margaret Johnson, que había escuchado toda la escena entre usted y Cal y que había visto cómo usted le golpeaba, saltó hecha una furia de la casa para poner las cartas boca arriba. Acababa de descubrir que no era la única en la vida de su amiguito. Había estado entreteniendo a ambas al mismo tiempo —Sam respiró profundamente—. ¡Qué mujer! Avara, viciosa, vengativa. Pueden imaginársela allí en el jardín, gritando como una furia a la luz de la luna. Tal vez Cal se reiría de ella. La risa era su respuesta habitual ante la desgracia humana. Así que ella acabó con él, brutal y definitivamente.

—¿Eso lo está imaginando? —le preguntó Alec.

—Me lo dijo ella —replicó Sam—. Se deleitaba pensando en lo que había hecho. Estaba muy borracha, pero no lo suficiente como para saber que yo no lo podía probar ante nadie. Estaba intentando demostrarme que podía tenernos a mí, a Molly y Archer a Tannenbaum y a Miss Blanding en sus manos. Ya lo ven, yo había vuelto allí para decirle que sabía la verdad y que iba a sacar a Molly de la trampa, sin importarme lo que costara. Se rio de mí. Si yo movía un solo dedo denunciaría a Molly y Archer tendría que ayudarla, porque si no lo hacía pondría en la picota a la señorita Blanding. Era un pequeño monstruo pervertido que estaba jugando con vidas humanas como si fueran las piezas de un tablero de ajedrez —Sam se humedeció los labios—. Me invadía una rabia plenamente justificada. Le dije que iba a salir y que me iba a ir derecho a la Policía. Le hice ver que su propia posición era demasiado peligrosa. Realmente ella estaba chiflada. Cuando llegué a la puerta me gritó algo obsceno, y cuando me volví para ir hacia ella, me estrelló el Oscar en la cabeza. Retrocedí y ella vino directamente hacia mí. Aquello hizo saltar algo dentro de mí que yo ignoraba que existiera. Le arranqué la estatuilla de la mano y la

golpeé con ella.

La habitación estaba en un silencio completo. Sam se metió la mano en el bolsillo para buscar un cigarrillo. Su mano estaba temblando cuando lo encendió.

—Cuando el panorama se aclaró ante mis ojos, me di cuenta de que la había matado —dijo Sam lentamente—. Estaba loco cuando quería morir por ella. Supongo que en momentos como éste, uno piensa un poco histéricamente. Sabía que me habían visto y me habían reconocido cuando entré. Si salía inmediatamente, lo haría sin problemas. Lo que me parecía más astuto era que me viera alguien y luego salir huyendo. Creí que sería capaz de mantener la historia de que había estado inconsciente, y que alguien entró mientras yo estaba sin sentido, o que había actuado mientras estaba aturdido por el golpe que me habían dado en la cabeza. Bien sabe Dios que aquello era muy cierto —se tocó el pequeño apósito de la frente—. No sé cómo va a manejar esto, señor Burton. Va a ser difícil probar lo que pasó en el caso Gardner. Pero creo que también va a ser muy difícil probar todo lo demás. ¡Lo peor de todo es que a él no le va a pasar nada apenas! —señaló con un dedo inseguro hacia Archer—. Me apuesto uno contra cien a que él ha sabido durante todo el tiempo lo que había pasado, él y su aprendiz calvo, aquí presente. No le importaba lo que Molly pudiera sufrir. La usaría para conseguir sus propios propósitos. No le importó lo que sufriera la señorita Blanding. Ahora la tiene bien agarrada. Siempre será suya, y nadie sabrá que una vez le dejó tirado como una colilla. Porque aunque fuera un libertino, había más honestidad en un solo dedo de Cal Gardner de la que nunca tendrá el maestro Archer en toda su vida. Salga de todo esto, señorita Blanding y viva un poco mientras pueda.

Y entonces Sam Kenyon se adelantó rápidamente hacia Archer y le lanzó directamente un golpe de izquierdas y luego un gancho salvaje de derechas en la mejilla. El hombrecillo permaneció inmóvil completamente pálido, con un hilo de sangre chorreándole por la comisura de sus finos labios.

Sam se volvió hacia Alec.

—Puede añadir esto a los cargos que hay contra mí, señor Burton.

Alec no cambió de expresión.

—Creo que tropezó con la alfombra, ¿verdad, Nichols? —dijo.

El día siguiente a eso de las cinco de la tarde, volví de la oficina a mi apartamento donde mantuvimos una conferencias sobre cuál iba a ser nuestra táctica en la defensa de Sam Kenyon. Centraríamos el caso alegando defensa propia y pérdida de conocimiento temporal, debido al golpe en la cabeza, y pensábamos que a Alec Burton no le parecería un concepto demasiado duro.

El doctor Curtís y la enfermera que había venido para quedarse con Molly estaban en el cuarto de estar.

—Está despertándose —dijo Curtís—. No he entrado a verla porque esperaba a que usted viniera, señor Ryan. Ha dormido durante catorce horas. Puede despertarse en un estado perfectamente normal. Si le ve y usted puede hacerle sentirse segura, eso es posible.

Me dirigí a la puerta de la habitación y la abrí. El sol del crepúsculo parecía iluminar su pelo dorado sobre mi almohada. Volvió la cabeza lentamente y me vio. Sus ojos azules parecieron oscurecerse con una especie de pánico revivido.

—¡Eh! —dije. Me senté al borde de la cama y tomé una de sus manos en las mías—. Ya pasó todo. Se ha aclarado todo, ya ha pasado el peligro —le conté cuáles eran las respuestas a los dos crímenes.

Sus labios se abrieron.

—¡Corny! —suspiró.

Estaba repuesta.

Había algunos puntos que necesitaba aclarar, y ella parecía dispuesta a hablar sobre ellos. No era fácil de comprender ninguno de ellos, sin conocer la naturaleza diabólica de la mente retorcida de Margaret Johnson. Sus diarias crueldades ejercidas sobre el miedo neurótico de Molly a la muerte formarían una historia que llevaría mucho, mucho tiempo contarla. Una de ellas comprendía la muerte de George Lewis, el padre de Molly. Le encantó a Margaret Johnson ir a Boise como si fuera Christine, evitando de esa forma que Molly asistiera al funeral de su propio padre. La madre de Molly había muerto hacía mucho tiempo. Margaret pudo salir airosa porque allí solamente había vecinos y amigos que no habían visto a

Molly o a Christine desde hacia diez años.

—Pero ya ves por qué no podía contestarte a las preguntas acerca de quién fue al funeral, Corny —dijo Molly—. A Maggie le divertía no contarme nada sobre ello. Comprende, cuando volvió yo me había casado con Sam, y tuve que sufrir mi castigo por ello.

—Lo que aún sigue intrigándome es cómo pudiste realizar .anoche un espectáculo tan convincente para Pappa Gino.

—Todo eso viene desde muy al principio, Corny, cuando ocupé por primera vez el lugar de Maggie en el estudio. En aquella época, el señor Archer quería mantener desesperadamente la sustitución en secreto. La promoción que se hizo para Maggie incluía sus principios en un orfanato, en una casa de adopción, su primer empleo. Si la gente me preguntaba acerca de eso tenía que saber las respuestas. En aquellos días, Maggie era solamente una muchacha enferma y asustada. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para eludir sus responsabilidades. Así que me entrenaron cuidadosamente en todos los detalles de su vida, desde pequeñas bromas privadas hasta el cajón secreto del despacho de Pappa Gino. Así es como fui capaz de contestar a las preguntas del señor Burton: el nombre de su profesor de canto, de sus padres adoptivos, del hotel donde vivió. Mucho después, cuando fuimos a vivir a Nueva York y yo estaba prisionera de Maggie, ella insistió en ir a visitar a Pappa Gino. Naturalmente, aquella vez fue como Molly. Pappa Gino nos invitó a pasar a su despacho para tomar una copa. Mientras nos dejó allí para ir a descorchar una botella, Molly me enseñó el cajón secreto. Fue así de sencillo, Corny.

Su mano oprimió las mías.

—No me preguntas una cosa que yo sé que quieres saber.

—No hay que decirlo todo de una vez.

—Pero tú quieres saber por qué, cuando el señor Burton dudaba de mí, yo me vine abajo y os conté a ti, a él y al señor Cass toda la verdad. Por qué llevé a cabo toda la actuación en Gino's.

—Eso me tenía intrigado —admití.

—Tú me habías proporcionado la primera esperanza en cinco años, Corny. Tenía miedo de que si te contaba otra historia, que te hubiera parecido increíble, me abandonarías y me dejarías. No iba a permitir que dudaras de mí. No podía seguir enfrentándome a todo yo sola. Pensé que podría ocultártelo y luego te lo contaría. Ya ves,

Corny. Yo soy Molly Malone. Esa era la verdad. Y cuando el señor Cass dijo que lo demostraría cantando, supe que podría mantener mi historia.

—Tengo un mensaje de Bobo para ti —dije—. Cuando estés preparada para reaparecer ahí tienes a tu hombre.

Se recostó en la almohada, con los ojos cerrados.

—Corny, ¿eres sólo mi abogado? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito amigos desesperadamente.

—Tienes millones —dije—. Oíste a algunos de ellos anoche cuando acabaste de cantar.

—Pero me refiero a alguien en quien pueda confiar algún tiempo —dijo.

Abrió los ojos y su mano apretó las mías con todas sus fuerzas.

—No me tientes, querida —me incliné hacia adelante y la besé en la frente—. Puede que me quede para siempre.